

José María Tornay



La banda sonora de mi (nuestra) vida



La banda sonora de mi (nuestra) vida

José María Tornay

La banda sonora de mi (nuestra) vida

ISBN #: 978-0-244-95462-8.

ID contenido: 22199746.

Título del libro: La banda sonora de mi vida.

Primera adición: diciembre de 2017.

www.josemariatornay.com

Tabla de contenido

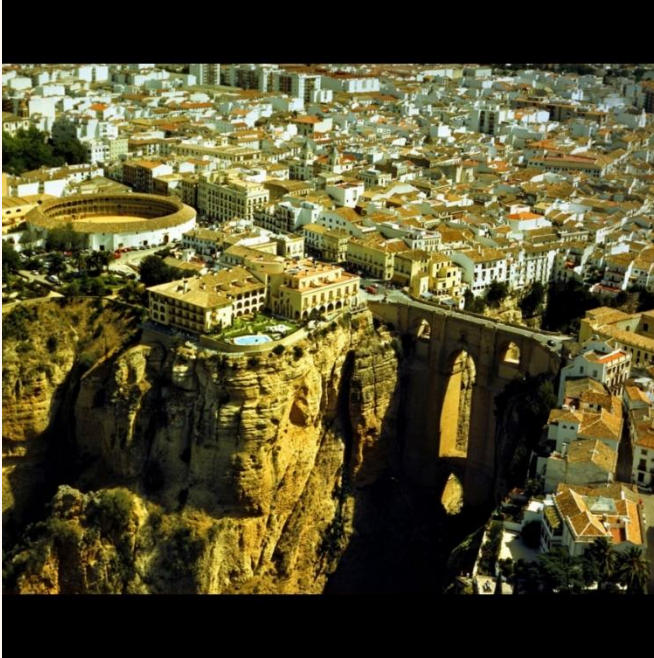
I. EL CONTEXTO	7
II. LA RADIO	15
III. LA COPLA	27
IV. LA MÚSICA EN DIRECTO.....	41
V. MÁS ALLÁ DE LA COPLA	53
VI. EL COLEGIO	69
VII. LA TELEVISIÓN	79
VIII. EL BOLERO, EL TANGO Y LA RANCHERA.....	90
IX. LOS GUATEQUES	102
X. LOS GRUPOS Y SOLISTAS	114
XI. EL FÚTBOL Y JULIO IGLESIAS. LA MÚSICA ITALIANA Y LA FRANCESA.....	130
XII. LA QUINTA DE BBETHOVEN Y LA MÚSICA CLÁSICA	143
XIII. EL DISCO BLANCO DE SERRAT	157
XIV. LOS BEATLES Y EL ROCK	176
XV. EL TES DYNAMO	189
XVI. PACO DE LUCÍA, MANOLO SANLÚCAR Y EL FLAMENCO	201
XVII. EL ROCK EN ESPAÑOL.....	215
XVIII. LA MÚSICA MELÓDICA.....	230
XIX. LOS CANTAUTORES	247
XX. LOS MOSCARDONES.....	270

XXI. LO QUE VINO DESPUÉS	281
XXII. EL ROCK ANDALUZ	295
XXIII. ENTREAMIGOS	311
XXIV. PUNTO FINAL	326

I. EL CONTEXTO

Yo vine al mundo, como tantos, entre cuatro paredes blancas, sin asepsia de hospital ni paritorio. Sin saber por qué, sin mi permiso, pero allí aparecí yo, para regocijo de mi familia, en la que me convertí en el juguete favorito de todos, por la diferencia de edad. Nací en Ronda, en la calle Almendra, número 17. Las hábiles manos de doña Ana, una matrona legendaria de esta ciudad y los esfuerzos ímprobos de mi madre, me pusieron en este mundo una tarde gélida de febrero.

En Ronda me tuvieron los días imprescindibles para que mi piel se despojara del tono amarillento y maldito, que ya se había llevado



por delante a cuatro de mis hermanos. Salí adelante con muchas dificultades y vuelta a la casa del campo que, por supuesto, no tenía nada que ver con las casas de campo actuales.

Sin otra luz que la del Sol y los quinqués de petromax y sin más agua que la de lluvia y la que regalaba una fuente que estaba a dos kilómetros, la vida se convertía a diario en un ejercicio de austeridad, que se aceptaba con la alegre resignación propia de quienes están acostumbrados a compartir la precariedad. No había mucho, pero lo que había se valoraba de forma adecuada, porque era lo que había.

Sirva ese juego de palabras para mostrar la nimiedad de los estímulos que empezaron a conformar la banda sonora de mi vida. Pero como fueron los primeros acordes con los que me tropecé, ahí siguen retozando a sus anchas dentro de mí, sin ánimo de abandonarme y resistiendo los embates de lo que más tarde fue llegando, cada vez en mayor cantidad.

Qué duda cabe de que se trata de la banda sonora de mi vida, pero que, sin duda, coincidirá, con los matices que hagan falta, con la de muchos otros que han venido compartiendo conmigo este camino azaroso de la existencia. Aunque me da la impresión de que en esto de la música tienen mucho más que ver las situaciones afectivas y el gusto o el mal gusto personal, que las calidades objetivas de lo que se escucha con más o menos fruición. Eso hace

que dos personas de edades similares, estudios parecidos, semejante extracción social y nivel intelectual puedan tener preferencias tan distintas como la que media entre la Quinta de Beethoven y una típica canción del verano. Abundo más, es probable que ésta último goce de más entusiastas que aquella, lo cual me atrevo a afirmar con total seguridad. Lo que dice bien poco de la sensibilidad estética de la mayoría de la gente.

Aún más complica la situación el hecho cierto y fehaciente de que las melodías y los ritmos suelen engancharse de una manera tan efectiva a las diferentes situaciones vitales, que la musical suele ser la más eficaz de las memorias. De ahí que cada persona reconozca y recuerde con mayor o menor placer aquello que le evoca los momentos inolvidables de su vida.

Así que hablaré de mí, sin muchas pretensiones de que lo que digo pueda ser válido, no ya para todos, sino que ni siquiera para muchos, aunque compartan conmigo la mayor cantidad de experiencias y peripecias vitales.

Porque habrá muchos semejantes que nacieran como yo en los años 50, que crecieran en el campo, rodeados de naturaleza y escasos de civilización; sin más estímulos musicales que aquella caja mágica de la que brotaban palabras y acordes, sin que los hipnotizados oyentes pudiéramos comprender su misterio. Pero seguro que cada cual integró dentro de su alma aquella

copla o aquella canción, aquella voz o aquel cantante, que no volvió a descolgarse nunca más del perchero de su corazón. Y así, cada uno ha ido configurando su banda sonora, como yo lo he ido haciendo con la mía, de una manera involuntaria, automática, pero no inocente. Y no lo es, porque esa historia melódica personal es responsabilidad nuestra, de nuestro buen o mal gusto, de nuestra mayor o menor exigencia estética.



Cosas de la vida y de la música y de su capacidad sugestiva. Esa es una de las razones por las que tiene una enorme presencia en nuestras vidas.

Rozando la década de los sesenta, que es cuando uno empezó a tener experiencias susceptibles de ser recordadas, la música solo les llegaba a los españoles a través del canal de la radio. Poco se daba en directo, los géneros eran tan escasos y las posibilidades económicas de la gente tan limitadas, que era aquel aparato el único responsable de la formación de la sensibilidad de la mayoría de nosotros. Habrá que dedicar un amplio capítulo a ese artillero, entonces prodigioso, pero ahora me interesa incidir en la precariedad de lo que había en todos los terrenos. La mezquindad de lo

que se nos ofrecía en lo musical corría paralela a la escasez de dinero, a la penuria de una alimentación escueta en cantidad y calidad y a la absoluta insuficiencia de formación y cultura.

SoloStocks



En los tiempos en los que por el mundo reinaban el blues, el jazz, el góspel, el country o el soul, que terminarían desembocando de una u otra manera en la música determinante del futuro, el rock, aquí, en España, como una consecuencia más del proteccionismo que instauró la dictadura franquista, permanecemos aislados y ajenos a tales influencias. De manera que solo los géneros propiamente españoles nos llegaban con absoluta voluntad de exclusividad. De esta manera, los que nacimos demasiado pronto nos vimos privados de aquel torrente de creatividad anglosajona, si bien también nos hizo, por obligación, eso sí, centrarnos

en lo que aquí se producía, que era escaso, limitado y de nula repercusión internacional. Tardó tanto en llegarnos aquel caudal foráneo que muchos se quedaron fuera de su juego y ya nunca más tuvieron ocasión de engancharse a aquel carro provocador y desinhibido. Los Beatles y un cierto aperturismo en el régimen político obraron el milagro de que pudiéramos conocer aquel volcán novedoso que olía a libertad por sus cuatro costados. Pero ya llegaremos a eso y a lo que supuso aquella ventana de aire fresco que se abría lleno de sugerencias y esperanza.



Pero entre tanta mediocridad que por aquí se respiraba, de vez en cuando brillaban algunas pocas piedras preciosas y las que no brillaban, como eran nuestras y era lo único que había, pues también le parecían a uno que eran inmejorable.

Así que el alimento musical provenía básicamente de dos fuentes: la copla y las distintas corrientes sudamericanas, representadas, sobre todo, en un género que en España encontró rápido y amplio acomodo. Como afluente de esas dos corrientes hegemónicas, de vez en cuando, asomaban sus tímidos acordes las orquestas de músicaailable. De lo que más tarde terminaría llamándose pop, no había señales ni noticias.

Las coplas de Concha Piquer, de Juanito Valderrama, de Antonio Molina y de un jovencísimo Manolo Escobar fueron mi primer alimento musical. Tal vez, no lo puedo precisar bien, sea “Ni se compra ni se vende” la primera melodía que se instaló en mi alma. Habrá que hurgar por ahí mucho más para encontrar lo que por ahí dentro debe seguir vibrando, porque estas cosas suelen quedarse ahí para siempre, aunque anden solapadas y difusas. A ello me pongo con toda la exhaustividad de la que sea capaz mi memoria.



Y para terminar, hay que destacar que, en cierta medida y en buena parte, la banda sonora de cada uno le viene impuesta, sin que sea posible ponerse a salvo de melodías chabacanas y ritmos ramplones. Están en el ambiente como el oxígeno e, igual que éste se respira sin conciencia de

ello, aquellos se meten dentro de la misma manera involuntaria. Pero, de alguna manera, escapando un tanto de esa atmósfera sonora, cabe forjarse el propio estilo, la personal voluntad de ir eligiendo unos u otros caminos, los cuales darán no solo el matiz del gusto (bueno o malo) musical, sino también la clave que oriente a los demás sobre la propia sensibilidad y delicadeza. Así que, no tengo más remedio que hablar de lo elegido, pero también de lo inoculado de manera automática por el contexto para poder ofrecer la estampa más exacta posible de la banda sonora de mi (nuestras) vidas.

No habrá que aclarar demasiado que ésta no es una historia de la música, sino un inventario, más o menos exhaustivo, de “mi música”, de la atmósfera musical que me he ido encontrando a lo largo de mi vida, casi siempre hallada en el camino, pocas veces elegida. Porque, la mayoría de las veces, las cosas son como son y uno poco puede hacer por cambiar el orden y el sentido de las mismas. Más no todo lo que escucho me gusta ni he sido nunca un fundamentalista, que solo aprecia un determinado género o cantante. Mis gustos son amplios, mis posiciones bastantes eclécticas. Eso sí, me quedo con la calidad. ¿Y dónde se encuentra ésta? No lo sé muy bien, pero sí sé lo que me gusta, que espero coincida con aquella.

II. LA RADIO

La radio estaba antes que yo. Cuando yo llegué a la que iba a ser mi casa, ya estaba allí, reina y señora en aquel tiempo en el que ningún otro electrodoméstico competía con ella. No es baladí lo que digo, porque el hecho de que me fuera recibiendo poco a poco hizo que yo la asumiera como algo natural, como acogen las nuevas tecnologías los niños actuales. Aquella maravilla que desprendía aquella caja encantada no fue una sorpresa para mí, sino que se fue incorporando a mi vida con la naturalidad con la que lo fueron haciendo los días, las noches, la gente que me rodeaba y el mobiliario contra el que iba tropezando.



Como a la inmensa mayoría de las casas y cortijos de nuestro entorno no llegaban las líneas eléctricas, las radios funcionaban con pilas, por lo que había que racionar rigurosamente su uso para que aquellas duraran un tiempo razonable. Reponer las citadas baterías suponía un viaje de más de 20 kilómetros por caminos enfangados en invierno, polvorientos en verano y siempre penosos y llenos de dificultades a pie o a lomos de alguna yegua vieja o mula blanca.



Hasta que se popularizó y difundió el transistor, que permitió la miniaturización de los aparatos y la consiguiente movilidad, las radios eran un mueble más de la casa, de manera que para escuchar los programas había que colocarse alrededor de ellas como si de un televisor se tratara. Yo conocí durante un tiempo este tipo de receptores, si bien, recuerdo que bien pronto pudimos acceder, gracias a las nuevas tecnologías a otros más pequeños, portátiles, que permitían llevarlos casi siempre contigo. Para mí, desde entonces, se convirtió en el mejor amigo, en la mejor y más querida de las compañías. Como no eran suficientemente portátiles todavía como para llevarlos en el bolsillo, había que portarlos en la mano o debajo del brazo y colocarlos en un lugar cercano del punto de destino, fuera el trabajo agrario o el descanso. Décadas anduvo conmigo uno de marca INTERNATIONAL, que debía ser de hierro, no por lo que pesaba, sino por la batalla de años y años que libró a mi lado.

En la mesa, mientras comía, lo colocaba muy cerquita de mí, para no molestar a los demás. En estos primeros tiempos aún no habían llegado, al

menos hasta mí, los auriculares. Me acompañaba al cuarto de baño y a mis rincones de soledad. Venía conmigo cuando mis padres me encomendaban tal o cual tarea en el campo, cuando me iba a “guardar las cabras”, cuando había que ordeñar, cuando...en definitiva, siempre. Me conocía todos los programas, desde que me levantaba hasta la hora de acostarme.

En aquellos primeros tiempos no disponían de FM, todo había que escucharlo por AM, que es una frecuencia de largo alcance, pero muy sensible a las interferencias. Por eso, a esta zona de Ronda tan solo llegaban en condiciones de ser escuchadas, dos emisoras: Radio Sevilla, de la Cadena Ser, y Radio Nacional de España. La primera era, y sigue



siendo, una cadena privada, hoy bien definida ideológicamente, pero entonces, absolutamente prudente para no molestar al régimen y seguir sobreviviendo. Como las demás privadas, tenían prohibido dar información de elaboración propia; por eso, a la hora de los informativos tenían que

conectar obligatoriamente con la radio nacional para difundir el informativo oficial. La segunda, Radio Nacional de España, era, y sigue siendo, una cadena pública, entonces controlada por el gobierno dictatorial y hoy sometida a las directrices del gobierno de turno y carente, por tanto, de cualquier tipo de autonomía por parte de sus profesionales.



Ese control implacable sobre la información por parte de la dictadura hacía que la programación fuera absolutamente aséptica en lo político y abundante en seriales radiofónicos y música, evidente y convenientemente filtrados y supervisados por las pertinentes autoridades censoras. Aunque seguí lateralmente alguna novela radiada de Guillermo Sautier Casaseca, con las

voces legendarias de Matilde Conesa, Pedro Pablo Ayuso, Matilde Vilariño y todos aquellos legendarios componentes del cuadro de actores de Radio Madrid, que se emitían a la hora de la merienda, mis preferencias eran otras y bien definidas: Carrusel Deportivo y los Discos Dedicados.



La maravillosa voz de Vicente Marco se apoderaba de los domingos por la tarde, en aquellos tiempos en que los partidos se jugaban todos a la vez, a excepción del que se televisaba en directo unas horas más tarde por parte de TVE. Aquel carrusel era una auténtica delicia: a mí me enganchó al fútbol para siempre y me ha acompañado durante cinco décadas de mi vida. Me he divorciado de él en los últimos tiempos, en los que la dispersión horaria de los partidos, forzados por los intereses televisivos, ha desnaturalizado y descafeinado aquel trepidante “gol en San Mamés, penalti en el Rico Pérez, adelante Pepe Bermejo desde el Bernabéu, Anís de la Asturiana, su presencia siempre agrada, adelante Paco Ortiz, desde Zaragoza...” Lo dicho, una auténtica delicia, llena de pasión y de intriga.

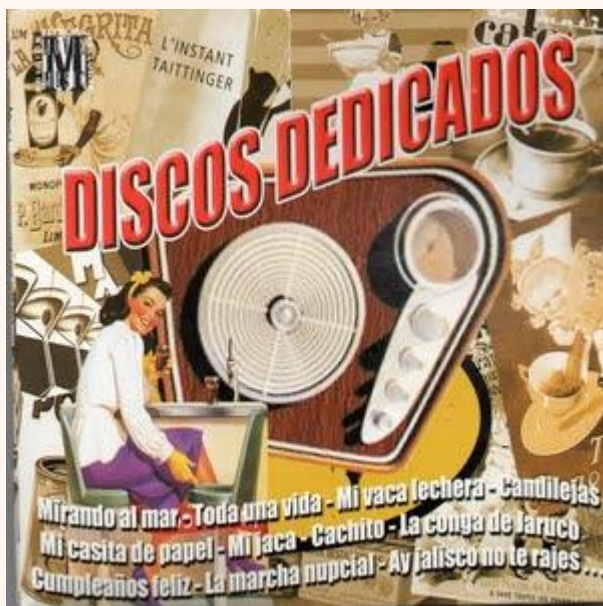
La música, esa protagonista de este relato, se colaba por todas partes, también en los anuncios del Carrusel, *Yo soy aquel negrito/del África tropical/que cultivando cantaba/la canción del*

Cola-Cao; redondo es el disco sorpresa de Fundador...



*El lobo, qué gran turrón/qué gran turrón...” y tantas y tantas melodías interiorizadas para siempre. Pero donde adquiría auténtico protagonismo era en los programas de “discos dedicados”. Era la única ocasión en la que las emisoras permitían que los oyentes participaran. No era inmediata esta participación; no lo permitían las tecnologías de aquellos años; había que hacerla por medio de una carta convencional, que había que franquear y dejar en Correos. Dentro iba una dedicatoria a alguien a quien se felicitaba, “A mi pequeña Anita, en el día de su cumpleaños”, o se juraba amor eterno “Para Paqui, con todo mi amor” o se ponía un anzuelo con mayor o menor sutileza a ver si había suerte, “A continuación *Bésame Mucho*, interpretada por Sarita Montiel, para Mercedes de parte de quien ella sabe; o se renovaba el amor filial*

con la copla más utilizada de todas para estos casos, “Madrecita María del Carmen”, en la voz de Manolo Escobar”.



A mí, desde muy pronto (no debía sobrepasar los ocho años), empezaron a interesarme de una manera especial, las cosas que decían aquellas canciones, incluso los anuncios. Eso que llamaban letras me parecían el colmo del ingenio, pese a las forzadas construcciones y rimas, como era el caso del legendario anuncio del Cola-Cao: *Lo toma el futbolista para entrar goles/también lo toman los buenos nadadores...* Y no digamos, las historias que Concha Piquer desgranaba con su voz poderosa y su manera peculiar de “decir” las historias. Aquel *Ay, Pedro*

Romero/por tu culpa yo me muero, muero... me llamaba especialmente la atención, porque hablaba, me decía mi madre, de un ilustre personaje de Ronda.

Las letras, pues, eran para mí tan importantes o más que las músicas. Desde entonces, supongo, he sido muy exigente en este apartado, lo cual me ha dotado de un radar especial para detectar (detestar) todas aquellas canciones con textos irrelevantes y superficiales. Es algo, que no me enorgullece demasiado, puesto que más tarde me alejó demasiado tiempo de la estupenda música que empezó a llegarnos en otros idiomas y que, por esa razón, yo no era capaz de entender. Ya contaré cómo más adelante hice el esfuerzo y terminé disfrutando también de ella.

Y entre canción y canción, seguían colándose en mi vida los goles de Carrusel, los sabrosos comentarios de Juan Tribuna, un periodista sevillano de voz aflautada y gracejo peculiar o las magníficas tertulias deportivas de Salvador Recio y Antonio Gamito en Radio Nacional de España. No



me perdía nunca un programa legendario de esta cadena, que aún sigue en las ondas, “Radiogaceta de los deportes”. Había nacido como yo en 1953, como respuesta informativa a los primerizos éxitos de los deportistas españoles fuera de nuestras

fronteras, lo que estaba convirtiendo esta actividad en un fenómeno creciente de masas. No recuerdo el nombre de su presentador. Lo he seguido escuchando hasta hace pocos años, hasta que dejó de dirigirlo y presentarlo el mítico Juan Manuel Gozalo, periodista ecuaníime y cuyos comentarios eran una fuente de información y formación.



Tengo que reconocer que la paulatina y creciente politización de las diferentes cadenas, me ha ido alejando de la radio. Nunca entenderé que un profesional tenga que servir, antes que a la verdad o, al menos, a su verdad, a la línea editorial del medio que le paga; me parece una aberración, aunque entiendo que hay que vivir y, para ello, es imprescindible comer. En las escuelas de periodismo enseñan a los futuros periodistas a tratar la información con rigor, a contrastar las fuentes, a ser subjetivamente objetivos y, sin embargo, en cuanto son contratados por un medio, se convierten en fieles sicarios de la política ideológica de los dueños. El que paga manda, sin duda, pero esa castración debe ser muy dolorosa para el trabajador, si tiene un mínimo de dignidad y amor propio.

Hasta finales de los sesenta y primeros setenta no tuve acceso a un tocadiscos. Eran los tiempos de los legendarios guateques, que reunían a los jóvenes alrededor de uno de aquellos aparatos, con más intenciones libidinosas que musicales. Así que la radio seguía siendo la principal fuente de

disfrute musical, lo cual hacía que fuera muy parcial y mediatizada la influencia que recibía.

16 años llevaba yo en este mundo cuando, a través de la radio, por supuesto, me llegó una canción, que confirmaba mis gustos de equilibrio letra/música y que, además, entendí significaba un nuevo aire, unas nuevas formas, un nuevo estilo. Se trataba de una canción que vino a romper todos mis esquemas musicales, algo diferente, nuevo. No era otra que “La romería”, de Víctor Manuel.



Pero este capítulo está dedicado a la radio y no quiero distraerlo con análisis pormenorizados de aquellos regalos en forma de canciones que me hacía a diario. Eso lo haré más adelante, cuando examine cantantes y estilos responsables de la banda sonora de mi vida.

Ella fue la responsable de que lo que antes era solaz de unos pocos, se fuera convirtiendo, cada vez con más velocidad, en un auténtico fenómeno de masas. Discos, canciones y cantantes se fueron convirtiendo en ídolos...



Lo que me gusta la radio, lo que quiero a la radio, la importancia que tiene en mi vida, la dimensión que ha tenido siempre entre mis cosas importantes, me llevó un buen día a dejarlo reflejado en un poema o canción, que paso a recuperar y recordar:

Cuando te pesan los huesos
como pesan los fracasos,
cuando el silencio se impone
como se impone un mal trago;
cuando todo está perdido,
cuando nos puede el letargo,
cuando eres plomo por dentro,
siempre nos queda la radio.
Cuando se acerca la noche
y la luz se va apagando;
cuando calla la esperanza,
cuando habla el desengaño

y sólo soplos del viento
pueden coger nuestros brazos;
cuando todo está vacío
siempre nos queda la radio.
Cuando no queda una boca
donde poner nuestros labios,
cuando no tenemos voz
para lanzar nuestro canto;
cuando nos falta ese hombro
donde apoyar nuestra mano;
cuando perdemos las alas
siempre nos queda la radio.
Cuando la vida le pone
zancadillas a los pasos;
cuando correr es lo mismo,
lo mismo que estar sentados;
cuando da igual lo que hacemos,
cuando da igual lo que hagamos;
cuando lo mejor es nada
siempre nos queda la radio.

III. LA COPLA

Y fue, como es lógico, a través de ondas radiofónicas como llegaron hasta mí los primeros acordes de un género que ya estaba más que consolidado en el gusto y preferencia de los oyentes españoles. No tenía apenas competidores, así que, prácticamente, se constituyó para mí en la única fuente de la que bebí mis primeras melodías.



La copla tuvo la culpa, pues, de mis primeros escauceos en el maravilloso mundo de la música. Tan honda fue su influencia que, como homenaje, en el año 2011 escribí una comedia musical con ese título. Quería recuperar en ella aquellos primeros acordes, melodías y textos, que se quedaron grabados a fuego en mi alma para siempre.

Bien es verdad que, al no saber adaptarse a los tiempos, salvo en contadas y excelentes excepciones, de las que hablaré más adelante, la copla, tanto para mí como para muchos pasó a convertirse en una reliquia del pasado, asfixiada por su mismo casticismo carpetovetónico y sus estereotípicas batas de cola. En este musical

intentamos adaptarla a unos ropajes musicales más modernos y a unos atavíos menos esclerotizados. El éxito fue tal, que hasta Canal Sur terminó usando el título de “La copla tuvo la culpa” para las actuaciones en directo de sus “triumfitos copleros”. Sin pedir permiso, claro, que para eso es la televisión oficial de Andalucía.

Pero esto es el presente, al que volveremos tras acometer la ineludible tarea de recuperar aquellas primeras maravillas que acariciaron mis oídos e iniciaron la banda sonora de mi vida.



“Mi jaca galopa y corta el viento/cuando pasa por el puerto/caminito de Jerez”. Estrellita Castro o Marujita Díaz o... muchos otros tenían aquella jaca con la que yo soñaba, desde mis incipientes tareas agrícolas, en aquella finca de “Ronda la Vieja”, en la que todos, mayores y pequeños, teníamos que arrimar el hombro para sacar la casa adelante. Hasta Manolo Escobar tenía “su jaca”. A diario salía por aquella ventana mágica Marifé de Triana. Era una fija de la programación. Todos los días, sin faltar ni uno, venía a mi casa, me contaba sus lacrimógenas historias con todo el poder dramático de su voz y sus ayes lastimeros y se volvía a esconder en los desvanes misteriosos de aquella cajita encantada. En aquellos tiempos nadie escapó de la infantil curiosidad de mirar detrás de aquel aparato que

hablaba y cantaba con diferentes voces y registros. “La loba”, “Torre de arena” o la incomparable “Te he de querer mientras viva”, en su voz, fueron construyendo los cimientos de mi banda sonora.

Aquella voz personal, recia, dominadora, casi regia, desgarrada e imperiosa, se instalaba a sus anchas en mi casa y reinaba desde todos los rincones como una diosa forjadora de historias



imposibles y melodías embelesadoras. Encendías aquel aparato prodigioso y allí estaba ella: rotunda, embaucadora, Concha. Concha Piquer era la auténtica emperatriz de la copla, el género dominante, casi único, de aquellos últimos años 50 y primeros 60. Yo sentía la mirada de aquellos “Ojos verdes” atravesándome el corazón; “Tatuaje” me transportaba a un mundo misterioso de puertos y barcos; “Me embrujaste” me parecía, y aún me lo sigue pareciendo, una auténtica obra de arte; la canción total, sublime, maravillosa, la mejor de las coplas. ¿Y el “Romance de la reina Mercedes”? Esa aventura monárquica y trágica, con la que lloraba media España y la otra ahogaba prudentemente sus gemidos, era una de mis preferidas.

“La niña de la estación” era una bocanada de aire fresco, con su comicidad y su música ligera y atrevida. Cualquier cosa que abandonara la gravedad de aquellos tiempos tan grisáceos y circunspectos parecía algo atrevido y hasta procaz.



El dramón de “Mañana sale” era otro momento mágico de las ondas; y “Eugenia de Montijo”, con sus historias reales, de realeza, no de ciertas; o la tragedia de” Lola Puñales”, eran espacios abiertos a mis incipientes inquietudes literarias. “No te mires en el río”, ese río que uno atravesaba a diario o “No me quieras tanto”, aquella absurda petición de un enamorado extraño, o el lacrimógeno “Romance de valentía”, proponían la indagación personal en mundos nuevos y desconocidos.

A mí me resultaba especialmente acogedora “La niña de Puerta oscura”, con su historia de amor y abandono; luego supe que era la única copla ambientada fuera de Sevilla, en la Málaga de El Palo y El Limonar.

El colmo del vello erizado y la sentimentalidad a flor de piel era patrimonio de “En tierra extraña”. Cómo nos inyectaba españolidad en vena, sin anestesia ni nada.



Cuando llegaba a la parte del aquel pasodoble majestuoso no había quien contuviera las lágrimas. Cada cual disimulaba como podía la excesiva expansión de las mismas, por pudor, por prudencia, por timidez o, seguramente, porque desde muy pequeños nos habían enseñado a ocultar las emociones.

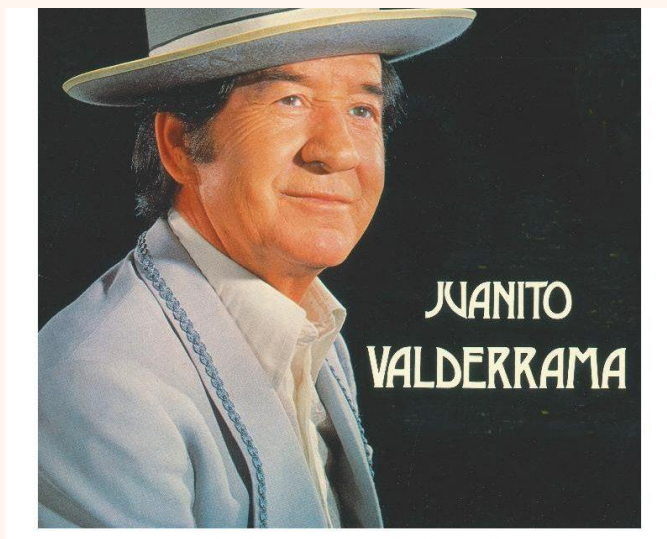
Para los rondeños tenían un significado y atractivo especial las “Coplas de Pedro Romero”.



Por tu culpa yo me muero, muero,
decía la Piquer. Todos moríamos por ella.

Pero no es mi deseo que esto sea un inventario de títulos y nombres, ni siquiera una exégesis técnica de valores musicales o poéticos de los mismos. Nada más alejado de mi intención. Tan solo quiero dejar constancia, suavemente melancólica, de aquellas canciones que fueron construyendo mi historia musical, es decir, personal. Por eso me he limitado a señalar unas cuantas; lo mismo haré con los cantantes, tan solo

citaré a los que más vivamente siguen apareciendo aún en mi memoria sentimental.



Y en ese espacio sagrado, que es mi tesoro más personal, tiene un sitio de privilegio, Juanito Valderrama. Él dispone con seguridad el récord de emisión en aquella radio de la dictadura; sus dos canciones más emblemáticas eran de aparición diaria, en especial en los famosos *Discos dedicados*, que todas las emisoras programaban. *Para mi sobrinita, María, que mañana recibirá por primera vez a Dios*, “Mi primera comunión”, de Juanito Valderrama, era una cantinela permanente. O, *Dedicado a mi Juan, que está en Alemania*, “El emigrante”.

Juanito fue el primer cantautor que dio España. Con las limitaciones propias de la época y

de su escasa formación consiguió trabar letras y músicas que hablaban de un modo personal de temas y asuntos de su tiempo. Él abonó el camino para los espléndidos autores cantantes que vendrían después, produciendo una generación espectacular, densa y brillante, que veremos en su momento. Aún estamos en los años cincuenta, a punto de introducirnos en una nueva década, que traerá cambios significativos, aunque no revolucionarios. Esta palabra y lo que encierra dentro era tabú entonces.

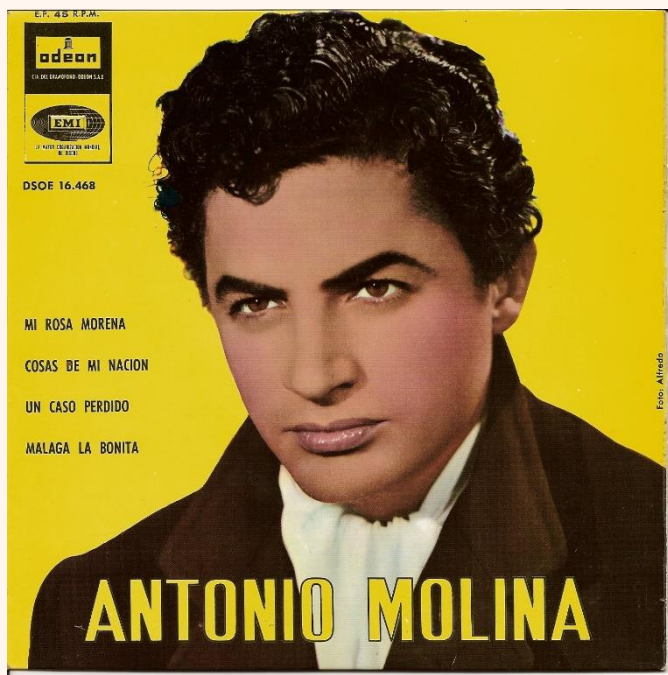
Mi padre compartió meses y experiencias imborrables con Juanito, al coincidir en el frente durante la lamentable Guerra Civil. Más aún que sumar a mis musicales simpatías hacia este personaje de voz característica y mayúscula y cuerpo insignificante. De programación habitual era una canción que cantaba a medias con su señora, Dolores Abril, en la que entablaban una pelea en broma, que hacía las delicias de la gente. De los pocos guiños al humor en aquella España triste y en blanco y negro. Más tarde aparecería un cantante humorista, muy escuchado también, que se hacía llamar Emilio El Moro. En su momento hablaremos de él.

Lo cierto es que, entonces, apenas prestaba uno atención a los padres y autores de aquellas poderosas historias y complejas melodías. Todo quedaba insertado en el paquete de quien las cantaba. Con el correr del tiempo y de la propia conciencia fui accediendo a esa información. Entonces descubrí tres nombres legendarios:

Quintero, León y Quiroga, así nombrados, como si fueran uno solo; no eran los únicos, pero sí eran los más conocidos. León era el de las letras; Quintero y Quiroga, los artífices de aquellas sabrosas melodías. Pero esto vino después; entonces, con mis pocos años, lo único que interesaba era la voz y la música.



Y ahí aparecía, por derecho propio, nada menos que Antonio Molina. Aquel “quedarse traspuesto” cada vez que enfilaba el final de una estrofa o de una canción era el colmo del virtuosismo vocal. No importaba que todo su esplendor estuviera sustentado en un truculento falsete, ni que sus letras fueran conniventes con el régimen dictatorial que



asolaba España. Él ponía los pelos de punta a sus incondicionales, que eran todos sus oyentes. Ese minero feliz, dirigiéndose a su penoso trabajo cantando y dichoso era el ejemplo más evidente de la truculencia que nos hacían oír. Pero esa era nuestra banda sonora y, sin ningún espíritu crítico, repetíamos aquello de *y con agua, vino y ron me quito las penas* como quien no se entera y/o no quiere enterarse de la realidad. “El agua del avellano”, “El macetero”, “Cocinero, cocinero” y su absurda receta del arroz con habichuelas o “Yo quiero ser mataor” eran clásicos que uno se bebía con deleite y fruición.

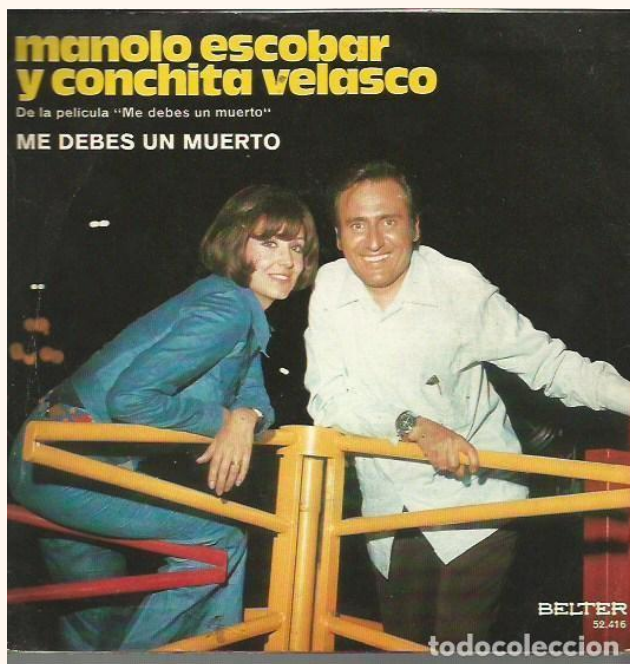
Pero quien rápidamente se adueñó de las ondas y el corazón, fundamentalmente, de las españolas, fue un mozo de prominente tupé y acento almeriense, que se hacía llamar Manolo Escobar.



Sus coplas no seguían el clásico patrón de los orígenes, pues usando un lenguaje más directo, hablaba de temas más cotidianos, aunque igualmente intrascendentes. Nada como el amor hacia esa “Madrecita María del Carmen” o aquel sentimiento de solidaridad y dolor compartido por la pérdida de “Su/mi carro”; “La minifalda” fue el colmo de la transgresión y “El porompompero”, su canción más emblemática de los primeros tiempos; canción de tema bucólico y estribillo de hondura metafísica. Más tarde grabaría su éxito mayor, el que superó todos los anteriores, entre sus, supongo que alrededor de mil canciones; me refiero a “Que viva España”, un auténtico himno empleado en las más variopintas situaciones sociales y psicológicas. Un boom espectacular, que enardecía ese difuso sentimiento de pertenencia a un clan, a una tribu, a un pueblo, por encima de cualquier análisis serio y

cálculo racional. Sensiblería en vena; de eso tuvimos los nacidos en las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta, copiosas y sofocantes dosis.

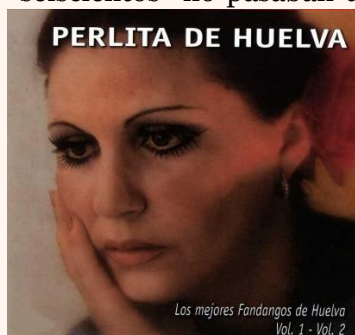
En poco tiempo, los espabilados que ven un filón en cualquier parte, descubrieron que aquel ídolo popular podía ser una mina en el mundo del cine y, rápidamente, lo emparentaron con una estupenda actriz, entonces infravalorada y que respondía al nombre de Conchita Velasco. Más madera para el sentimentalismo fácil y las canciones tópicas y con las que uno se identificaba a las primeras de cambio. Conchita también era mi novia.



Pero todo eso fue componiendo el calostro que forjó mi gusto musical; para bien y para mal, eso es lo que había y yo lo fui filtrando como buenamente pude, aunque desde el principio siempre tuve claro que una canción estaba formada por dos elementos sustanciales: la letra y la música, y a mí me interesaban las dos, su conjunción, su simbiosis; si una de las dos fallaba, se caía el edificio de cualquier canción. Ese ha sido, pues, mi primer criterio a la hora de guardarlas en mi corazón. No es algo que me plantee racionalmente, es, sencillamente, una selección automática que establece mi criterio musical, que empezó a definirse en estos tiempos de la copla.

Imperio Argentina y su elegancia, Gracia Montes y sus gorgoritos, Lolita Sevilla, Paquita Rico, Estrellita Castro, Juanita Reina, Celia Gámez, Angelillo, La Niña de Antequera y su famoso perro, y tantas y tantas otras; y Lola Flores y su temperamento, que a mí nunca me dijo nada, porque no sabía cantar; lo demás, que si el arte, el pellizco, la fuerza, nunca me interesó en absoluto. De los copleros que se quedaron en el bando rojo no supimos nada hasta después de muerto el dictador. Por eso nos perdimos en aquel tiempo al gran Miguel de Molina, por ejemplo. Había una copla que era también de presencia continua y que es conocida por todos, porque no ha dejado de utilizarse nunca, por tratarse de la primera campaña de concienciación de la prudencia al volante: *Precaución, amigo conductor/ la senda es peligrosa/ y te esperan tu madre o esposa/ para darte un abrazo de amor*. Algo realmente

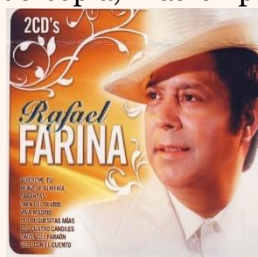
enternecedor, teniendo en cuenta que aquellos “seiscientos” no pasaban de los 60 kilómetros por



hora. Pero sonaba en la voz de una cantante poderosa de raíz flamenca, Perlita de Huelva, que fue capaz de colocarla entre las primeras preferencias musicales de los españoles. Terminaba

la canción en un fandango natural, que, en nuestros saraos, mi amigo Antonio García Montes interpretaba de forma cómica y yo de manera ortodoxa, resultando del contraste un efecto la mar de cómico.

No quiero cerrar este capítulo sin citar un nombre que me gustaba especialmente; me refiero a Rafael Farina. “Mi salamanca”, “Las campanas de Linares” o “Por Dios que me vuelvo loco”, eran superconocidas por el gran público. Y, en especial, “Vino amargo”, todo un clásico de este tipo especial de copla, más emparentadas con el flamenco que con el cuplé.



En aquel tiempo, el flamenco estaba relegado a festivales y tablaos específicos para aficionados. Era imposible escuchar los palos más hondos; no tenían

ninguna difusión comercial. Ésta no llegó hasta la aparición de dos monstruos, de los que más tarde

hablaremos, Paco de Lucía y Camarón de la Isla. Como mucho, se escuchaba en la radio o la televisión, alguna colombiana, algún fandango o alguna sevillana, es decir, los llamados palos a flamencados, que no profundizan mucho en las honduras de las soleares, las seguidillas, las serranas y demás cantes imperiales. Me complacía en especial, un fandango de Curro de Utrera, un cantaor vigoroso, que ponía en parangón la dificultad de dominar a un velero y a una mujer; evidentemente, concluía que era mucho más fácil



hacerse con la embarcación.

La copla tuvo la culpa de mi rápida incorporación al mundo de la música. Ahí están las primeras raíces, los primeros acordes, las primeras historias. Un universo cargado de valores poéticos y de complejidad musical, propicio para ahondar en el futuro en los valores más encomiables de la canción, si uno era y sigue siendo capaz de obviar los elementos espurios que incorpora, como la bata de cola, el tradicionalismo o la sensiblería.

IV. LA MÚSICA EN DIRECTO

Como queda consignado en los capítulos anteriores, mi trato con la música quedaba reducido a lo que la cajita mágica de la radio quería proveerme. Muy pronto aprendí aquellas coplas, que contaban historias inverosímiles de personas mayores y aquellas canciones melosas con las que soñaban mis femeninas familiares y vecinas. Como también aprendí las sintonías y reclamos publicitarios de aquellos anuncios ingenuos y primerizos de los años cincuenta.

Así que, pertrechado de esas armas melódicas y forzado por mi gente, que pronto habían descubierto mis infantiles habilidades melódicas, no tardé mucho en verme encaramado a una mesa entonando el último éxito de Joselito, que siempre era el mismo, “Campanera”. Por todas las



casas que iba de visita con mi madre, tenía yo que

repetir el numerito del niño cantor lanzando al viento los famosos gorgoritos de aquel fenómeno de garganta prodigiosa y cabeza descomunal. Y no debía yo hacerlo mal cuando era reclamado en fiestas, reuniones y demás saraos como número especialmente digno de ser contemplado. Hay que decir, para descargar mi vanidad, que mi voz no encontraba en aquel tiempo otras cosas con las que competir. De esa forma, era más fácil que aquella gente, poco instruida y menos mundanizada del campo rondeño de los años cincuenta, me tuviera considerado poco menos que como un artista.

A muy pocos de los miembros de mi familia les podía caber la menor duda de que yo sería un buen cantante, porque, siendo yo el más pequeño, todos ellos vieron cómo mi madre arrojó al tejado de la casa las uñas del primer corte cuando no llevaba más que unos días en este mundo. Al parecer, esa era la razón de que tuviera tanta facilidad para reproducir coplas, canciones y anuncios, como si fuera el mismísimo rey de los papagayos.

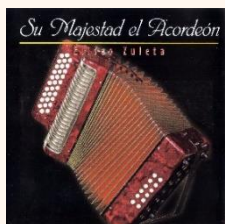


Esto que cuento ocurría en los alrededores de una zona rondeña que se llama “Ronda la Vieja”, muy cerca de un cortijo en el que tenían sus vidas y pertenencias unas cuantas familias, como si de un

pequeño poblado se tratara, “El Charco Lucero”. A mí me gustaba mucho “ir de visita”, que era algo que entonces se hacía con bastante frecuencia, con objeto de cumplir con los vecinos por lutos, convalecencias, bodas o bautizos. Y me gustaba, porque siempre se hacía coincidir con la hora de la merienda y ponían unos cafés y unos panes de aquellos de masa con peso y densidad de plomo, acompañados de los últimos productos de la matanza, que “quitaban el sentío”, como diría un sevillano flamenco.

De modo que estamos por los últimos años de la década de los 50 y aquí, un servidor, con no más de cinco años, sirviendo de atracción de feria para todos los vecinos que querían ver y escuchar “una cosa graciosa de verdad”. Era sin duda música en directo lo que yo hacía, aunque había algo más, muy poco desde luego.

En el campo teníamos muy pocas cosas para distraernos y menos para divertirnos; eso ocurría, aunque también de forma escasa y tímida, en las ciudades pequeñas, como en Ronda. Seguro que en Madrid y Barcelona era otro cantar. Pero lo cierto es que, en general, la cultura de la diversión no estaba generalizada y la gente no tenía tiempo más que para trabajar ni más dinero que para comer y para alimentar a los suyos. Y en esos pocos ratos en los que podía eludirse la obligación, estaba presente la música. No más de tres o cuatro veces al año, tal vez en carnaval, en Navidad o en las distintas ferias, aparecía por la vereda un personaje, que presagiaba fiesta. Estaba convocado para animar el consiguiente baile, que tenía lugar allí donde más



vecinos se arracimaban, es decir, en el ya nombrado “Charco Lucero”. Así que allí terminábamos todos los habitantes de la zona, niños incluidos y allí, sentado en una silla preferente, que a mí me parecía un trono, se sentaba nada más y nada menos que el maestro “Joséito el Ciego”. Sí, ciego y todo, era capaz de trasladarse a aquellos lugares que distaban más de veinte kilómetros de Ronda; acompañado, es sí, por un vecino, que era el encargado de recogerlo. Y ciegos se ponían los mozos de cerveza, las mozas de sangría y, los niños, supongo que de gaseosa; eso es algo de lo que no quiero acordarme. Y ciego y ensimismado me quedaba yo al lado de aquel hombre, de aquel genio, de aquel héroe que era capaz de sacarla aquellas maravillas a aquel instrumento que acompasadamente abría y cerraba sus fuelles como por arte de encantamiento. Aquella lluvia de notas me empapaba por dentro como un rocío vivificador y reconstituyente; algo así para el alma, como la Quina san Clemente, que abría las ganas de comer, para el cuerpo.

“Campanera” era la canción preferida por aquel auditorio de torpes bailongos y ávidos ojos escrutadores de posibles y utópicos romances, romántica y nocturnamente presentidos. Sí, la misma “Campanera” a la que yo declaraba mi amor encaramado a una silla cada vez que a alguien se le ocurría la persistente idea de hacerme cantar. Y “Campanera” se metía dentro y no había manera de sacarla y se instalaba en la cabeza y en los labios durante un tiempo hasta que, un buen día,

desaparecía hasta la próxima llegada de Joseíto, “El Ciego”, uno de mis maestros, el primero, al menos, al que yo pude disfrutar tocando en directo, haciendo música allí mismo, delante de mis propios oídos, instalándose para siempre en mi memoria

sentimental y poniendo los cimientos de la banda sonora de mi vida.



estas fiestas cantando una canción, que interpretaba de manera maravillosa y que se llamaba “Las horas negras” y que hizo famosa, a la vez que ella también se hizo a fuerza de cantarla, una cantante que se hacía llamar “La Consentida”. Aquel corrido mejicano ponía los pelos de punta a todo el personal, que volvía a sus casas derrochando palabras de gran admiración hacia aquella joven que, se decía, de haber nacido en “otro sitio” habría hecho carrera en esto de la canción melódica.

Al hilo de este pasaje del antecedente inmediato de los guateques, quiero aprovechar para hacer una reflexión sobre los músicos. En nuestro mundo actual, en el que hay un desmedido fervor por los ídolos que engendra el mercado musical, apenas somos conscientes del poco prestigio social del que siempre han gozado los intérpretes. En los tiempos clásicos del Barroco, del Romanticismo, los

músicos eran poco menos que asistentes de algún



gran señor que los protegía y los tenía prácticamente que a su servicio. El tiempo no hizo cambiar esto mucho y, salvo los ídolos de masas que tienen la consideración de semidioses, el músico, en general, es un ser sospechoso al que hay que acercarse con precaución, porque en él suele convivir la malicia con la molicie. De ahí, que desde tiempo inmemorial éste fuera un oficio de ciegos o personajes inadaptados, incapaces de acomodarse a una vida normal. Y ahí seguimos; más de un padre actual prohíbe a su hijo acercarse a una guitarra eléctrica o huye despavorido ante la pretensión de su niña de salir con un coleta electrónico.

No, no están bien vistos los músicos, a pesar de que, cualquiera contestará en una encuesta que la música es su preferida de todas las artes. Tienen, tenemos, mala imagen los músicos, pese a que hacemos soñar, amar, disfrutar... ¡Qué le vamos a

hacer! A cambio tenemos la fortuna de ser capaces de sacar sonidos maravillosos de un instrumento, que solo es capaz de cobrar vida en nuestras manos. Pocas cosas puede haber en la vida parecidas a eso.

En la España de finales de los cincuenta y primeros sesenta era un lujo sentarse todos los días un par de veces a la mesa. Es difícil entender esto desde esta época de supermercados atiborrados de todo lo que una mente bulliciosa puede concebir. La música, por supuesto, aún no había ingresado en el torbellino de los productos de consumo. No era todavía un negocio de masas y aún conservaba el sortilegio romántico de un arte sentimental y casi bucólico. Eran tiempos de aventurarse en nuevas experiencias, como la de formar compañías que, a la sombra de una de las figuras que la radio iba forjando, se paseaban por toda España como un espectáculo al estilo “Teatro Chino” de Manolita Chen, pero con cantantes y músicos en directo.



Una de estas compañías estaba capitaneada por Juanito Valderrama y Dolores Abril, su mujer. Iban de pueblo en pueblo, aunque a mí no me consta que pasaran por Ronda ni recuerdo haberlos visto nunca. Pero sí que quedaba el rastro de su existencia y la de otros de similares características, como las de Antonio Molina o Lola Flores. Yo era demasiado pequeño y al estar confinado en aquel mundo agrario no tenía acceso a estos artistas, a los que sí conocía a través de la radio.

Pero como este capítulo está dedicado a mis (nuestras) escuálidas experiencias de la música en directo, tengo que hacer referencia a un cantante y una anécdota que sucedió en Ronda y de la que los rondeños no debiéramos sentirnos especialmente orgullosos. Tal vez el primer cantante que se aventuró por esos mundos olvidados de las tierras españolas, sin provenir del flamenco ni de la revista ni de la copla, fue un valiente cordobés, cuyo nombre artístico era “José Luis y su guitarra”. Un pionero, un explorador, un adelantado, un precursor del pop que estaba por llegar. Su canción “Mariquilla” era, para la época, todo un prodigio de



innovación y desconocidos recursos, que terminaría abriendo nuevos caminos y desbrozando los territorios casposos que le tocó penetrar.

Uno de esos lugares fue Ronda, en aquella época tan alejada del mundo y tan enriscada en su impenetrable orografía. Aún el turismo no había relajado las costumbres ni había introducido en estos lares las formas y modos que ya eran comunes en el resto del mundo civilizado. Por eso, cuando este hombre se aventuró a cantar aquí, nada menos que en la Plaza de Toros y entre números de variedades y actuaciones flamencas, tuvo que soportar todo tipo de vejaciones, insultos y demás improperios, por el solo delito de cantar cosas “nuevas”, distintas, diferentes, con lo peligroso que eso es para el equilibrio emocional de una sociedad demasiado conservadora y un tanto mentecata.

El tema fue motivo de comentarios jocosos durante varios años en la ciudad, en la que se iban alineando los partidarios de las nuevas corrientes que representaba este joven José Luis y los amantes fervorosos de las viejas y rancias tradiciones carpetovetónicas. Es la vieja costumbre nacional de polarizar las cosas de manera que de todas ellas resulte una confrontación, que en el caso de estos lugares un poco apartados del progreso se vuelve más acusada y virulenta.

Pero, de todo esto, yo me quedé con aquel
“Mariquilla, bonita, graciosa, chiquita
te doy mi querer,
yo te doy mi vida,
mi alma, mi sangre

*y todito mi ser
y te canto bajito
lo que te quiero
cuanto de adoro,
tú eres mi bien.*

Fue la puerta por la que se introdujo el pop en mi vida. Un cambio de registro, otra cosa que me descubrió que había música más allá de la copla. Con muchos obstáculos, con increíbles inconvenientes, la música que estaba ya consolidada en el mundo, empezó a entrar con timidez timorata en nuestro país y en nuestras vidas.

Más música en directo de la que yo tenga recuerdos infantiles no hay otra que la que me traslada a los artistas callejeros y bohemios varios, que ha habido en todas las épocas y que Ronda entonces disponía en abundancia.

Para mí, había dos que descollaban por encima de todos los demás y que aún los mantengo vivos y frescos en el recuerdo. Uno era un vecino de la primera casa en la que tuve la suerte de recalar en Ronda, en la Plaza Duquesa de Parcent, mi plaza, la de árboles frondosos y fuente cantarina; la del jardín foresteriano y mi colegio, El Castillo, al fondo; la flanqueada por conventos, iglesias y, sobre todo, presidida por la magnífica colegiata de Ronda, esa catedral, que solo tuvo obispo por un día. Yo acababa de cumplir mis diez primeros años. Pues bien, en aquella casa, que daba a la puerta principal de la iglesia Mayor y a la entrada de la sacristía, vivía en el piso superior, justo encima de donde yo lo hacía, “Pepillo El Relojero”. Pepe era un hombre profundamente hábil, no solo en su profesión

relojera, sino también empujando el codo y, sobre todo, tocando el acordeón. ¡Qué personaje! Andaba absolutamente desprendido de respeto humano y las normas sociales eran para él algo absolutamente prescindible. Tocaba en bautizos, verbenas y demás fiestas, públicas y privadas, hasta que el nivel de alcohol se lo permitía; lo hacía con gracia y poseía gran carisma y capacidad de seducción. Aún lo sigo viendo y me conmueve.



El otro referente era un guitarrista flamenco al que nunca escuché tocar y del que oía hablar con insistencia por parte de todos los vecinos y conocidos. Antonio González Muñoz “El Cuqui” era un personaje muy admirado por todos y más aún cuando decidió trasladar su vida, nada menos, que, a un lugar tan lejano y exótico como Japón. Aquello ya lo convirtió en una auténtica leyenda entre los rondeños, que le terminaron dando más valor a aquella aventura que a su propia música. Por allí anduvo muchos años hasta que su regreso me terminó poniendo en el camino de su amistad. No hace mucho tuve la oportunidad de conocer todos sus lances japoneses y profesionales, que tuvo que

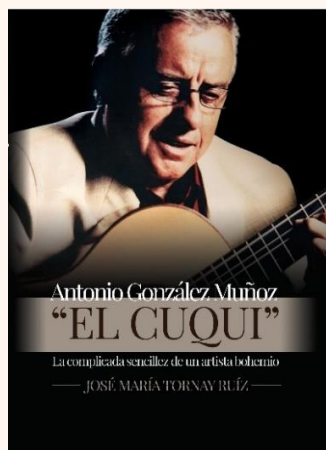
contarme con detalle para un libro biográfico que titulé “Antonio González Muñoz, El Cuqui; la complicada sencillez de un artista bohemio”.

Al margen de estos dos personajes, yo no perdía ocasión de seguir a las bandas de música sinfónicas que nos visitaban en la Semana Santa, a las comparsas que iban repartiendo villancicos en Navidad y hasta al afilador que con su singular

soniquete anunciaba su presencia para que los vecinos pusieran a punto cuchillos y tijeras.

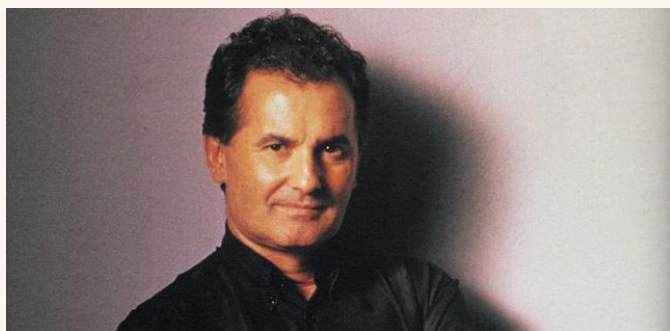
Pero poco más; no eran tiempos de excesos, sino de carencias y de apretarse el cinturón y eso hacía que la música, considerada un lujo, fuera una invitada que solo de forma muy cicatera acudía a nuestras vidas.

Luego, no tendría yo más de doce años, llegará la moda de los pick up y los guateques, pero esos eran fenómenos que quedaban fuera de este capítulo, porque la música ya sonaba grabada y procesada y sin la riqueza natural del directo más radical.



V. MÁS ALLÁ DE LA COPLA

Víctor Manuel San José Sánchez fue el primer cantautor con el que me tropecé. Se llamaba así, cantautor, a alguien que componía sus propias canciones, tanto las letras como las músicas y que, además, se atrevía a cantarlas. Los cantautores, en general, son gente sin grandes facultades vocales, pero que se han ido apañando muy bien para transmitir sus propias obras de una manera muy eficaz e incluso brillante.



Mis calostros musicales, que estaban ordeñados de la misma copla, cuadraban muy bien con aquellas historias y aquellos textos poéticos e inteligentes de este hombre sereno y solidario.

*Van subiendo los mozos
con los corderos al hombro,
sube la gente contenta
a la fiesta del patrono.*

Así empezaba la canción más conocida de sus primeros tiempos, “La romería”. Una joya, que todavía me pone los pelos de punta. En aquel

mundo rural en el que me movía, su letra tenía una especial capacidad sugestiva.

Víctor Manuel me abrió la puerta a este mundo de la canción poética o de la poesía cantada o... no sé cómo llamarla, pero en todo caso, se trataba de un universo en el que se cuidaban los textos y los arreglos musicales, de manera que el resultado era un producto de nivel que a la mayoría no podía llegar a seducir.

Eran ya los tiempos del rock and roll, pero aquí en España eso eran perversidades de fuera que las autoridades se encargaban de que no nos contaminaran en exceso. Por eso aquí seguíamos con los restos de una copla cada vez más descafeinada y los albores de una serie de cantantes melódicos, más preocupados por el éxito fácil que por la calidad. Eran los equivalentes a los famosos crooners estadounidenses que, pese a la avalancha inicial, supieron no sucumbir al rock desenfadado y fresco. Frank Sinatra, Bing Crosby o Dean Martin eran la avanzadilla de esa música tranquila y sosegada, especialmente indicada para el público burgués de aquellas tierras.

Y el equivalente que arrasaba, entre las féminas sobre todo, era un muchachete de voz poderosa, ejemplar modulación y modales extraordinariamente afectados, que se hacía llamar Raphael. Siempre supuse que ellas estaban enamoradas de su voz o de sus canciones, porque otra cosa no



podía llegar a entenderla. Pero aparecía por las ondas y luego por la televisión diciendo “Yo soy aquel...” y ya las tenía a todas en un puño. ¡Qué poderío! También él forma parte de la banda sonora de mi (nuestra) vida. Siempre me ha aparecido excesivamente histriónico y bastante vulgar, pero su timbre y su voz no pueden discutirse. “Hablemos del amor”, “Balada triste de trompeta” “El trabajo” y , sobre todo, “El tamborilero” eran alimento espiritual permanente y continuado en aquellas España de los años sesenta y setenta, cuando ya los Beatles y compañía habían sentado las bases de la modernidad. ¡Y nosotros sin enterarnos!



Ya en tiempos televisivos, no tendría yo más allá de doce años, surgió de repente y para quedarse, un cantante desgarbado, de voz nasal y aire cómico, que usaba unas corbatas exageradamente largas y que se llamaba Luis Aguilé. ¡Madre mía, qué tirón tenía aquel hombre! Sus canciones eran un monumento constante a la estupidez y a la majadería, pero sus shows venían muy bien a quienes estaban encargados de tener a las masas en

la inopia. ¡Cuando salí de Cuba”, aquel canto contrarrevolucionario, que entonces no pasaba por tal porque, sencillamente, aquí eso de la conciencia política se nos despertó bastantes años después, era su canción bandera! “El tío calambres”, “La banda está borracha” o “Juanita Bananas” dan idea por sus títulos del carácter fundamentalmente humorístico de su obra. Pero aquella melodía de “Cuando salí de Cuba” aún sigue latiendo dentro de mí y me convirtió durante varios años en un seguidor incondicional de este entrañable showman.



Repito que no es la pretensión de estas memorias ser exhaustivas. Quiero, tan solo, revivir lo que me viene sin mucho esfuerzo a la memoria, sin necesidad de acudir a ningún tipo de documentación o historias de la música. Es decir, recordar lo que no necesita ser recordado, porque aún lo tengo por ahí flotando, a flor de alma, aunque, por supuesto no todo me era grato ni buscado. Pero esta era la atmósfera musical que uno respiraba, francamente no muy encomiable ni dilatada, pero es lo que había. ¡Qué diferencia con lo que ocurre en la actualidad; ¡Ahora toda la música, toda, está a disposición de quien quiera disfrutarla! ‘Qué lujo!

Luego, en el capítulo de los cantautores, hablaremos de nuevo de él, pero en estos albores de mi incorporación a la música, un sudamericano vino a acompañar a Víctor Manuel en estas tareas de la música de autor. Era un hombre de voz vigorosa,

monumental y de aspecto lustroso y recio, que se llamaba, Alberto Cortez. Pronto se convertiría en uno de mis cantantes preferidos, con canciones como “Las palmeras” o “No soy de aquí”.



que empezaban a flirtingear con canciones, que, poco a poco, se iban alejando del patrón musical y poético de aquella. Era el caso de José Guardiola, que se hizo superfamoso cantando de la mano de su hija aquel melifluo y melindroso “Di papá”. Empezaba la niña la canción y cuando él entraba con su voz cavernosa y profunda se producía el delirio colectivo entre sus oyentes fanáticos.

Así que más allá de la copla empezaban a asomar con timidez, pero con fuerza, cantantes de ambos géneros

También empezaba a enseñar su melena



rubia una chiquilla deliciosa, que rápidamente enamoró a todo el mundo. Se hacía llamar Marisol y sus rasgos infantiles no se compadecían con una voz casi tan grave como la de Guardiola. Era una cantante que también tuvo su relevancia en el mundo del cine. No tuvo una carrera larga y pronto se retiró para siempre

dejándonos a sus enamorados con dos palmos de narices.

Un caso singular de la época era un cantante que convertía todos los éxitos del momento en celebradas parodias cargadas de humor. Era Emilio



El Moro. Había nacido en Melilla en la década de los años veinte, tal vez por eso le cuadraba el apelativo como anillo al dedo. Para acentuar aún más tal sobrenombre actuaba y aparecía en la portada de sus discos

tocado con el famoso gorro norteafricano. Especialmente celebraba yo una versión de “La romería” de Víctor Manuel, en la que alteraba la letra de esta guisa:

*“Y el pastor que hacía dos años
que a su casa no volvía
se encontró con cuatro niños
y a dos no los conocía”.*

También actriz, como Marisol, aparecía en las ondas haciendo competencia a la copla, una chica de carita redonda y voz poderosa, que se fue especializando en los famosos corridos mexicanos.

Terminaría siendo la reina de las rancheras. Era Rocío Dúrcal y también era una de mis novias musicales.



Como es natural, voy a limitarme a citar a aquellos que tengo de manera más vívida en la memoria. Había otros, pero estos son los que más me calaron. Entre todos fueron construyendo los cimientos de mi edificio melódico y rítmico. Había de todo, pero, con el tiempo, debe uno admitir que la calidad no era más que alguna cosa que debía andar por ahí escondida y que, por culpa de su extrema timidez solo aparecía en público en contadas ocasiones. Tengo que recordar también, que todo lo que he contado hasta aquí me llegó vía radio y que aún la televisión no había hecho acto de presencia en mi vida. Pronto llegaremos a ese punto y veré reaparecer ante mí en persona, en imagen, a aquellos seres misteriosos de los que solo conocía su voz.

Y aunque este capítulo quiere trascender la copla, lo cierto es que tengo que citar a una coplera, que también trascendió este género, por sus enormes facultades vocales y sus incursiones en

otros géneros. Estoy hablando de Rocío Jurado. Esa cantante, extraordinaria cuando cantaba y absolutamente



insuportable cuando abría la boca para hacer cualquier otra cosa que no fuera entonar. No era mi preferida, pero también ocupa un lugar en mi pedigrí musical.

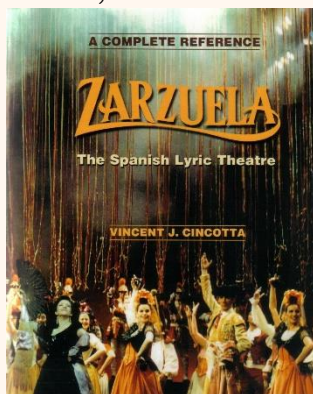
Pronto llegará la televisión a mi vida; ya lo había hecho para otros españoles, todos aquellos que vivían en Madrid, en Barcelona y en otras capitales que accedieron a este medio antes que los que vivíamos en estas zonas andaluzas, un poco/mucho olvidadas/abandonadas. Ni que decir tiene que los que vivíamos en el campo éramos absolutamente ajenos a estas modernidades, que no podían caber en la cabeza de aquellos aldeanos, que aún andaban recolectando sus cosechas a la vieja usanza, destripando terrones con las mismas técnicas que usaban los romanos y usando las caballerías como el más reciente de los medios de transporte.



Así que, hasta el 1963, año en el que mi familia decidió trasladarse a Ronda para que aquí el que recuerda estos lances pudiera estudiar y formarse, no tuvimos acceso al agua corriente ni a

la luz eléctrica. Ya había televisores en algunas casas rondeñas, aunque a la nuestra no llegaría hasta un par de años después, cuando entre la familia y los amigos pudimos convencer a nuestro progenitor de que había que adquirir aquel aparato maravillosos, que a él no le interesaba absolutamente nada, porque su vida se desarrollaba en la calle y no tenía tiempo para sentarse a ver esas cosas.

Así que, hasta ese citado año, siguió siendo la radio el único elemento de enlace con el mundo fascinante de la música. Mundo que, como hemos visto, estaba copado casi en exclusiva por la copla. Pero había otras cosas, como también hemos recordado, y otros géneros que, por lo menos para los programadores de las emisoras, eran totalmente menores y secundarios. De vez en cuando, muy de tarde en tarde, aparecía algún fragmento de zarzuelas famosas, en especial, la parte de los pasodobles; o surgía algún fandango de letra melodramática; o aparecían cantantes como Luis Mariano, algún rumbero o alguna orquesta de fiesta interpretando curiosos potpurris de temas conocidos.



¿Y el jazz, el blues y todo aquello que luego supimos llevaba ya varias décadas moviendo las almas y los cuerpos de los audaces extranjeros?

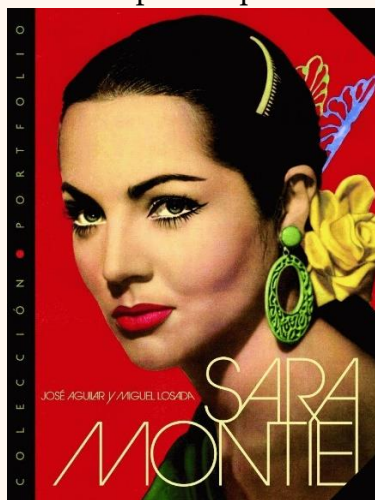
Sencillamente, no existían; no teníamos acceso a esas exquisiteces, porque el régimen puritano que velaba por nuestras almas no veía conveniente que aquellas novedades nos impurificaran de mala manera. Así que Elvis Presley tuvo que esperar bastante tiempo para mover sus lascivas caderas para las españolas, y los más recientes Beatles y Rolling Stones eran mitos inaccesibles para los oídos españoles.



Así que yo seguía con mis “discos dedicados”, mi copla lacrimógena y rancia, de batas

de cola e interpretaciones lacrimosas y el soniquete pegadizo de aquellos anuncios un tanto inocentes y primerizos. Os juro que no renuncio a este caldo de cultivo, pero soy consciente de que había más paja que grano en aquellos mis primeros pasos como oyente apasionado.

Y entre aquellos cantantes que trascendían la copla estaba, nada menos que, Sara Montiel, aquella musa, que tenía la increíble habilidad de descumplir años a través del ejercicio de una voluptuosidad un tanto trasnochada, aunque atrevida para aquellos tiempos de mojigatería



radical. Ella fumaba esperando al hombre que quería y que no coincidía con los deseos de los millones que sí hubieran estado encantados de esperarla a ella. No era mi tipo, pero tenía su morbo la criatura y fue capaz de poner de modo el cuplé, ese género

picante, antecesor de la copla y que seguía sobreviviendo en revistas y demás bodrios musicales de la capital.

De la zarzuela se escogían por parte de las emisoras los fragmentos más comerciales y pegadizos, sobre todo de aquellas que los años

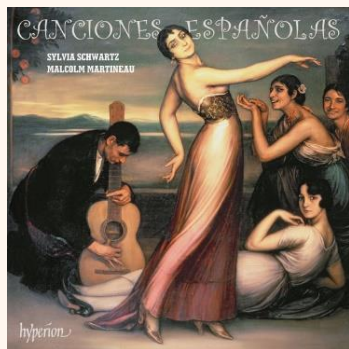
habían demostrado que eran más queridas por el público; *La Revoltosa*, *La verbena de la paloma*, *El barberillo de Lavapiés*, *La canción del olvido*, *La boda de Luis Alonso*... llevaban dentro un succulento manjar para oídos delicados y nacionales. No podíamos entender la mayoría de los españoles, que este género tan castizo y armónico estuviera en la consideración general por debajo de la circumspecta y culta ópera.



“¿Dónde vas con mantón de Manila?”, “Por la calle de Alcalá / con la falda almidoná/ y los nardos apoyaos en la cadera” eran fragmentos que emocionaban hasta la lágrima, si uno la tenía fácil y el sentimiento patriótico a flor de piel.

Con motivo de las fiestas generales y locales que pródigamente se repartían por toda España, las emisoras solían lanzar al viento los cantes regionales más conocidos y populares. De esa manera, todos conseguíamos emocionarnos entonando *Asturias*, *patria querida* o el pasodoble *Valencia*, a pesar de su provincialismo

perfectamente determinado. Desde *Santurce a Bilbao*, en especial, era una de estas tonadas que me ponían sentimental sin darme cuenta.



También, orillando la copla dominante, se escuchaban a veces las canciones de tuna, que evocaban un mundo alegre, juvenil y universitario. *Clavelitos*, *La tuna compostelana*, *Triste y sola*, eran los ejemplos más melodiosos de aquellos cantares que iban regalando por las calles aquellos, decían, mozos vestidos y ataviados con las galas de las diferentes facultades. Digo “decían”, porque a través de las ondas radiofónicas, uno no



podía más que intuir, muchas veces, de forma errónea, la realidad. No obstante, y sigue siéndolo aún, la radio era y es una fuente de estímulos para

la imaginación, que siempre es capaz de ir un poco más allá de la prosaica realidad.

¡Y cómo llenaban el alma de ardor épico los himnos y canciones castrenses y los pasodobles militares! Aún siguen poniendo los pelos de punto a muchos nostálgicos, de una forma, un tanto ya, extemporánea. Estas cosas tienen sus tiempos y ya no debieran emocionarse canciones como *El novio de la muerte*, esa terrible exaltación de la Parca y de su capacidad de seducción entre los jóvenes. Ya no debiera, pero entonces era un torbellino de pasiones las que sacudía.

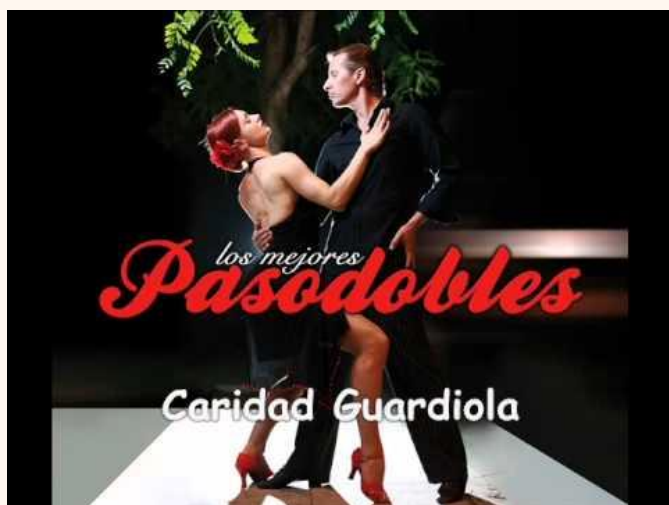
*Soy un hombre a quien la suerte / hirió con zarpa
de fiera; / soy un novio de la muerte que va a
unirse en lazo fuerte / con tan leal compañera.*



¡Manda güevos!, que diría el exministro Trillo.

En fin, después de estas cosas usadas como cimientos de la formación personal de un joven español, no sé cómo ha podido uno labrarse su propia personalidad y su espíritu crítico. Mérito que tenemos los que aquí estamos y hemos pasado por

semejante laminación de nuestros propios criterios a base de tanta Formación del Espíritu Nacional, tantas clases de Religión, tanta novena y tanta mentira envuelta en doctrina y valores eternos. Otro libro exigiría semejante expolio de las conciencias. Pero como lo que no te mata te hace más fuerte, pues aquí seguimos, dispuestos a enfrentar los morlacos que nos echen, que para eso estamos ya más que acostumbrados a lidiar con las peores fieras.



Más allá de la copla, aunque lindando fuertemente con ella, estaba el pasodoble. A mí me calaban de manera especial. Aficionado como siempre fui al mundo de los toros, me resultaban altamente emotivos y conmovedoras aquellas sabrosas y hasta, algunas, sobrecogedoras. *Nerva*, *El gato montés*, *Manolete*, *Pan y circo* y, especialmente, *En tierra extraña*, eran capaces de

elevarte al séptimo cielo. Aún me siguen moviendo por dentro, aunque lo que sí dejé en el camino fue la afición taurina, orillada por una especial sensibilidad hacia los animales que, tal vez, va aumentando con la edad.

VI. EL COLEGIO

El año 1963 fue el de mi traslado a Ronda y el de toda la familia. Las calles olían a cisco en invierno y en muchos tramos se podía percibir el perfume al aguardiente barato que exhalaban las tabernas. Nada era como es hoy, salvo la Plaza de Toros, los tres puentes majestuosos de la ciudad y las mentes conservadoras y recalcitrantes de aquellos que nunca cambian ni quieren que cambie nada. Las luces exteriores eran tristes, las de las casas, inconsistentes y poco fiables; el agua se cortaba con gran asiduidad y los bolsillos estaban tan vacíos como la única y poco dotada biblioteca del municipio.



Los bares no tenían ningún glamour, ni lujo ni ostentación, salvo el Jerez, en el que a los ciudadanos pequeños les quedaba el mostrador a la altura de la barbilla. Los demás eran tascas, con barriles y serrín en el suelo: las tapas no pasaban del medio huevo duro, el queso y los primeros

experimentos de ensaladilla rusa. En algunos, muy pocos, había un pequeño televisor de 19", en el que podía seguirse el partido que se televisaba en cada jornada de Liga.



Cines, si; curiosamente había dos de invierno, El Teatro Espinel y el Tajo Cinema, al que luego se sumó el de La Merced. De veranos había unos cuantos: recuerdo uno en la calle La Bola, otro, donde hoy reina el Parador de Turismo y otro, a la salida, en la carretera de Málaga; creo que había más, pero que no recuerdo, porque yo los veranos los pasaba en el campo y me perdía estos lugares de esparcimiento.

Algún día desarrollaré estas estampas de una Ronda tan lejana, que parece de otra Edad o Época, más que de la Contemporánea. Habrá mucho que decir del deporte, del fútbol en especial, del cine, del teatro, de los



paseos por la calle de La Bola, de los bares...

breve introducción era imprescindible, porque solo el contexto es capaz de definir y enmarcar adecuadamente aquello que uno quiere poner de manifiesto, sobre todo cuando del pasado se trata.



Así que, en este ambiente, empezaron mis primeros vuelos rasantes al contacto con aquella gente, tan abundante, tan distinta de la que había dejado en el pequeño universo del campo. Aunque lo cierto es que, entonces, menos que ahora, el barrio de La Ciudad, donde vinimos a desembocar, tenía tan pocos vecinos que, en muy poco tiempo, tuvimos la ocasión de conocerlos a todos y saber de qué pie cojeaba cada uno, cosa bastante interesante y útil en las comunidades pequeñas. El resto de Ronda tampoco rebosaba en población, pero ya era otra cosa e introducirte en sus ambientes resultaba algo más laborioso.

Y mis primeros escarceos me llevaron al Colegio de Santa Teresa, regentado por los Salesianos, esos educadores obsesionados por el deporte y la acción en aras de mantener la mente de sus alumnos alejada del pecado. Pero no quiero ahora hablar de eso, sino de un tema que viene a colación del que nos ocupa en este trabajo. La música, esa que a mí me había calado desde la radio, se me presentaba ahora ligada a la liturgia católica de las misas y demás ceremonias religiosas. Cada día nos hacían oírla y en ella se cantaba, sobre todo en aquellos días que exigían una celebración más rimbombante y solemne.



Pero donde de verdad me llegué a integrar en estos cultos fue a partir del curso siguiente, cuando pasé al colegio que la citada congregación tenía muy cerca y que no era otro que “El Castillo”. Allí, durante varios años asistí a lo que los salesianos llamaban la “clase de canto”. Bien por grupos o bien todos los alumnos del colegio a la vez, pasábamos al

espléndido salón de actos, en el que durante media hora aprendíamos los diferentes cantos de la liturgia, que luego interpretábamos a coro durante las celebraciones. En esos ensayos, dirigía un profesor, normalmente un meritorio aspirante a sacerdote con conocimientos musicales, y en un extremo de la primera fila se colocaba un personaje peculiar al piano, Don Juan “El Ciego”. ¡Cómo me gustaban las introducciones que hacía con aquel instrumento encantado! Me las terminé aprendiendo de memoria. Cantábamos a dos y, a veces, hasta tres voces. Era, con diferencia, lo mejor de lo que ocurría en aquel centro de enseñanza.



En esas clases aprendíamos los cantos litúrgicos, que luego se interpretaban en las misas diarias, las bendiciones vespertinas, novenas, triduos y demás parafernalia eclesiástica, que era, con diferencia, lo peor de aquel colegio. Pero era

realmente emocionante y espectacular cuando llegaba mayo y las famosas novenas de María Auxiliadora. Entonces, la inmensa cantidad de fieles que acudían a la iglesia hacía que los alumnos tuviéramos que ubicarnos en el coro, donde don Juan, sentado a un órgano eléctrico, acompañaba a aquel inmenso grupo de voces, unas blancas, otras más negras, pero todas perfectamente conjuntadas gracias a la labor minuciosa de ensayos diarios y concienzudos.

*¡Con gozo y con alegría,
cantamos Virgen sagrada,*

(Aquí introducía don Juan un acorde seco, con el piano en los ensayos y con el órgano en las ceremonias, que quedaba muy solemne y espectacular).

*que siempre fue inmaculada,
vuestra concepción, María!*

Hasta aquí llegaba el coro al unísono; lo siguiente era interpretado por un grupo escogido de las voces más selectas, aunque siempre varias; nunca había solistas, tal vez porque los curas no querían fomentar ni cultivar la vanidad de ninguno de sus alumnos, por cierto, masculinos todos. Era la educación y el método preventivo de Don Bosco, el fundador de los salesianos.

*Es la pureza la flor sagrada,
que a Dios recrea y más le agrada” ...*

¡Qué obsesión tenía (y sigue teniendo) la Iglesia con la sexualidad! Esto daría para otro libro, así que sigamos con la partitura que teníamos entre manos y dejemos esa para mejor, o peor, ocasión.

Don Antonio Fleitas Santana era un seglar que daba clases en el colegio. Su pasado era un misterio sobre el que todo el mundo especulaba.

Impartía cualquier asignatura; era un todoterreno y, como era imposible que tuviera tantas especialidades, lo más probable es que no tuviera ninguna, y que los curas aprovecharan su indudable carisma con los chavales para ahorrarse un buen dinero en contratar a profesores titulados. Pues bien, tan versátil y completo era este docente que, cuando don Juan, “El Ciego”, ya mayor, faltaba por alguna circunstancia, casi siempre de salud, él se sentaba al piano o al órgano y acompañaba las canciones como si tal cosa. ¡Un prodigio de hombre!

Pese al deleite que yo sentía con aquellas experiencias musicales, no sé explicar por qué, con el correr del tiempo, fui perdiendo la afición a cantar en corales y demás agrupaciones y ya nunca más volví a hacerlo hasta que mi amigo y maestro Pablo Jiménez Prieto me invitó a participar con su grupo en un disco precioso que grabó musicando poemas de poetas andaluces, ya en época bastante reciente. De esta experiencia hablaremos en su momento.

El último curso que se impartía en el colegio, sexto de bachillerato, era costumbre culminarlo con un viaje de fin de trayectoria escolar. Era algo recién inaugurado, pues en aquel tiempo todo lo que no fuera trabajo, esfuerzo y sacrificio era obviado por una sociedad instalada desde hacía mucho tiempo en la carencia. Pero nosotros alcanzamos a participar en esta nueva ola que empezaba a montarse alrededor del ocio y el placer. Así que decidimos, entre todos, hacer un recorrido, dentro de España, por supuesto, que nos llevaría por distintas capitales del Levante nacional. Pero lo que

nos trae a colación este tema, es que para recaudar fondos había que emplearse a destajo y así nos vimos cada uno de nosotros obligados a sacar de dentro nuestras mejores aptitudes y habilidades. Unos vendiendo dulces, otros haciendo malabares, otros montando una obra de teatro y a mí, precedido de mi condición cantarina, me tocó actuar en varios festivales recaudatorios.

Sin guitarra, porque no eran tiempos ni para aprender a tocarla ni para comprar una, y sin ningún tipo de acompañamientos, porque aún no se habían inventado ni el karaoke ni las bases musicales, simplemente “a capella”, allí que me plantaba en medio del escenario cantando, nada menos, que el éxito del momento de Julio Iglesias, “Gwendoline”. De esta manera volvía a cantar en público, algo que desde la “Campanera” encima de una mesa no me había vuelto a ocurrir. Y fue un



éxito, tanto, que uno de los curas, don Francisco Carrillo, hasta la grabó con un pequeño casete, absolutamente revolucionario para la época, que se había agenciado no

sabíamos cómo.

*Tan dentro de mí
conservo el calor...*

Así empezaba la canción, razón por la cual a Julio Iglesias, lo apodaron “El Termo”

En compañía de otros dos o tres alumnos, también interpretábamos una canción que se llamaba “El hombre de Cromagnon”, que era una

especie de canon cómico, que quedaba muy aparente y divertida.

Así que, entre unas cosas y otros, la música seguía presente en mi vida, aunque de una manera modesta y esporádica. La próxima vez que me subiera a un escenario sería muy pronto, tras terminar los estudios en “El Castillo” y abrirse la famosa “Casa de Don Bosco, la sede donde se instalaría el legendario y recordado “TES de Ronda”. De ello hablaremos dentro de unos capítulos.

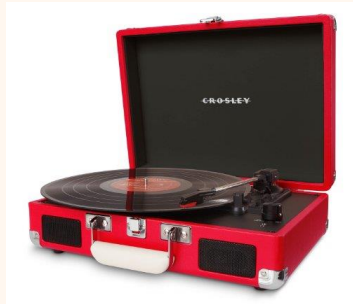
Una última experiencia quiero contar de mis atribulados años adolescentes en mi colegio. En éste no solo había curas ya consagrados a su misión pastoral, sino que también pululaban por sus pasillo y aulas unos jóvenes aspirantes al noviciado, a los que llamaban clérigos. Era gente que pretendía acceder algún día al sacerdocio y que pasaban por estos centros realizando una especie de prueba de fuego, tal vez para comprobar si sus vocaciones tenían fundamento y disposición de continuidad. Uno de ellos, del que lamento, no recordar sus apellidos, que se llamaba Fernando, componía canciones y, al conocer mi afición, las solía compartir conmigo. Lamentablemente no quedan registros de las mismas ni en ningún sistema de grabación ni en mi memoria, por lo que no puedo alcanzar a traerlas hasta estas páginas.

No he vuelto a saber de él, pero por si en sus manos cayeras estos recuerdos, aquí dejo el único fragmento que se me grabó para siempre, por esos

antojos caprichosos de la mente retorcida que incorporamos los seres humanos:

*Cuando tú me miras eres como el viento,
mides mis palabras y mis sentimientos,
pero no sé cómo tu mirar me aleja
a un lugar profundo de esta pobre Tierra.
Es tan triste tu mirada cuando miras así
y es azul el cielo, cuando todo es gris,
cuando tú me miras todos es para ti...*

Una cosa inocente e ingenua, pero no inferior a las insignificancias que se oían entonces y que se siguen oyendo hoy. Y no solo tengo la letra, también conservo la música perfectamente guardada en un archivo muy vívido de mis recuerdos entrañables.



Y eso fue todo lo que puedo recordar de mis experiencias musicales de aquellos años escolares. Poco más había. Empezaban a aflorar los tocadiscos, pero muy pocos podían comprarlos, las actuaciones en directo apenas existían y la música era una cosa callejera o eclesiástica. Menos mal, que al final de mis estudios en este centro, la televisión vino al rescate de los melómanos, con programas de variedades y monográficos musicales, que nos fueron poniendo en contacto con el mundo. De ello tratará el próximo capítulo y ahí sí hay ya mucho más que contar.

VII. LA TELEVISIÓN

Nueve o diez años llevaba yo en este mundo cuando un buen día di con mis huesos en Ronda, acompañado por mis padres, que decidieron comer en un restaurante de cuyo nombre no tengo recuerdo y en el que la vi por primera vez. Mis ojos inocentes no daban crédito a lo que se les puso delante con una fuerza y un poderío, que me dejaron absolutamente subyugado. Aquella radio no solo regalaba sonidos, palabras y música, itambién podía verse lo que ocurría en su interior! No acertaba yo a comprender tanta maravilla. No noté yo que mis padres fueran presas del mismo asombro, porque ellos comían como si tal cosa y, en especial, mi padre, no dejaba de instarme a que dejara de mirar hacia aquel aparato y me dispusiera a comer como Dios manda.



Pero nada, no había manera, pese a los esfuerzos de mi progenitor, yo no podía abandonar el hechizo que me tenía la vista clavada en aquel asombroso artilugio. Apenas atendí a la comida, con el consiguiente disgusto de mi madre, para la que tener a sus hijos bien alimentados era el objetivo primordial de su vida; venía de una posguerra y había conocido la escasez de alimento y eso marca para siempre. Así que, primero comer y luego lo que venga; “*primum vivere, deinde filosofare*”.

De modo que comí sin ser consciente de qué ni de cómo lo hacía, porque aquella maravilla no dejaba tranquila mi atención ni un segundo. Fue mi primer encuentro con ella. Sí, era ella, la televisión. Pero tendrían que pasar algunos años hasta que volviera a reencontrarla. Era impensable seguir a su lado. Nuestra casa en el campo no disponía de corriente eléctrica, así que tuve que olvidarla pese a la fascinación que me había provocado. Un par de años más tarde nos instalamos en Ronda para que yo pudiera integrarme en la escolaridad normal, que el campo impedía. Así que, ya en la ciudad, tampoco tuve ocasión de encontrarme con ella, porque ni había medios económicos, ni era común entonces que en las casas hubiera tal aparato. Poco a poco y durante varios años la gente más acomodada fue instalándolo en sus salitas y comedores.

Mi casa no fue de las primeras ni tampoco de las últimas en hacerlo. Así que tendría yo unos doce o trece años cuando, después de una extenuante presión por parte de toda la familia, mi padre accedió a presentarse en una tienda de la Calle de La

Bola, que se llamaba Quicar, para encargar el ansiado artilugio encantado. Entonces te lo llevaban a tu casa, lo montaban, ponían la antena y...a disfrutar de aquel prodigio.



Veíamos hasta la “carta de ajuste”. En los primeros años de la TVE solo había programación por la tarde; mientras tanto encendías el aparato y solo podías ver una inmensa marabunta de bolitas o chiribitas, que te dejaban la cabeza atolondrada. Un cuarto de hora antes de que empezara la programación aparecía una imagen fija en la pantalla, repleta de cuadritos, círculos y líneas, que, al parecer, servían para ajustar los parámetros de aquella rudimentaria televisión en matillas.



Pues bien, gracias a ella pude alcanzar el inmenso placer de empezar a conocer el aspecto, la figura y la imagen de aquellos cantantes, cuyas voces tan dentro llevaba gracias a la radio. Entonces no existía

el playback y todo lo que aparecía en pantalla era en riguroso directo. Era algo extraordinario. Pero aquello no duró mucho. Pronto aparecieron los realizadores extravagantes, la moviola y la posibilidad de grabar. Eso empezó a degradar la música y a acabar con los músicos profesionales, que acompañaban todas y cada una de las actuaciones.

Recuerdo a un director de orquesta de acompañamiento, que era fijo en televisión española. Se llamaba Rafael Ibarbia



y dirigía a aquel grupo de músicos mientras miraba a la cámara con una sonrisa, que aún te hacía disfrutar más de la música. Recuerdo en especial un programa, que se emitía los sábados por la noche y se llamaba “galas del sábado”. Allí estaba Ibarbia arropando a los cantantes de moda del momento, siempre que no estuvieran vetados y prohibidos por el régimen. Un programa aquel en el que Joaquín Prat compartía presentación con Laurita

Valenzuela, un prodigio de belleza y simpatía del que andaba enamorada media España, la masculina y, supongo, que también alguna parte de la femenina. Por allí pasaban, en directo, los cantantes, magos y demás artistas de variedades del momento.



No solo acudían españoles, también lo hacían, sobre todo, italianos y franceses. Gigliola Cinquetti y su “Non ho l’eta”, Rita Pavones y su “Bambola”, Mina, Iva Zanicchi y su “Orilla blanca”, Adriano Celentano o el gran Nicola di Bari, con su famoso “corazón gitano” o la incomparable “Guitarra sona piu piano”, eran la avanzadilla que llegaba a España de la música italiana, mientras que de Francia nos visitaban a menudo Maurice Chevalier, Charles Aznavour, Dalida o Mireille Mathieu, aquella pecosa sensual de mirada deliciosa.

Había un programa que a mí me introdujo a fondo en el mundo del pop. Se llamaba “Escala en hifi” y se difundía en la programación de mediodía; eran tiempos en que esa música era minoritaria y en horario nocturno de máxima audiencia no hubiera tenido sentido. Así que al salir del colegio para el almuerzo me encontraba con la sintonía del programa y me aprestaba a disfrutar de los Miky y los Tonys, Juan Erasmo Mochi, Karina y demás fauna del primerizo pop español, pálido reflejo del aquel rock potente que ya estaba asentado en medio mundo.



Junto a los cantantes y como hilo conductor había una serie de sketches protagonizados por actores que hilvanaban las distintas actuaciones. Luis Varela, María José Goyanes, Gloria Cámara, María José Alfonso o María Luisa Seco eran habituales en aquellos diálogos.

Aquel mítico programa me acompañó durante todo mi bachillerato. Eran los años sesenta; tiempos de precariedad, pero también de ilusión y esperanza.

Por primera vez, en este programa, se empezó a utilizar en España la técnica del *play back*, ese desastre que terminó llevándose la música en directo por delante y dejando en el paro a multitud de músicos y orquestas.



Así que el monstruo de mil cabezas del *play back*, de la música enlatada, como una especie de mentira melódica e intrascendente, acabó con la naturalidad, emoción y verdad de la música en directo. Bien es cierto, que terminó popularizando y divulgando géneros y cantantes, que de otra manera nunca hubieran sido conocidos, pero, en el balance, los amantes de la música nos quedamos sin su esencia y autenticidad.

La televisión nos terminó introduciendo, pues, en la nueva música. El fin de la copla y de las canciones tradicionales había llegado. Un nuevo viento se estaba llevando por delante todo lo viejo y nos iba introduciendo, poco a poco, en el universo de la música que se llevaba en el mundo, ese mundo del que nos separaba el proteccionismo y la

cortedad de miras de una dictadura, que empezaba por entonces a dar síntomas de agotamiento.

Los Brincos, Los Sírex, Los Módulos y muchos otros más empezaban a inundar con sus acordes las ondas, las cabezas y los corazones de aquellos jóvenes perplejos ante tal avalancha de modernidad. Más adelante hablaremos de la interpretación hispana de aquellos grupos que

intentaban reproducir por aquí lo que los Beatles y compañía hacían por ahí fuera.



Pero ahora estamos hablando de la televisión y su enorme capacidad divulgativa de una música encaminaba a cambiar

los gustos de la inmensa mayoría de la gente. Hasta los anuncios arrojaban melodías que se metían furtivamente en el alma y allí se terminaron alojando para siempre. Coches, frigoríficos, televisores, detergentes, cremas, perfumes y toda marca comercial que se preciara disponía de su popular y pegajosa melodía para atraer a los potenciales compradores. Por esa mi afición consuetudinaria a la música me gustaban tanto los anuncios o más que los programas, porque eran pequeñas píldoras

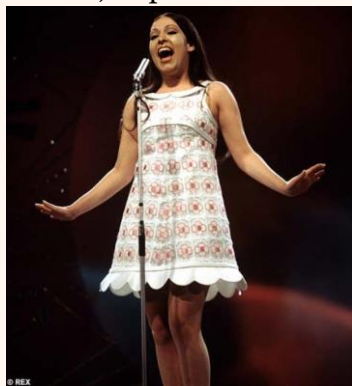


de melodías y ritmos que deambulaban a su aire y libremente por mi cabeza como si tal cosa.

Muy populares terminaron siendo, gracias a la televisión, los festivales de la canción, en especial los de San Remo, Benidorm y Eurovisión. Éste

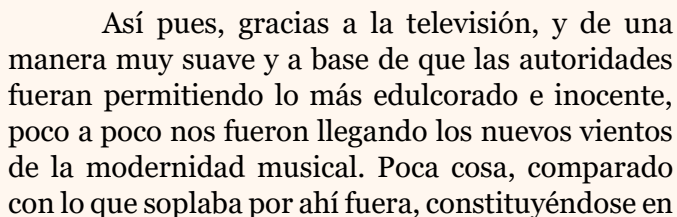


último era todo un acontecimiento, esperado con ansiedad y seguido por la inmensa mayoría de los televidentes, en tiempos en los que solo había la exclusividad de una cadena. Verdaderos ídolos eran los que televisión española (se trataba y se trata de un certamen organizado por todas las cadenas que pertenecen a Eurovisión) elegía para representarla. Se terminó creando la certeza de que, más que a una cadena, representaban a todo un país. Por eso,



Massiel o Salomé, que fueron ganadoras, alcanzaron enormes cotas de popularidad entre los españoles. De la misma manera que un cantante catalán, que empezaba, allá por 1969, fue repudiado oficial y popularmente durante muchos años, por la sencilla razón de querer cantar la canción que le habían compuesto en su idioma local y no en español. Era Serrat y aquello, más que hacerle daño, lo catapultó a la fama y el prestigio internacional, gracias a una carrera sólida que fue consolidando

Muy aclamados por el público gracias al empuje de la televisión fueron dos grupos instrumentales, Los Relámpagos y Los Pekenikes. En especial, éstos últimos, eran muy queridos por la audiencia y sus estrenos se seguían con verdadera fruición. “Frente a palacio”, Lady Pepa” o “Embustero y bailerín”, fueron *hit parade* de una enorme trascendencia a finales de los sesenta y principios de los setenta.



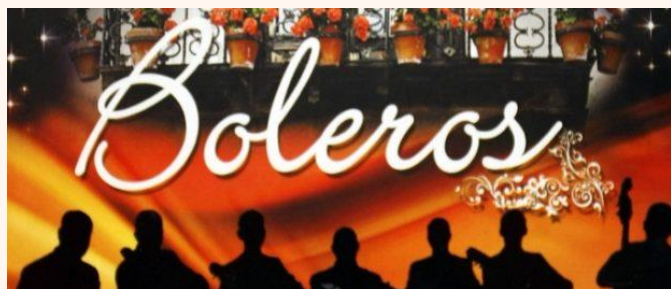
la banda sonora del mayo del 68, del movimiento hippy y de la libertad sexual. Aquí estas cosas no existían ni se sabía de ellas, porque toda difusión de semejantes disparates estaba estrictamente prohibida. Pero ya se sabe que ponerle puertas al campo suele dar un resultado precario, parcial y efímero y, al final, el monstruo de la innovación nos terminó invadiendo y acabamos sucumbiendo al pecado y a la degeneración de los pelos largos y las faldas cortas.



Por fin, el Rock and Roll empezaba a empujarnos hacia adelante y nos ponía en las ondas de la actualidad, esa cosa comprometida, de la que nuestros paternos gobernantes preferían tenernos alejados, a base de anclarnos permanentemente en el pasado.

VIII. EL BOLERO, EL TANGO Y LA RANCHERA

Uno de los géneros preferidos por los españoles, en especial por las españolas, fue el bolero. Se trataba de un género procedente de América, que hizo su entrada en nuestro país gracias a la radio y, sobre todo, a la televisión. De entre todos sus intérpretes, era especialmente querido y admirado un cubano, que sobrepasaba ya los sesenta años en los tiempos de los que hablamos.



“El manisero”, “Dos gardenias”, “Tengo una debilidad”, “Un compromiso”, “Aquellos ojos verdes”, “Aquella camarera de mi amor”, “Esperanza, y, en especial, “Angelitos negros”, sirvieron para empujar al amor a millones de criaturas especialmente predispuestas. Eran boleros clásicos y edulcorados, que mezclaban la miel con la ternura y las historias truculentas, en las dosis necesarias para conseguir verdaderas obras maestras.



Pero no estaba solo Machín, había otros que llegaron a ser tan populares como él, aprovechando el camino que nuestro famoso cantante ya había desbrozado. Nat King Cole fue un caso especial. No hablaba en absoluto español, pero consiguió aprenderse unas cuantas letras y con un acento curiosísimo logró alcanzar el corazón de los españoles. En especial, fue “Ansiedad”, su tema más recordado, el que causó verdadero furor y el que a mí más impresión me dejó.



Luego apareció un trío, que terminó personificando las esencias del género bolero; se hacían llamar “Los Panchos” y aún siguen funcionando, si bien con una formación diferente a la de aquella época. Sus canciones eran caramelos que endulzaban el corazón, enternecían las almas más duras y reclamaban el amor incluso de los más timoratos. Aquella “Historia de un amor” me dejó, en su día,

absolutamente subyugado. Luego yo seguí por un rumbo diferente al de ellos, pero siempre continuaron alcanzándome con sus cadencias melodiosas y aterciopeladas y sus letras pegajosas, aunque a mí ya no me llegaban de la misma manera.



“Si tú me dices ven” me pareció siempre la canción perfecta; con ella, Los Panchos trascendían el bolero y entraban dentro de los temazos clásicos de toda la vida.

El bolero era y sigue siendo un género originario de Cuba y que tuvo, ahora ya menos, una enorme trascendencia en los países sudamericanos. Desde ahí dio, como tantas otras cosas y artistas, el salto a España, donde cuajó como uno de los estilos preferidos por el pueblo, en especial del género femenino. En aquella España en blanco y negro, triste y deprimida por una posguerra que no terminaba de abandonarnos, el bolero cautivó a

muchos potenciales amantes y puso en sus manos el elemento poético imprescindible para convertir los sentimientos en algo mínimamente literario y, por tanto, cargarlos de un poco más de dignidad. Esas letras parecía que decían exactamente lo que los amantes estaban sintiendo en sus escauceos amorosos.

e yo me acomodé más al ritmo del rock y del subsiguiente pop y a los textos y músicas de los cantautores, y el bolero me influyó, porque era inevitable sustraerse a él, pero no tanto como para considerarlo como mi género preferido.



Los Panchos, Antonio Machín y at King Cole me introdujeron en este mundo, que cuarenta años después tuve la oportunidad de recrear en una comedia musical que titulé “A mí me mató un bolero” y que se estrenó en el Teatro Vicente Espinel de Ronda en el año 2013 por parte del grupo al

que pertenezco “Entreamigos. Con un texto bastante didáctico intentaba explicar allí el papel del bolero en la formación musical de mi generación, su origen, evolución y trascendencia en el mundo hispano, mientras los mejores cantantes de esta tierra rondeña ponían su voz al servicio de

los mejores ejemplares del género. Fue una experiencia inolvidable, como ya lo había sido un par de años antes la obra “La copla tuvo la culpa” que, con la misma intención, puso en pie las principales muestras del género para disfrute de los aficionados de mi tierra.

Luego aparecieron Bonet de San Pedro, Moncho y los diferentes cantantes de variedades que se acercaron al género, como Dyango, Gloria Lasso o Rocío Dúrcal, de la que enseguida hablaré como máxima representante española de las rancheras mexicanas. Más adelante lo revitalizaría el mexicano Luis Miguel, pero yo ya había dejado atrás el bolero entre mis gustos musicales y estos ya apenas me rozaron y, como mucho, los he ido conociendo de oídas, sin prestarles excesiva atención.

Otro género procedente de América vino a inundar las ondas radiofónicas y televisivas españolas. Se trataba esta vez de una melodía que llevaba incorporada una danza, de carácter marcadamente sexual, que con las restricciones eróticas de la época, suponían toda una transgresión cada vez que aparecía en la pequeña pantalla una pareja marcando los lujuriosos pasos y la sensual cadencia.



Decía Enrique Santos Discépolo, uno de los grandes creadores del género, que “el tango es un pensamiento triste que se baila”. En efecto, sus textos están llenos de relaciones frustradas o atravesadas por los más variados desastres. El tango es siempre un contenedor de las emociones y las tristezas que padecen los enamorados, hombres y mujeres del pueblo, especialmente en las cosas del amor, esa extraña y dulce enfermedad que se apodera de las almas y las convierte en pobres monigotes somnolientos y apesadumbrados.

En sus letras suele introducir palabras escritas en un argot local rioplatense llamado *lunfardo*, pero eso no impedía que el contenido terminara siendo perfectamente comprensible, sobre todo porque la propia introducción de cualquier tango ya nos orienta sobre el sentido y valor del contenido.



“Volver”, en los labios de Carlos Gardel, fue todo un descubrimiento para mí. Aquel ritmo sincopado, aquella letra inteligente, lindando con los textos de los cantautores que yo empezaba a seguir y aquella melodía potente y sabrosa, me atraparon para siempre y me pusieron en el camino de querer profundizar en el conocimiento de aquel estilo tan diferente de la copla y el bolero, que eran más populares y divulgados por la radio y la televisión. Así que por el

sendero que me abrió “Volver” conseguir llegar hasta los territorios donde deambulaban “Caminito”, “La comparsita”, “Mi Buenos Aires querido”, “Adiós muchacho”, “Yira”, “Melodía de arrabal” y algunos otros de los que no recuerdo el título.

Mucho tiempo después, de la mano de Serrat en su disco en directo, tuve ocasión de conocer una joya del género. Ser trataba de un tema de Discépolo que se llama “Cambalache”, una obra maestra que refleja las veleidades e inconsistencias de un siglo XX cargado de contrastes y paradojas.



*Siglo XX, cambalache
problemático y febril,
el que no llora no mama
y el que no roba es un gil...*

Así define al siglo pasado
unas de las estrofas y así
remata el texto:

*...que es lo mismo el que labura
noche y día como un buey,
que el que vive de las minas,
que el que roba o el que manda
o está fuera de la ley.*

Carlos Gardel murió antes de cumplir los 50 años por culpa de un accidente aéreo y el tango perdió para siempre su referencia fundamental. Su voz se adaptaba al género como un guante a la mano y su peculiar pronunciación, que cambiaba el sonido “n” por el de la “r”, lo convertía aún más en un artista original y único, que alcanzó tales cotas de

popularidad, que terminaron convirtiéndolo en un mito antes y después de su muerte. Conocimos a Gardel en aquellas grabaciones de los años 20 y 30 que sonaban a rayos, pero que evocaban a la perfección ese aire arrabalero y canalla que supuraban los tangos por todos sus poros.

Otro cantante que, procedente del otro lado del charco, visitaba con asiduidad televisión española era un argentino que se llamaba Carlos Acuña. Aquí se le conocía como “el otro Gardel”. Sin la magia de éste, sí que conseguía infundir a sus tangos la suficiente fuerza como para llegar al entregado público español. Nunca vi a Gardel, evidentemente, pero él era el mito; así que fue Acuña quien me enseñó que existían otras músicas populares más allá de la copla y del bolero.

Supongo que un argentino que se introduzca en el mundo de la copla tendrá sensaciones muy parecidas a las de un andaluz que se mete en el terreno del tango: Encontrarte algo distinto, pero comprensible por aquella sintaxis común que comparten todas las músicas del mundo y que para su descodificación apuntan más al corazón que a la cabeza.

Ese aire común también podía distinguirse en otro género americano, que esta vez procedía del centro de aquel gigantesco continente, de aquel México lindo y querido. Las queridas rancheras también alcanzaron nuestras orillas, a base de atravesar con su desparpajo el interminable Atlántico.



Vicente Fernández era el más consumado de sus cultivadores. Con especial emoción recuerdo una de sus míticas rancheras, “El Rey”, esa que se sabe casi todo el mundo cuando en las fiestas entre amigos llega el momento cumbre de su estribillo:

*Con dinero y sin dinero
hago siempre lo que quiero
y mi palabra es la ley.
No tengo trono ni reina
ni nadie que me comprenda,
pero sigo siendo el rey.*

Precioso canto a la bohemia y a la libertad, suficientemente valiosas como para arrostrar la precariedad y la soledad consiguiente.

En España, muy pronto caló este estilo, de la mano de “La Consentida y sus “horas negras” y otros americanos que nos visitaban, hasta calar en una española, que lo elevó a unas enormes cotas de popularidad: Rocío Durcal.



Repito una vez más que no pretendo hacer una historia de la música, sino tan solo referenciar aquí aquellos géneros e intérpretes, que me

fui encontrando en el camino y que, con mayor o menor atención, los fui siguiendo, a algunos durante un trecho del camino y a otros durante todo el trayecto. En concreto, este de las rancheras y los mariachis no fue de mis preferidos, pero reconozco que tenían sus dosis de alegría y de encanto, al menos el que proporcionan las melodías enganchadas al corazón desde la infancia.

¿Qué te pasa,

chiquillo, qué te pasa?

Me dicen en la escuela

y me preguntan en micas...

La de la mochila azul,

la de ojitos dormilones...

¿Quién no recuerda estos versos inocentes y melancólicos?

Uno de mis actores favoritos es Mario Moreno Cantinflas.



De vez en cuando rebusco por la red y encuentro algunas de sus joyas, que no tienen más valor cinematográfico que la presencia del insigne cómico, pero que yo vuelvo a disfrutar cada vez como si fueran estrenos. Pues bien, lo traigo a colación porque una de las escenas recurrentes de sus numerosas películas era la aparición del personaje que representaba interpretando un

corrido o una ranchera, flanqueado por su coro de mariachis, como forma infalible de doblegar el duro corazón de la chica que desde su balcón lo escuchaba. No cantaba bien, ni falta que le hacía, porque le ponía tales dosis de comicidad y de pasión, que era inevitable quedar rendido ante tamaño ejemplar del séptimo arte. Decía Charlot, nada menos, que Cantinflas era el mejor cómico del mundo. Son palabras mayores, que no requieren más comentarios.

IX. LOS GUATEQUES

A mí el tiempo de los guateques me cogió demasiado niño y cuando crecí a toda prisa para incorporarme a ellos, ya habían pasado de moda y estábamos en pleno auge de los clubes juveniles y las discotecas. Así que sé que existían y conocí muchas historias relacionadas con ellos. Así que andaba yo por los doce o trece años cuando veía cómo mis conciudadanos, que rondaban la mayoría de edad, se reunían en algún lugar, previamente concertado, para echar una tarde de música y baile. Uno de ellos solía poner un aparato nuevo y revolucionario, luego llamado tocadiscos, y, en



aquel tiempo *pick up*, primer síntoma de que el idioma inglés empezaba sin remedio a colonizarnos. Otro u otra ponía una habitación de su casa y todos los demás, el suficiente entusiasmo como para crear el clima necesario de picante al servicio de una sexualidad convenientemente reprimida por el franquismo. De modo que alrededor de unos cuantos y escuálidos refrescos, de unas aceitunas y unas aceitosas patatas fritas, los inocentes jóvenes

de los 60 divertían las tardes de sábados y domingos como mejor les daban a entender sus enormes ganas de alcanzar la madurez y con ella esa modernidad que a nuestra querida España no terminaba de llegar nunca.



El tocadiscos lo revolucionó todo: acabó con la selecta gramola y su carácter portátil lo convirtió en un elemento imprescindible en el mundo de los jóvenes; terminó enterrando la música en directo, también a los acordeonistas y demás artistas animadores de fiestas y democratizó el jolgorio acercándolo a todas las clases sociales. Un aparato, pues, que, como casi todo en la vida, tenía sus ventajas y sus inconvenientes, pero que, sobre todo,

nos acercó a los ídolos de una manera que no podíamos ni soñar antes de su aparición.

Y con aquel nuevo artilugio venían incorporados los nuevos ritmos, las nuevas tendencias musicales y hasta las nuevas costumbres que la juventud de medio mundo estaba asumiendo con toda naturalidad. Muchas veces, sin darnos cuenta, algo que parece insignificante y simple, resulta que nos proporciona cambios y nos transporta a una nueva situación, a una nueva realidad, a un nuevo paradigma. Que esto ha ocurrido se advierte cuando vemos que la generación anterior repudia lo que acaba de llegar. No lo entiende, les supera lo nuevo, se le trastocan los valores. Así ocurre siempre y así seguirá ocurriendo.



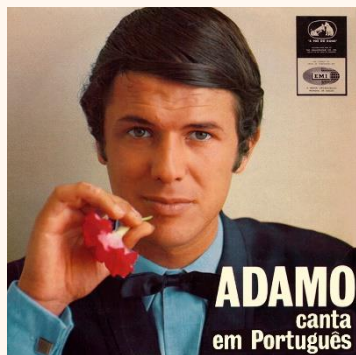
Las melenas, los vaqueros, las minifaldas y las barbas eran elementos demasiado revolucionarios para que nuestros padres y abuelos

los aceptaran con naturalidad. De nada servía que tú les argumentaras que Jesucristo había usado barba y melena. Nada, eso era cosa de desarrapados y mangantes. Pero no era mi idea hacer un tratado sociológico de nuestros pesares juveniles, sino hablar de aquellos compases que nos iban acompañando en ese transitar adolescente.

Y, claro, lo que salía por aquellos tocadiscos no era nada recomendable para el buen gusto, pero sí que animaba las fiestas y ponía a los dos sexos en la posibilidad de conexión imprescindible para el juego fundamental de la vida.

Tony Roland, Peret y sus rumbas, Los mitos, Palito Ortega y tantos otros constructores de canciones basura, se adueñaban del espacio donde se desarrollaba la festiva reunión y la llenaban de mostrencos acordes que, afortunadamente, apenas eran escuchados, porque el objetivo que llevaba hasta allí a los presentes era otro bien distinto. Así que el estropicio musical en las cabezas era menor.

Pero el rey de aquellos guateques era un belga que cantaba en español y que, con su peculiar acento afrancesado, apuntaba con sus melosas baladas directamente al corazón. No era otro que Salvatore Adamo. “Cae la nieve”, “Un mechón de tu cabello”,



“La noche”, “Es mi vida” y, sobre todo, la reina, el no va más de aquellos saraos, la esperada por todos los guatequeros como agua de mayo, la simpar “Tus manos en mi cintura”. Esa melodía inauguraba el momento del cambio del tiempo rápido al lento. Adamo fue un cantante más que famoso en aquella España de los sesenta. Lo siguió siendo durante un tiempo, hasta que el viento del rock y el pop más agresivo lo postergó de manera casi definitiva.

Ese era un momento capital y anhelado por todos los bailones. Había que estar muy atentos, pero con un poco de entrenamiento se conseguía presentir el instante para, en cuanto la música se ponía romántica y lenta, lanzarse en busca de aquella que queríamos depositar entre nuestros brazos por un ratito (lo que duraba la canción), aunque lo más probable es que sus codos, hábilmente colocados, impidieran nuestros ímpetus románticos.



No bastaba con la habilidad para ser los primeros en

elegir, sino que había que contar con la aquiescencia de la muchacha, lo que ponía la cosa verdaderamente complicada y hacía que los más retraídos ni siquiera se atrevieran a intentarlo ante la alta probabilidad de una humillante negativa. Ellas lo tenían más complicado, porque, en aquel tiempo, estaba mal visto que tomaran la iniciativa, aunque también usaban sus reclamos sentimentales y, a veces, alcanzaban también sus objetivos.

Yo no participé en los guateques, pero esta estrategia era similar en los clubs juveniles, tele-clubs, discotecas y demás lugares de esparcimiento. Un rito que había que cumplir, porque las facilidades para este tipo de cosas todavía tardarían unos años en llegar.



De manera que, recapitulando un poco, puedo decir que andábamos allá por la segunda mitad de los años sesenta, que la juventud de otros países andaba enfrascada en sus pequeñas revoluciones de las costumbres, que mayo del 66

había puesto de manifiesto la necesidad de cambio de un mundo demasiado enfrascado en sus mezquinas calamidades y que en España esas cosas eran vistas como algo tan lejano, que parecía de otros universos. Pero algo empezaba a calar en nosotros aquella música y aquella manera atrevida de querer superar tiempos llenos de hipocresía y memez y, poco a poco, lentamente, empezamos a sacar la cabeza a flote intentando respirar aquellos aires de libertad, que andaban contaminando el contexto.

Así que los guateques fueron siendo sustituidos por las discotecas para los jóvenes y las salas de fiesta para los más maduros; las parroquias, como siempre, con habilidad, se fueron sumando al carro y creando sus clubes juveniles. En su momento hablaremos del que fue mi punto de partida en esto de la música, el famoso TES de Ronda, a cuyo frente estaba, por supuesto, un



sacerdote. La iglesia siempre ha sabido adaptarse a su manera a los nuevos tiempos, aunque haya despotricado de ellos sistemáticamente desde el púlpito. Cuestión de supervivencia y de procurar llevar siempre el agua a su molino. Tenía yo 18 años cuando me incorporé a este club juvenil, así que desde el tiempo de los guateques hasta entonces no

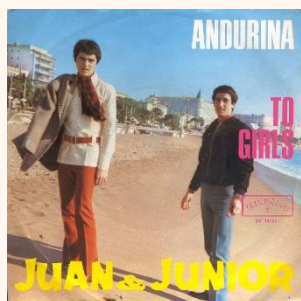
tuve más contacto con ese mundo que el que me llegaba por conocidos, familiares o lo que podía intuir por las películas o los programas censurados de la radio y la televisión.

Eran los tiempos en los que reinaba de una manera absoluta el “Dúo Dinámico”. Manolo y Ramón formaron la pareja más fructífera del pop español.



Han estado en boga durante décadas y, aún hoy, su nombre evoca nostalgias y sentimientos fuertes y acendrados en varias generaciones. “Quince años tiene mi amor” era un himno para adolescentes que ha superado tiempos y progenies. “Amor de verano”, “Quisiera ser”, “Esos ojitos negros”,

“Perdóname”, “Oh, Carol”, Lolita twist, fueron auténticos bombazos, de permanente vigencia durante mucho tiempo. Todavía en 1987 fueron capaces de lanzar un tema, que aún sigue siendo el himno de los luchadores animosos; se trata de “Resistiré”, que hasta algún equipo de fútbol ha llegado a convertir en su talismán para superar los momentos de crisis y malos resultados. Pero es que, además, no se limitaron a convertir en éxito todo lo que cantaban, sino que fueron productores exitosos de otros cantantes y grupos. Gente con estrella, en definitiva.



Juan y Junior, sin llegar al nivel de seguidores de los anteriores, también lograron alcanzar algunos éxitos verdaderamente notables. A mí me llegaba al alma especialmente un tema llamado Anduriña, que tenía ese aire

nostálgico que calaba hondo y que logró alcanzar hasta al mismísimo Picasso, que hasta ofreció uno de sus grabados para la portada. Si no alcanzaron el nivel de popularidad de El Dúo Dinámico fue, seguramente, por su poca permanencia en el tiempo. Algunos años al final de los sesenta que dieron poco más que para seis discos sencillos. Las discrepancias internas llevaron a cada uno de establecer carreras en solitario, muy liviana la de Junior y de más contenido y profundidad en el tiempo la de Juan.

JUAN PARDO



ORO COMPACTO

Así que de Juan y Junior llegamos a Juan Pardo, el componente que tuvo más largo recorrido. Juan era un todoterreno. Muy hábil a la hora de componer sus propios temas, solía dar con la tecla del gusto popular y construyó una carrera llena de grandes éxitos, de entre todos los cuales a mí me enternece especialmente uno de ambiente gallego y campesino llamado “la charanga”. Se trataba de una canción dulce y compleja, larga y llena de matices que, siempre he entendido, era realmente espectacular. A partir de ahí se lanzó hacia una carrera en busca del éxito fácil que muy pronto dejó de interesarme. “Mi guitarra”, “Cuando me enamoro”, “Bravo por la música” fueron éxitos suyos, que yo ya no compartí demasiado.



Antonio Morales, Junior, que había compartido carrera con Juan Pardo, con los Brincos y Los Pekenikes, siempre me pareció blandito y falto de garra y su música me pasó absolutamente desapercibida.

En los dos próximos capítulos hablaré de los solistas y grupos que llenaron de acordes mi juventud, antes de que yo mismo me integrara en un grupo y empezara a hacer mis

pinitos musicales. Aunque nuestro grupo solo hacía versiones de canciones del momento y no éramos creativos ni originales, sí que tuvimos nuestra repercusión en Ronda y aún somos recordados por muchos amigos y seguidores de aquella época.

Ni antes ni ahora ha logrado la música de guateques, discotecas y saraos instalarse en una estantería preferente de mi memoria sentimental. Anda por ahí, desperdigada en los pliegues donde he ido depositando todo aquello que de verdad he ido considerando valioso.

Sí que me ha servido toda esta morralla de melodías y ritmos intrascendentes para descubrir aquello que de verdad tenía valor. Ha sido como una referencia negativa que me ha llevado a acercarme a lo digno de reconocimiento y estima.

Hablo sobre todo de aquellos años 60 y 70 que atravesaron mi juventud. Más adelante, la música ha insistido en banalizarse más y más con el fin de ampliar los mercados y embrutecer los gustos. Pero a mí ya esta música disco me cogió con el gusto



formado y apenas ha tenido en mí otra impronta que no sea la de tener que soportarla como cantinela de fondo de esta época falaz y frívola que nos ha tocado transitar.

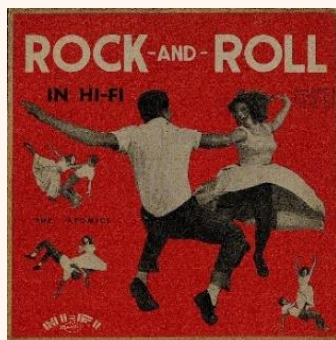
Queda pues claro que mi afecto hacia este tipo de música fabricada ad hoc para un fin diferente al estrictamente musical nunca será ni siquiera mínimo. La música concebida para bailar, para aletargar, para entontecer nunca ha sido ni será de mi agrado. Hay demasiadas cosas buenas para andar perdiendo el tiempo con semejante remedo de obras musicales.

Tal vez tal desafecto provenga de mi incapacidad para perder el respeto humano que me produce el baile. Las discotecas siempre fueron para mí un lugar de humos y ruidos, que no dejaban articular, ni palabras ni pensamientos. El mismo aprecio siento por los pubs, a los que siempre he sido reacio, por la misma razón de lugares montados para evitar la conversación y la interacción humana, que no sean las miradas entre la niebla.

Pero como todo lo que uno oye, aunque no lo escuche, forma parte de su banda sonora, pasemos a hablar de los grupos que durante mi adolescencia y juventud inundaban a guitarrazo limpio las pobres y aturdiditas conciencias en formación.

X. LOS GRUPOS Y SOLISTAS

Todo lo que vino después de la copla, el bolero y demás ritmos sudamericanos tuvo un origen muy determinado y perfectamente definido: el rock. Éste, en sus distintas variantes, había arrancado como rock and roll a partir de la fusión de varios géneros preexistentes como el *rhythm and blues*, el *country*, el *jazz* y el *blues*. El rock and roll fue una maravilla, que revolucionó la música y las costumbres, pero que en su misma esencia tenía un recorrido muy estrecho, por lo esquemática que era su naturaleza. Así que, pronto, empezó a perder el *and roll* y empezó a derivar a la estricta forma de rock, que ofrecía muchísimas más posibilidades de desarrollo.



Dentro de este concepto caben formas tan variadas como la psicodelia y el rock progresivo o el punk; subgéneros que más bien parecen géneros encontrados y opuestos. Así que, de la riqueza germinal del rock brotan multitud de ramas, y en su derivación posterior dará lugar al género más promiscuo y cultivado de la historia de la música, el pop.

Muy pocos grupos de rock surgieron en España durante los 60 y 70; en las siguientes décadas ya sería otra cosa y de ellos hablaremos en su momento. Ahora es la hora de los grupos

primerizos de aquel incipiente pop-rock, imitador del que tímidamente llegaba desde más allá de nuestras fronteras, sobre todo desde la segunda oleada del rock, capitaneada por los Beatles.



Un grupo que me impactó de manera especial fue Los Módulos y, en especial, una canción mítica, que se llamaba “Todo tiene su fin”. Pero, no solo me gustaba a mí, sino que consiguió ser un éxito total de ventas y de fama. Ellos introdujeron en España el Rock Progresivo, una variedad más elaborada del rock primitivo, que hacía hincapié en los techados y en el material sinfónico. Fue el inicio de mi buena relación con este subgénero que me llevaría, entre otros, a Pink Floyd, uno de mis grupos favoritos y de referencia.

Y es que a mí me ha gustado siempre la música más densa, más elaborada, menos esquemática que el rock and roll original o el consiguiente rock en sus distintas variedades afiliadas fundamentalmente más al ritmo que a la

melodía. Me gusta que la música me meza, más que me empuje o me zarandee. Soy más de los matices que de lo genérico; más del corazón que de las tripas. El ritmo apunta al diafragma; la melodía, a la inteligencia.

Los Ángeles era un grupo que también tuvo mucho tirón. Me embrujaba una de sus canciones, “Mónica”.

*Tu nombre suena en mis oídos como música;
quiero que atiendas a mis ruegos y mis súplicas...”*

Tenían, por otra parte, una canción, que se llamaba “Mañana”, cuya letra penetraba en el mayor de los ridículos, mezclando absurdamente el inglés con el castellano:

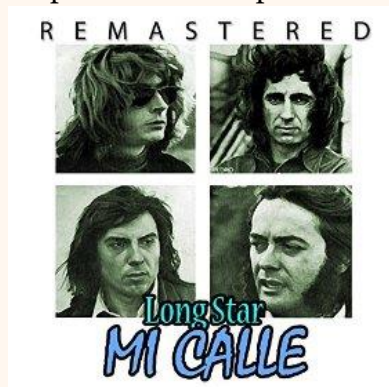
Ah, ah, mañana, mañana, mañana, tomorrow...

Nunca me gustaron esos gazpachos, porque representaban un desprecio hacia esa parte tantas veces olvidada por la música moderna, los textos.



Del mismo estilo pop eran Los Puntos. Estos grupos me

llegaron a través de mi participación en el TES DYNAMO, un conjunto, como se llamaban entonces, que, en el club juvenil, “La Casa de Don Bosco”, ponía a dar saltos y a abrazarse (icon discreción!) a buena parte de la juventud rondeña. “Cuando salga la luna”, “Esa niña que me mira” y, sobre todo, “Llorando por Granada”, fueron éxitos resonantes. Su condición de andaluces los acercaba un poco más a mis preferencias.



Creo que de aquel tiempo la canción que más me marcó fue “Mi calle”, de un grupo barcelonés que se llamaba Lone Star. Eran más rockeros que todos los demás de los que hablo en este

capítulo y a mí me llegaban bastante más sus aires más duros, que las blanduras “poperas” de los otros. Porque puestos a prescindir de las letras, yo prefiero la música más robusta, más recia que las melifluas baladitas de la canción del verano. Alguien fue capaz de conjugar ambas cosas. De ellos hablaremos más adelante; se trata, evidentemente, de Los Beatles.

Los Mitos, Santa Bárbara (“Le llamaban Charlie”), Los Gritos, Los Sírex, Los Pasos, Los Salvajes, Los Iberos (“Las tres de la noche”) estaban cortados, más o menos, por el mismo patrón de un pop, que quería parecerse al británico, pero que tan

solo en escasas ocasiones lo conseguía. Música fácil y pegadiza sin más pretensiones que alcanzar cierta fama y llenar las carteras, sobre todo de las casas de discos más avispadas, sobre todo la Belter que, en aquel tiempo era omnipresente en todas las carátulas de los discos.

De Los Mustang hablaremos cuando lo hagamos de Los Beatles, porque, con diferencia, fueron sus mejores versionadores en español.



Ya empezaban a apuntar en aquellos últimos años de la década de los 60, los grupos folk, el más famoso de los cuales era

Mocedades. Tuvieron, entonces y durante muchos años, un éxito popular asombroso; sobre todo para mí que no apreciaba tanto aquellas canciones acarameladas y dulzonas. Un poco más tarde, en Andalucía, surgió Jarcha; iqué bombazo aquel “Libertad sin ira”.

Pero, sin duda, el fenómeno más interesante de la época fue la rivalidad que se estableció entre dos grupos, que terminaron siendo los auténticos referentes del pop-rock hispano. Por un lado, Los Bravos, representantes de la línea más dura e internacional; por otro lado, Los Brincos, que eran un producto más nacional, más tibios y menos

potentes en su música. Y, por supuesto, los más populares fueron estos, porque sus canciones sonaban más y eran más fáciles de digerir por muchas más clases de oyentes. Más comerciales, vamos.



Con “Black is black”, Los Bravos se convirtieron en una banda de percusión internacional. El único grupo que fue conocido y

reconocido fuera de nuestras fronteras. Su cantante, Mike Kennedy y su perfecto inglés fueron la gran baza para tal logro. Al ser más rockeros tuvieron un menor alcance de popularidad. En cambio, Los Brincos, más asentados en el pop, terminaron grabando un ramillete de canciones, que aún son recordadas y conocidas por varias generaciones.

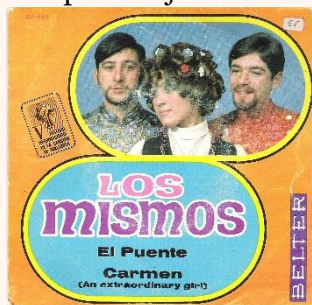


Aún sigo saboreando aquel “Sorbito de champagne” y todavía sigo “bailando con Lola” o me pongo “Flamenco” o me pongo triste cuando me dicen “Tú me dijiste adiós”. Cosas de la edad y la memoria. ¿Tal vez

sea nostalgia? Espero que no; siempre he luchado contra ella.



En un escalón de popularidad inferior navegaban Los Canarios, con Teddy Bautista a la cabeza; sí, ese que después se lo llevó crudo cuando fue presidente de la Sociedad General de Autores. ¡Un personaje!



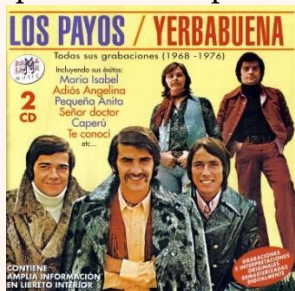
¿Cómo olvidarnos de dos tríos superfamosos, que estaban siempre visitando televisión española, la



única que había? Eran Los tres sudamericanos y Los Mismos. Con “Cartagenera” y “Me lo dijo Pérez” deslumbraban los primeros; con el “Puente a Mallorca” lo hicieron los segundos. ¡Cómo molaba el que tocaba la pandereta de Los Tres sudamericanos, con sus gafas negras y su porte

hierático, que no cuadraba para nada con la intrascendencia de las canciones!

Muy populares y pegadizos en aquellos años de mi adolescencia y primera juventud fueron Los Payos. Su canción “María Isabel” fue un boom, pero a mí, como tantos y tantos de estos grupos me dejaban más bien frío, porque buscaba en la música algo más que una excusa para mover las caderas o tararear.



Ya entonces empezó a fraguarse el negocio de la canción del verano, a la que cada año optaban un grupo de descerebrados artistas, pero estupendos inversores en nimiedades para el consumo de las masas aborregadas. Tendrán un capítulo aparte, aunque no lo merezcan.

Así que doy fin al relato de los grupos y me introduzco sin solución de continuidad en el de los solistas. Empiezo por una de ella, que me gustaba más por cuestiones extra musicales, pero que cantaba una canción, “Soy rebelde”, que en aquellos años sonaba a desafío a las autoridades morales, religiosas, políticas y policiales. Se hacía llamar Jeanette y a mí me puso en el camino de mi insubordinación permanente hacia cualquier poder constituido.



*Yo soy rebelde porque el mundo me ha hecho así,
Porque nadie me ha tratado con amor,
Porque nadie me ha querido nunca oír.*

No era una rebeldía política, pero ya era algo oponerse a algo en aquel tiempo de obediencia ciega y buenas maneras. Luego cantó “Por qué te vas”, con mucho éxito y yo, que la seguía por su cara, me terminé enamorando también de la canción.

Aunque el primer cantante pop del que yo tengo recuerdos es el inconmensurable, amanerado, brillante, melifluido y artificioso Raphael. Esa ha lo dice todo. No hay otro Raphael. Un hallazgo desde el mismo nombre. Su voz, sus gestos, sus poses y sus

canciones arrasaron y... 50 años después sigue en candelero el tío. Algo tendrá, supongo.



“Yo soy aquel” decía Raphael y servidor y tantos otros, nos creíamos aquel mismo *que cada noche te persigue, que por tus besos ya no vive...* Luego vino “Hablemos del amor”, “La canción del trabajo”, “Llorona” y, sobre todo, aquel incommensurable “Tamborilero”, que a mi madre y a casi todas ponía los pelos de punta cuando se acercaba la Navidad. Aún sigue dando guerra Raphael, con su estilo, el suyo, con su amaneramiento, el suyo, pero también

con su talento y su profesionalidad. Un ejemplo para tantos que se acercan a este mundo, pensando que con su cara bonita lo tienen todo hecho.

A mí me gustaban más el brío y las maneras de Nino Bravo, ese ídolo que truncó la carretera cuando tenía 27 años, esa edad fatídica en la que han perdido la vida una buena cantidad de cantantes de todo el mundo: desde la española Cecilia hasta los universales Janis Joplin, Otis Redding, Jimmy Hendrix o Jim Morrison.



Sus canciones no eran populares, eran himnos que la gente entonaba con él como si tal cosa, como algo natural pegado a sus meninges. “Libre”, “La puerta del amor”, “Un beso y una flor”, “Te quiero, te quiero”, “América”, “Las cartas amarillas”, “Es el viento”, “Esa será mi casa”... y muchas más, todas pegadizas, todas brillantes en su voz varonil y, sin embargo, aterciopelada. Sin duda estamos ante la mejor voz del pop español, pese a no poder

desarrollar, por razones obvias, más que una pequeña parte de su potencial.

*Junto a la puerta del amor te hallé
y logré besarte,*

mis sueños son ya realidad, amor...

Esa era mi canción favorita; y yo la cantaba con mi grupo.

Con él se forraron los estupendos compositores de la época, artistas también, cargados de buenas y eficaces melodías: Juan Carlos Calderón o Augusto Algueró son buenos ejemplos de estos músicos, que marcaron toda una época. Luego quisieron continuar la estela de Nino con Juan Bau y Francisco, también valenciano, esa tierra tan musicalmente pródiga, pero ya no fue lo mismo.



Marisol era una niña cuando adquirió fama internacional, al menos en los países hispanos. Su cara dulce y su voz desgarrada marcaban un contraste que la hacían especialmente atractiva. Su hermosura se completaba con una gracia y un don especial para enfrentarse a las tablas. Actriz y cantante, acabó pronto su carrera, voluntariamente interrumpida para retirarse a una vida más tranquila y relajada, aunque militante con sus compromisos sociales y políticos. “Estando contigo”, “Corre, corre, caballito”, Chiquitina” o “Me conformo”, eran la melodía que hacía furor en todos los patios de vecinos y ojos de patio de todas las casas españolas de los años sesenta.



Con un puntito aflamencado un poco más fuerte que el de Marisol también era popular, aunque menos, Encarnita Polo, que, por cierto, no le tocaba nada a la señora del caudillo. “Paco, Paco, Paco” y

“Échale guindas al pavo fueron sus canciones más reconocidas. Buen ejemplo de un tipo de canción popular, demasiado popular para mi gusto; casi populachera podría decirse, pero que componía la banda sonora del noventa por ciento de la gente del momento. La verdad es que no tuvimos nada fácil hacernos con un gusto exquisito.

Un fenómeno extraordinario fue el de Karina. Esta mujer que en su madurez ha demostrado ser una casquivana compulsiva, en aquellos años sesenta era una dulce y angelical jovencita, que nos alegraba la vida con sus canciones optimistas e intrascendentes.



¿Quién, por culpa de ella, no buscó afanosamente en “El baúl de los recuerdos”?, ¿Quién no recibió el

certero aguijón de sus “Flechas del amor”? Era imposible abstraerse de eso; estaba en todas partes; sí, en la sopa también. Omnipresente, contaminante, cándida e inocente Karina. ¡Cómo la queríamos!

También a Gelu, menos conocida y que versionaba a medio mundo. Queríamos menos, al menos los del género masculino, a un cantante que empezaba a mostrar buenas maneras. Se hacía



llamar Camilo Sexto. Explotaría en la década de los setenta con éxitos incommensurables como “Perdóname”, “Melina”, “Fresa salvaje”, “Vivir así es morir de amor”. Pero donde a mí me rindió fue en su interpretación de la ópera rock “Jesucristo Superstar”. Yo mismo usé algunas de esas canciones en alguna que otra boda de amigos y compromisos.

Otra mujer de empuje y fuerza más que de voz, era Massiel. Ésta se atrevió con buenos textos,



de Luis Eduardo Aute, por ejemplo, como era el caso de “Rosas en el mar” o “Aleluya”. Además, en el imaginario colectivo, fue la que salvó a España representando a Eurovisión cuando el desplante de Serrat, cantando el triunfador “La, la, la”.

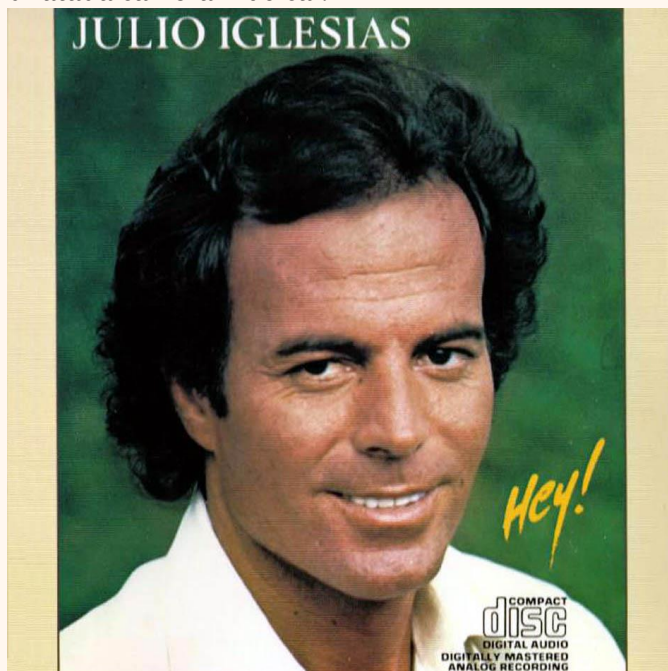
XI. EL FÚTBOL Y JULIO IGLESIAS. LA MÚSICA ITALIANA Y LA FRANCESA



Vuelvo un poco atrás en el tiempo y me instalo de nuevo en la etapa más temprana de mi juventud. Andaba yo por los 15 años. Era 1985 cuando un muchacho endeble, tímido y apocado ganaba por sorpresa el famoso Festival de Benidorm. “La vida sigue igual” se llamaba el tema vencedor. Era el comienzo de una leyenda que, tras invadir España, terminó conquistando el mundo entero hasta convertirse en el cantante español que más discos ha vendido en la historia. Estos son datos irrefutables e irrefutables. Te guste o no te guste el personaje, su obra o su estilo, en cuestión de fama y de llegar al público no ha tenido ni tiene rival en nuestro país.

Algo vieron en él los que se dedican a fabricar productos telegénicos, algún tesoro oculto que llevaba este hombre dentro, tan escondido, que los profanos no alcanzábamos a atisbar. Así que se pusieron manos a la obra y, de la noche a la mañana,

Julio Iglesias se convirtió en un cantante famoso a nivel mundial, que vendía discos como rosquillas y que ganaba dinero a espuestas. Y eso, sin apenas saber cantar ni moverse en escena; con una expresión corporal torpe y atribulada y con unas canciones bastante pobres por lo general. Estas cosas ocurren mucho en la vida. Otros, con más, apenas alcanzaron un mínimo nivel de notoriedad. Así que, doble mérito veo yo en este hombre que, con poco lo alcanzó todo. O con mucho, y he sido yo el que no ha sabido apreciarlo a lo largo de su dilatada carrera musical.



Pero lo cierto es que mi primera canción en público como cantante fue una que él convirtió en

éxito popular, “Gwendolyne”; luego, más tarde, canté muchas veces “La vida sigue igual”. Poco después de su primer éxito supimos que había tenido un accidente grave, que casi lo había dejado paralítico, y lo más impactante, descubrimos que había acabado con su carrera futbolística, pues eso había ocurrido cuando militaba en uno de los equipos juveniles del Real Madrid. Eso lo convirtió en mi ídolo inmediatamente, porque el fútbol era algo mucho más importante entonces para mí que la vida y que la muerte.

Así fue como pasó a incorporarse al santoral de mis mitos más queridos y yo empecé a seguir su carrera y a aprender todas sus canciones. Así fui descubriendo que la mayoría de ellas eran de una insustancialidad sofocante, pero eso no mermaba un ápice mi entusiasmo por aquel cantante-futbolista, al que el destino le había cerrado una puerta, la futbolística, para abrirle otra, la musical.



De aquel tiempo eran, además de las citadas anteriormente, “Un canto a Galicia” o “Manuela”. No recuerdo muchas más. La insustancialidad de

sus letras y sus melodías me fue separando paulatinamente de él, en un proceso lento, pero irreprimible, que me llevó a olvidarme por completo de aquel cantante, de voz dulce y posturas hieráticas. A medida que iba creciendo su fama internacional, el personaje se fue comiendo a la persona y terminó siendo un títere, que cada vez que abría la boca para hablar, enterraba una gran porción de su prestigio como cantante. ¡Una pena! Sobre todo para mí, que lo perdí para siempre.

Luego han venido sus grandes éxitos, sus grandes cantidades de discos de oro, de discos de platino, sus millones de seguidores, sus novias espectaculares, sus posicionamientos políticos, sus balbuceos incomprensibles, sus millones y millones de dólares, sus giras espectaculares. Es indudable que Julio Iglesias también ha formado parte de la banda sonora de mi (nuestra) vida.



Un fenómeno curioso, que empezó hace tiempo fue la desaparición casi por ensalmo de la música melódica italiana y francesa de nuestra banda sonora. Algo que no puedo fijar en el tiempo, pero

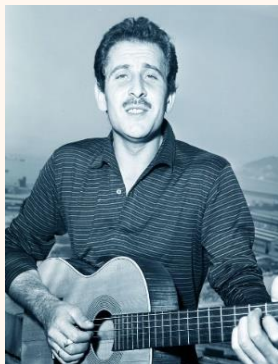
que tengo la certeza de que ocurrió casi súbitamente, tal vez como consecuencia del imperialismo musical inglés que terminó invadiéndolo todo y relegando lo no anglosajón a los desvanes del olvido.

Ya en el capítulo dedicado a la televisión y su influencia arrolladora en la divulgación de la música, cité algunos casos de cantantes italianos y franceses, que eran de permanencia constante en los programas que televisión española dedicaba a la música, primero en un entrañable directo y luego en un frío y lamentable enlatado. Nunca faltaba la lengua francesa o la italiana a esas citas; lenguas especialmente dotadas para la canción melodiosa, para los textos románticos.

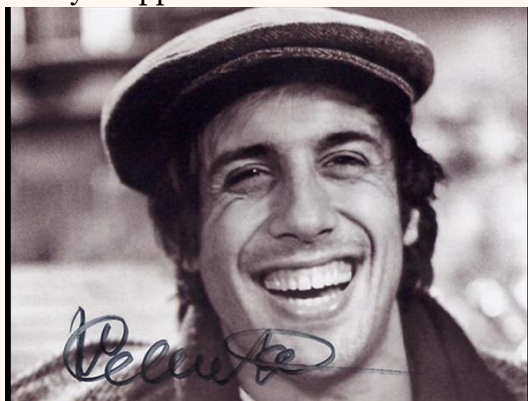
Eran los años finales de la década de los 60 y la música de esos dos países era muy querida, seguida y admirada por el público español. Actualmente no existe; una pérdida lamentable y, me temo que sin posibilidad alguna de rescate.

Efectivamente, en los años 60 y 70 la música italiana fue puntera en Europa; en la primera década el éxito llegó a base de melodías, de canciones románticas cantadas por hombres con pinta de apuestos galanes y por mujeres llenas de fuerza y elegancia, mientras en los 70 abundaron los bellos jóvenes que encandilaban a quinceañeras, junto a unos cuantos cantantes de aspecto desaliñado y voz desgarrada.

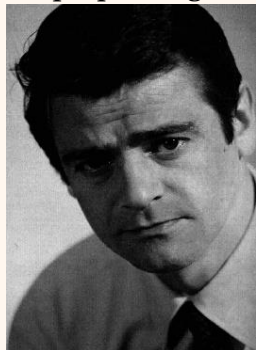
En esa década y en la siguiente brillaron con luz propia dos auténticas y grandes estrellas, que trascendieron ampliamente sus fronteras. Se trataba de Doménico Modugno y de Adriano Celentano. Modugno fue ganador varias veces del festival de San Remo y siempre quedarán para el recuerdo sus inolvidables canciones "La Lontananza", "Vecchio frack" y "Ma come hai fatto".



Adriano Celentano era todo un showman y tenía una gran capacidad para interpretar canciones de muy distinta naturaleza. Dio un auténtico pelotazo musical cuando logró triunfar en San Remo junto a su mujer Claudia Mori con la mítica "chi non lavora non fa l' Amore"; antes ya había adquirido notoriedad con "Azzuro", "Il ragazzo della via gluck" y "Yuppi du".



Pero la Italia de los años sesenta tenía otros cantantes destacados; entre todos ellos brillaba con luz propia Sergio Endrigo; Tenía una voz preciosa y



cantaba con un estilo y una elegancia especiales, aunque su condición de hombre políticamente comprometido le perjudicó profesionalmente. También ganó el festival de San Remo y representó a su país en Eurovisión en Londres, en la misma edición en la que ganó Massiel con el “La, la, la”.

Muy popular fue su conocida y de superpegadizo estribillo “L' Arca di Noe” ; también le puso música a “La colomba” de Rafael Alberti , música que todo el mundo piensa que es de Serrat, que la incorporó a uno de sus discos.



Jimmy Fontana con “Il mondo” causó auténtico furor. Por dar un poco de información diré que fue el autor de una canción con la que, un poco más tarde triunfó José Feliciano y que se titulaba “Qué será,

qué será”. Pino Donaggio y su “L'ultimo romantico” también tuvo mucha repercusión en mi formación musical. Como también la tuvo Bobby Solo, que me llegó al corazón con su “Zingara”.

¿Y las mujeres? ¿Cómo no guardar en el corazón para siempre a Mina, Ornella Vanoni o Iva Zannichi?



Mina era una fuerza de la naturaleza y tenía una voz prodigiosa. Todavía su “Parole, parole, parole” sigue pareciendo actual y pertinente. Un clásico. Ornella Vanoni destacaba, sobre todo, por su elegancia y una evanescente sensualidad, que la volvía muy sugerente y atractiva. Pero, en España tuvo más éxito Iva Zanichi. Su “La riva bianca, la riva nera” fue un pelotazo, que aún llevo prendida por ahí en algún rincón de mi corazón.



No puedo olvidarme ni de Gigliola Cinquetti, ni de Patty Pravo ni de Rita Pavone. Tres amores, tres musas con las que cualquier alma adolescente soñaba sin descanso. Porque esto de la música no solo apunta al oído. Yo diría más, tal vez hacia donde menos apuntan sus pistolas es ahí; más bien lo hace más que nada hacia el corazón, el alma o la parte más delicada y sensible que cada uno tenga por ahí

escondida. El oído es poca cosa para ser el destino de aquello que te zarandea como si fueras una hoja seca a merced del viento.

Gigliola, aquella niña dulce y angelical, con su “Non ho l’eta” nos puso a todos la piel de gallina muchas veces.



La escultural Patty Pravo vendió millones de discos con “La bámbola”; una muñeca, la de aquella canción, que cualquiera ansiaba tener. Pelirroja, pecosa, pelo corto, así era la pequeña Rita, una pequeña estrella y una enorme artista.

Este tesoro se perdió para siempre a causa de los nuevos gustos, que pusieron más el moderno en los ritmos frenéticos, que en las melodías románticas y las letras inteligentes. Aunque hoy no debemos quejarnos, porque las nuevas tecnologías ponen a nuestro alcance la música de cualquier país, de cualquier cultura y de cualquier época. Pero es una verdadera pena que ya no sirvan estas joyas para educar el oído y el gusto de las nuevas

generaciones. No lo digo por nostalgia, sino porque siento que se pierden algo que no debían perderse. Tal vez menos exuberante y de más corta presencia en nuestras ondas radiofónicas y televisivas fue la canción francesa. Pero hubo bastante, suficiente para ser una influencia decisiva también en mi (nuestra) formación musical.

Dejaré aparte a Georges Brassens y a Jacques Brel, porque hablaremos de ellos cuando llegue el capítulo de los cantautores. Ahora me voy a centrar en aquellos cantantes melódicos que nos visitaban asiduamente y nos dejaron para siempre la huella de su música transpirenaica. Johnny

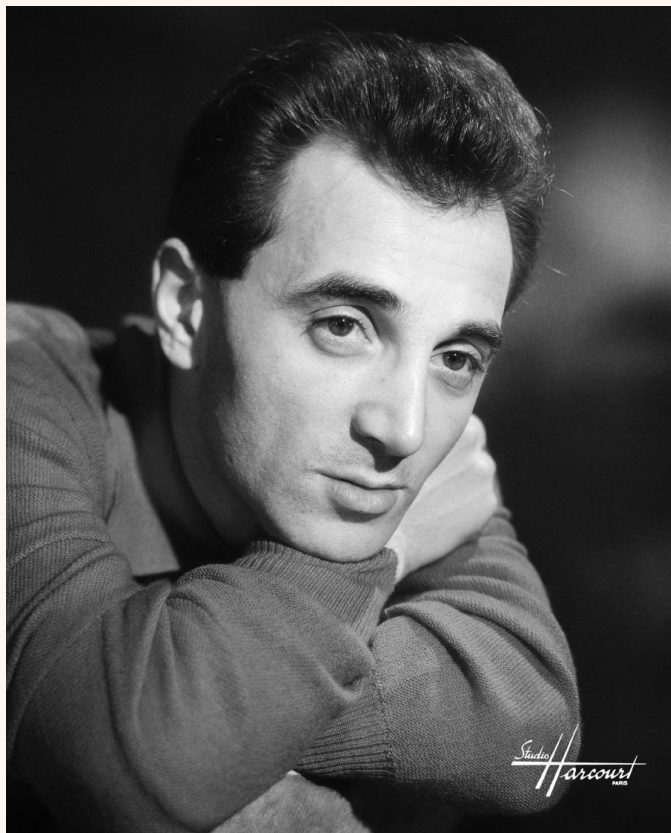


Hallyday, con su vida novelesca de niño abandonado y su fuerza escénica, era un referente cercano al rock, que ya se vislumbraba en el horizonte. A mí me enseñó esa joya de “La casa del sol naciente” que, aunque no era suya, sí la cantaba como pocos. Desgarradora era su interpretación. A mí, tengo que reconocer,

me gustaba más su mujer, Silvy Vartan, una cantante y actriz, rubia, exuberante y explosiva, que ni cantaba ni actuaba, ni falta que le hacía.



Françoise Hardy también sonaba algo, pero quien visitaba asiduamente nuestro país con notable éxito era Charles Aznavour. Pese a su insignificancia física, era capaz de transformarse en el escenario y convertirse en un auténtico gigante, que tenía una enorme capacidad de seducción y de comunicación.



Sus canciones "Viens pleurer au creux de mon épaule", "Tu t'laisses aller", "La mamma", "Comme

ils dissent", son cada una de ellas un pequeño bosquejo de la vida cotidiana.



Muy celebradas eran las canciones y la figura de Mireille Mathieu, conocida como “el ruiseñor de Aviñón”. Pequeña, pizpireta y de flequillo archipersonal, también iba lanzando flechas de cupido por donde quiera que pasaba. Su característica voz, muy parecida a la de Edith Piaff, era un torrente de gorgoritos llenos de fuerza y cadencias melodiosas. Interpretaba de



forma fenomenal el tema de éxito clamoroso de Piaff “Non, je ne regrette rien”. A mí Piaff me llegó menos, porque ya era mayor en los tiempos de Mathieu, pero su canción “La vie en rose” siempre me (nos) acompañará.

Juliette Gréco, Yvest Montand y Dalida fueron estrellas francesas, que apenas arrojaron luz aquí en España. Sí que brilló Gilbert Becaud con canciones como “Le jour où la pluie viendra” y “Et maintenant”. Eran los tiempos de los sabañones y el frío metido en los huesos, de vivir con lo justo, de salir



adelante como buenamente podía cada uno. Las canciones, la música, entonces, se convertían en un bálsamo poderoso capaz de restaurar heridas, poner un poco de calor en el alma y ayudar a encontrar una salida a los embates diarios de la vida.

XII. LA QUINTA DE BBETHOVEN Y LA MÚSICA CLÁSICA



17 años hacía que vine al mundo, 17 primaveras recibiendo la bendición de acordes, ritmos, melodías y notas, que he venido relatando hasta aquí, cuando, en una Navidad me llegó la visita musicalmente más importante que he tenido en mi vida. Fue en El Castillo, mi colegio, en un salón de juego que nos habían dejado los Salesianos para que, durante las vacaciones, jugáramos al ping pong. No éramos más de cuatro, y uno de ellos, mi amigo Antonio Ortiz Villarejo, proporcionaba el tocadiscos portátil y un disco, el único que tenía entonces. Y ese disco no era nada más y nada menos que la Quinta de Beethoven. No recuerdo ni el director ni la orquesta. No importa. Quince días, mañana y tarde; siempre la Quinta. No nos cansó. Terminaba, le dábamos la vuelta al disco y ía empezar otra vez!

[illegible][illegible]

144

aquello, pero no tenía opción de llegar a más. Vivía en el campo y, aunque lo hubiera hecho en la ciudad, la orquesta más cercana estaría a más de cien kilómetros y en aquel tiempo no se viajaba. Y menos para escuchar música; tan solo para ir al médico cuando la cosa se ponía más fea de lo habitual. Así que aquella breve insinuación me invitaba a presagiar que detrás seguiría todo un éxtasis de notas en cascadas alucinantes y maravillosas.



La música clásica estaba reservada para la gente culta de las grandes ciudades y, aun así, muy pocos eran los capaces de disfrutar semejante exquisitez. No han cambiado mucho las cosas al respecto, pues la inmensa mayoría prefiere embrutecerse con la vulgaridad de los soniquetes más ensordecedores y alienantes, pero, al menos, hoy hay medios para que toda la música, cualquiera que sea, esté al alcance de casi todos.

Abandono la anterior digresión y me instalo de nuevo en aquella sala de juegos en la que descubrí a Beethoven. ¡Madre mía, qué revelación! ¡Aquellas cuatro notas! Así empieza la quinta sinfonía; cuatro notas sobre las que se asienta el

edificio musical más grandioso de toda la música. Cuatro notas y, curiosa y sorprendentemente, tres de ellas son iguales! ¿Cómo es posible eso? Ahí está el genio. No siempre es mejor lo complejo; esta vez se alcanza lo sublime con lo simple. El resto de la obra es una sucesiva sucesión de variaciones sobre ese comienzo dramático y espectacular. Beethoven le da vueltas y revueltas, grandiosas, sutiles, excelsas, hasta completar una maravilla inigualable.



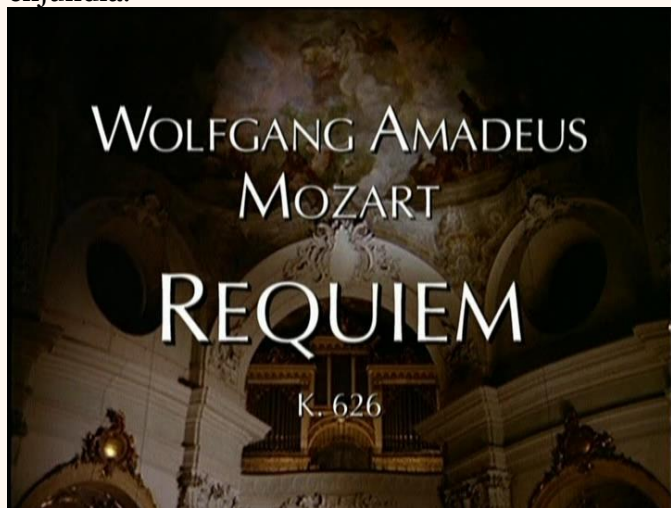
Jugando al tenis de mesa, disfrutando con los amigos, me sacudió esta obra el alma de tal manera que, desde entonces, me interesé para siempre por todo aquello que aquella música celestial

representaba. Y había más, mucho más; había tanto que no había manera de abarcarlo todo. Los discos eran caros, los conciertos distantes, así que tuve que esperar mucho tiempo para tener acceso, es el caso actual, a la obra de todos y cada uno de los genios de la llamada música clásica.

Nunca me ha gustado ese apelativo para definir a esta música, porque, sin duda, en la otra música, la llamada moderna, también hay clásicos. Así que habría que buscar otras formas de nombrarlas. Tampoco es justo llamar al rock y al pop música moderna, porque en la actualidad también se escriben partituras de la llamada música clásica. Por otra parte, lo de música culta y popular deja en un lugar un poco despectivo a músicas que

siendo populares deben ser consideradas también cultas. Así que habría que reflexionar sobre el tema y encontrar una nomenclatura más adecuada.

No quiero llevar estas páginas a la pesadez de hacer un inventario de mis preferencias “clásicas”, de aquellas obras que me emocionan y elevan de una manera casi incontenible. Sería demasiado prolijo y no correspondería con el propósito de este trabajo. Pero no tengo más remedio que citar algunas, muy pocas, como paradigmas de otras muchas de igual o semejante enjundia.



Abro con la séptima maravilla de las maravillas: el Réquiem de Mozart. Dificilmente se puede concebir una obra del espíritu, que alcance tal elevación y grandeza. Es imposible no quedar subyugado, sobrecogido, ante tal torrente de belleza inconmensurable, infinita. Muy difícil es encontrar palabras para expresar las sensaciones que provoca esta composición excelsa.

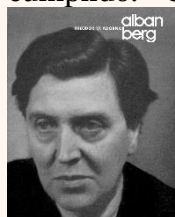
Las suites números 1 y 2 de Peter Gint, de Grieg, son otra cumbre de mi santuario musical. La sinfonía número 40 de Mozart, la novena de Beethoven, la citada Sinfonía del Nuevo Mundo, las rapsodias húngaras, los conciertos para piano, los cuarteos... y tantas y tantas obras maestras, que cualquier aficionado disfruta y que, cualquier interesado en el arte de vivir no debiera dudar en acercarse a ellas con respeto y veneración.



No puedo ni debo dejar de citar una música que me sobrecoge de manera especial. Me refiero al canto gregoriano. Seguro que en la devoción que siento por él tiene mucho que ver mis años de bachillerato en un colegio religioso. Tal vez sea así. Allí conocí los ritos, las ceremonias, la liturgia; y en ese ambiente, el gregoriano crea la atmósfera apropiada para el recogimiento y la elevación del alma. Al final, solo me quedé con el canto; lo demás lo fui abandonando por el camino; eran fardos demasiado pesados.

Pero mi entusiasmo no se queda con las piezas más conocidas o con los periodos más convencionales. También me arrebato con las experiencias vanguardistas del tipo del serialismo y de la música dodecafónica. Tanto Schoenberg, como Berg, como Stravinsky, hurgan en las posibilidades sonoras de las doce notas, procurando encontrar otras combinaciones, sin sucumbir a la disciplina de las tónicas, las dominantes y las subdominantes. Puro democratismo musical, en el que todas las notas valen lo mismo y ninguna queda subordinada a ninguna otra. Los tonos desaparecen y surgen nuevas combinaciones y posibilidades.

Schoenberg es el primero que se atreve a abrir nuevos caminos en un mundo en el que parecía que todo estaba cerrado, cumplido. Un discípulo suyo,



Alban Berg, sigue su estela, instalándose

plenamente en el atonalismo. Y, tal vez, la cumbre de esta revolución la



representa Igor Stravinsky. Su “La consagración de la primavera” es una obra atrevida e innovadora, que reinventó los cimientos del sinfonismo clásico.



Me gusta especialmente esta gente que desafía lo convencional, lo acostumbrado, lo tradicional. Que vislumbra nuevos horizontes y va tras ellos con entusiasmo y desafiando

reglas y certidumbres consolidadas. Fue el caso, por ejemplo, de Ravel que, con su famoso bolero, en el que lo único novedoso era la repetición incesante de la melodía, se encontró con la hostilidad del público, hasta tal punto, que el día del estreno recibió la caricia de un paraguazo de una señora frustrada ante tamaña desfachatez.

Poco después de aquella experiencia



gratificante de la Quinta de Beethoven tuve la oportunidad de asistir a un concierto de la Orquesta sinfónica de Málaga, que hacía una de sus esporádicas visitas a Ronda, tan espaciadas en el tiempo, que en aquellos años 60 y 70, tal vez fue la única vez que vino a mi ciudad. Aún recuerdo la impresión que me llevé cuando aquellos señores, tan serios y circunspectos, empezaron a calentar motores afinando sus respectivos instrumentos. ¡Qué grandiosidad! Hasta aquel barullo de notas intentando entonarse me pareció sublime. Cuando con toda solemnidad entró el director aquello fue la apoteosis. No recuerdo qué obras interpretaron;

solo sé que me quedé alucinado, seducido, deslumbrado ante aquel torrente impresionante de música.



Luego, cada vez que viene una orquesta a esta tierra, no he dejado la oportunidad de asistir. Ya con más temple y conocimientos. En los últimos años he oído diversas interpretaciones de mi admirado Requiem, de Mozart que, en el marco de una catedral, como la Iglesia Mayor de Ronda, aún resulta más extraordinario y sobrecogedor.

Y no me quiero olvidar de un apartado fundamental en la banda sonora de casi todos: la música ligada al cine. La incluyo dentro de este apartado de la música clásica, porque de ese nivel considero a una inmensa mayoría de bandas sonoras de películas. Seguro que cada uno tiene sus favoritas. Yo, a riesgo de dejarme a casi todas en el tintero, siempre llevaré en el alma la del “Doctor Zhivago”, la de “La leyenda de la ciudad sin nombre”, “La muerte tenía un precio”, “Los doce del patíbulo” o “El bueno, el feo y el malo”. Hay muchas más, pero por ahí van todos los tiros.

Tengo que reconocer que hay una buena cantidad de películas, que se salvan por su banda sonora; si no fuera por ellas, habrían pasado directamente al olvido. De todas formas, es un elemento que siempre han cuidado mucho los productores, porque la música es esencial para crear

el clima adecuado y la ambientación justa y precisa que necesita el argumento y el desarrollo del film.



La música es la más sutil de todas las artes. Su componente básico es el sonido, la más sutil de todas las materias primas de las que se alimentan las distintas artes. La pintura vive del color, de las formas; la arquitectura y la escultura, del volumen; la literatura, de la combinación de las palabras. En estas cuatro podemos recrearnos mirando, remirando, leyendo y releendo. Son obras que se expresan en el espacio y, por tanto, susceptibles de ser admiradas desde distintos puntos de vista. La música, sin embargo, es un arte que se desarrolla en el tiempo, que se va sucediendo sin solución de continuidad y que precisa de la memoria para ir trabando las diferentes articulaciones de un mismo tema.

Por eso, en las obras musicales, se suele repetir de tanto en tanto el tema central o los temas secundarios; porque es la única forma que tenemos de ir fijando la atención sobre el contenido y, habitualmente, solo tras varias audiciones podemos estar seguros de haber descubierto los diferentes matices y valores que encierra la obra general. Esto ocurre, incluso, con las buenas canciones de la música popular, que al no buscar descaradamente el éxito fácil, suelen introducir cierta complejidad, que es imposible de entender a las primeras de cambio. Hay que escucharlas y reescucharlas muchas veces para captar su verdadera intención y sutileza.



No estoy seguro de haber transmitido de forma adecuada mi entusiasmo ante esta música llamada clásica. Dice mi amigo Paco Coines, o decía -de esto hace ya mucho tiempo- que la música moderna puede dividirse en dos categorías: la agradable y la desagradable y que solo la música clásica podía valorarse como buena o mala. Creo que exageraba algo, aunque entiendo que su formación de músico profesional lo hacía

merecedor de una gran autoridad en la materia. Es cierto que las obras clásicas son de una complejidad formal y estructural, que exigen una enorme capacidad técnica por parte de sus ejecutantes, como también requieren una mayor capacidad de asimilación y de entrenamiento previo de sus oyentes. Es cierto también que los grandes compositores manejan unas armonizaciones que conjugan una gran cantidad de variables, que exigen un talento y una formación descomunales. Pero no es menos seguro que una buena cantidad de obras musicales del género llamado pop, en contraposición al clásico, también atesoran muchos valores, que exigen técnica y talento por igual y que son capaces de regocijar el alma como cualquier sinfonía o concierto. Como no lo es menos, que una gran cantidad de música pop de consumo no es capaz de superar unos mínimos estándares de calidad, al estar al servicio estricto de un mercado voraz para el que las reglas estéticas del arte son algo que les trae exactamente sin cuidado.



Si valoramos la música como arte estricto, la mayor parte de la música moderna quedaría inmediatamente fuera de ese territorio. Pero hay muchas obras maestras también dentro de esa amalgama de obras, que brillan con luz propia y que son capaces de pelear y desafiar a hasta a las más reconocidas piezas clásicas. No obstante, si se utilizan otros criterios, como la diversión, el baile, el entretenimiento, hay una buena parte de la música moderna que se hace con dignidad y es digna de aprecio.

Para mí, solo aquella que solo busca el éxito fácil y que parte de la presunción de imbecilidad de sus potenciales oyentes es la que no merece ninguna reputación. Pero hay muchas, muchas canciones dignas dentro de los mundos respectivos de la copla, el bolero, la salsa, el rock, las baladas, el pop y tantos y tantos géneros y subgéneros, cargados de buenos intérpretes y grandes compositores.

Todo ello forma parte de la banda sonora de mi (nuestra) vida y es responsabilidad de uno mismo ir siendo capaz de, al menos, valorar lo que escucha y exigirse, a través del cultivo de la propia sensibilidad, unos ciertos mínimos innegociables. Solo entonces se estará en condiciones de emocionarse con aquello que merece la pena y de sentirse conmovido por obras dignas de tal convulsión espiritual.

Cierro entonces este capítulo dedicado a esa música, poco escuchada y olvidada por la mayoría y muy hipostasiada por una minoría, que encuentra en su afición una forma de distinción y de menosprecio de los que no son como ellos, a los que

consideran como chusma despreciable. Tal vez, una parte de responsabilidad del poco aprecio hacia la música culta por parte del pueblo esté en su afán de distinción por parte de sus mismos practicantes, con ritos, atavíos y formas demasiado formales, que son distanciadoras y no ayudan a acercar a la gente a su disfrute. Pero, sin duda, la razón de mayor peso discurre por ese afán desmesurado que tiene la industria actual del ocio, de alcanzar rendimientos inmediatos y fáciles. Tema de debate, que dejo abierto, pues hay que continuar con la peripecia de la banda sonora de mi vida.

XIII. EL DISCO BLANCO DE SERRAT



JOAN MANUEL SERRAT

Corría el año 1970. El ocaso de la primavera coincidía con el final del curso escolar. Yo tenía que volver al campo, a ayudar en las tareas ineludibles de la recolección. Esa ocupación me alejaba de los excitantes veranos de Ronda, los guateques, mis amigos y el descanso de aquellos extenuantes periodos colegiales de entonces. En “El Castillo”, los Salesianos procuraban que nuestras mentes no tuvieran ni un solo minuto que pudiera desviarse del recto camino del estudio y la oración. De 9 de la mañana a 9 de la noche se extendía una jornada que aquellos educadores iban adobando con periodos de

recreo y deporte, que hacían más liviano su interminable desarrollo. Y eso, multiplicado por siete días de la semana durante nueve meses, con las deseadas vacaciones de Navidad y Semana Santa como dos auténticos oasis en el calendario. He obviado las de verano, pero es que esas, a mí, se me escamoteaban por la señalada necesidad que tenía mi familia de usar mi fuerza de trabajo en las labores agrícolas.

Pero aquel año todo iba a ser diferente, muy diferente. Aquel verano se cruzó en mi camino algo peor que la habitual pérdida de mi descanso estival y del contacto con amigos y ocio. Una enfermedad hizo que tuviera que regresar a mi casa de Ronda, en la que permanecí en cama durante los dos meses de aquel estío. Pero aquel lamentable contratiempo me trajo dos regalos impagables, el cariño de mis amigos y un disco inolvidable, que marcó y condicionó mi itinerario musical para siempre.



Pronto llegarían los 18 años, esa edad frontera, que te saca de la adolescencia y te pone artificialmente en la edad adulta. Pero, ay, nada es tan sencillo ni inmediato, ni espontáneo. Los 18 años no eran la panacea, no venían a resolver los conflictos internos, ni los externos. Eran un dígito más, una muesca más en el panel de la experiencia. Y, como he dicho, fue además, el comienzo de un suplicio para mí, que lo fue menos gracias a aquel disco.

Gracias de nuevo a mi amigo Antonio Ortiz Villarejo, cayó en mis manos aquella joya discográfica que me dejó marcado para el resto de mi vida. Me dejó un tocadiscos portátil y un disco, solo un disco. Lo estuve escuchando durante dos meses, mañana, tarde y noche; algo parecido a lo que me había ocurrido con la Quinta de Beethoven. Siempre; a todas horas. Nunca me cansé ni me cansó. Siempre le encontraba matices nuevos, frases que me alumbraban nuevos horizontes, arreglos espectaculares que iba descubriendo poco a poco. No era fácil al principio. Era una cosa diferente a lo que yo había escuchado hasta entonces. Tanta era su riqueza, en comparación con lo que yo había conocido antes, que tardé mucho en asimilarlo y comprenderlo a fondo. Creo que lo hice.



Pero debo hacer una precisión imprescindible por si alguien de las nuevas generaciones pudiera acercarse a estos avatares y quisiera entender lo fundamental. En aquel tiempo un disco

era un artículo de lujo; solo en algunas casas podían permitirse tener alguno; alguno ya era mucho. Tener discos implicaba poseer un tocadiscos o “picú”, como se decía entonces y eso ya era demasiado. Por eso, lo habitual es que, salvo potentados, los pocos que tenían semejantes tesoros, no dispusieran más que un número reducido de ejemplares. Alguien que hoy se mueve entre la exuberancia de spotfy, de google music o de

you tube, donde está toda, absolutamente toda la música que los seres humanos han logrado grabar desde el momento en que se empezaron a eternizar sus canciones, no podrán, ni siquiera con un extraordinario esfuerzo, entender que hace cuarenta y cinco años, un joven pudiera estar durante sesenta días seguidos escuchando un solo disco. Y sin echar ningún otro de menos, entre otras cosas porque era el único que había.

Aclarado esto, tengo que volver a decir que



aquel único disco que cayó en mis manos era tan maravilloso, que bastaba y sobraba para colmar a cualquier espíritu sensible. Era un disco blanco, sin más interrupción en su

blancura que una pequeña foto en el centro de la parte superior en la portada y en la parte de abajo un nombre y un apellido en mayúsculas, pero igual de discreto que la imagen: JOAN MANUEL



SERRAT. La contraportada, igualmente discreta, solo se permitía alterar el blanco con un pequeño recuadro central donde aparecían los nombres de las diez joyas que contenía dentro y la duración de cada una de ellas. No había más, por muchas vueltas que le dieras. Ni un título ni una idea que pudiera alumbrar sobre lo que su interior contenía. Pero allí estaba el disco, más negro de lo habitual por el contraste con la blancura de la funda. Y aquel

tocadiscos, mono por supuesto, empezaba a desgranar aquel néctar sagrado, en el que se conjugaban los dos elementos venerables de mi vida: la música y la palabra. No podía haber recibido mejor presente en aquel largo periodo de debilidad y decaimiento.

Aquellas canciones me levantaban de la cama sin sacar un pie de ella, me elevaban por encima de las pequeñeces de un tiempo de escasez y sobriedad. Desde la primera hasta la última. Las pausas entre ellas me parecían largas, aunque sabía justo en qué momento comenzaba la siguiente. No puedo hablar de este disco esencial en mi memoria sentimental tan solo de una manera global; tengo que hacerlo de cada canción, de cada estrofa, casi de cada verso. Así que vamos a ello y espero no aburrir, pero estoy seguro de que esto no ocurre cuando se empapa la pluma en la mismísima sangre del



corazón.

Aquello era otra cosa muy diferente a lo que había oído antes. Aquellas letras atrapaban desde el primer segundo; aquellas orquestaciones deslumbrantes mecían la juvenil voz del poeta

cantor de una forma brillante y esplendorosa; aquel piano, todavía un poco subterráneo de Ricardo Miralles tenía una frescura y una pureza de novedad que calaba hasta el fondo. Miralles, poco a poco, al lado de Serrat y en sus siguientes trabajos terminó por atraparme también hasta hoy.

No tengo aquel disco; no era mío y se lo devolví a su dueño. No sé cuántas veces lo escuché, mejor sería decir, lo bebí, lo mastiqué, lo grabé en los microsuros de mi alma. Lo escuché tantas veces que las diez canciones se convirtieron en una sola. Una de las primeras cosas que hice en cuando dispuse de quinientas pesetas, fue comprarme el mío. Aún lo tengo, por supuesto mil veces escuchado y disfrutado.

Pero vayamos a lo prometido. Cada una de aquellas canciones me marcó un camino, me trazó un rumbo, me abrigó el alma y se puso a mi lado para siempre. Todas y cada una se echaron en mis brazos, me eligieron y yo me enamoré perdidamente de ellas para toda la vida. Es curioso, acostumbrado a la música chicle, de estribillos reiterativos y letras superficiales, que enseguida se pegaban al riñón, éstas del “disco blanco”, había que escucharlas varias veces, madurarlas dentro, sacarles todo el jugo antes de que se te metieran bien hondo, donde de verdad se disfrutaban las cosas. El roce iba haciendo el cariño y una vez enganchado a ellas ya no había manera de sacarlas del pecho. Me fue pasando con el resto de discos del maestro y de otros grandes. La conexión no era fácil, porque, sin duda,

lo bueno necesita que se rasque en la superficie y calar hasta encontrar el meollo.

MI NIÑEZ



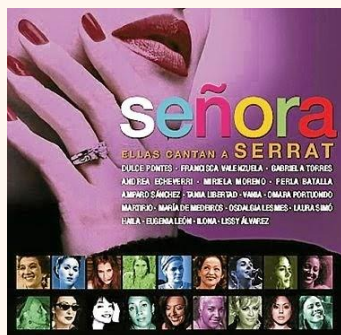
Serrat ha escrito a lo largo de su carrera más de trescientas canciones en dos idiomas distintos. Dudo que otro cantante o poeta, o las dos cosas, en el mundo haya sido capaz de semejante proeza, manteniendo, además, siempre un sólido nivel de calidad. Porque en su obra, los temas fallidos o flojos se pueden contar con los dedos de una mano. Así que sus canciones pueden clasificarse sin temor a equivocarnos en obras maestras, grandes canciones y buenas canciones.

Pues bien, esta primera que abría el disco, pertenece sin lugar a dudas al primer grupo. Ya desde los primeros arreglos de Ricardo Miralles, ese otro genio, nos damos cuenta de que nos estamos introduciendo en una obra mayor. Esa primera aproximación a su infancia, que Serrat compendia en el primer verso *Tenía diez años y un gato* ya nos introduce de sopetón en la atmósfera tierna en la que quiere envolver toda la canción. A partir de ahí va desgranando todo su patrimonio de entonces: un canario amarillo, una radio de galena, un París Hollywood, un cielo azul, un jardín de adoquines y

una historia a quemar temblándole en la piel...es decir, todo el futuro por delante. Pocas cosas materiales y muchas pequeñas cosas, lo suficiente para considerar en un verso redondo el balance de su tiempo aquel: *Creo que entonces yo era feliz.*

Un retrato espléndido, mecido en una música ajustada al texto como anillo al dedo y en unos arreglos esplendorosos. Una obra maestra que, lamentablemente, ha sacado a pasear en los directos en contadas ocasiones. Pero yo allí, postrado en mi cama, era aquel niño rodeado de precariedades, con mi madre criando canas entregada a las grises e interminables tareas domésticas, con mi padre haciéndose viejo sin mirarse al espejo y mi hermano yéndose de casa por primera vez. Yo era también el protagonista de aquella asombrosa canción.

SEÑORA



“¿Y dónde, ¿dónde fue mi niñez?” era el último, interrogativo y nostálgico verso de “Mi niñez”, por cierto, mal construido, porque los dos “dónde” tendrían que haber sido dos “adónde”. Y sin apenas interrupción hacía acto de presencia, otra de las obras mayores de Juan Manuel: “Señora”. El ritmo ágil, la introducción breve y poderosa y...allí estaba yo de nuevo, el *soñador de pelo largo*, el

desconocido, *que solo le ha dado un soplo de Cupido*. Era tan fácil identificarse con el héroe, desde la flor abierta de los dieciocho años.

¡Cuántas horas dediqué a entender aquello de *¡Si cuando se abre una flor/al olor de la flor/se le olvida la flor!* Un estribillo magistral, como la música, como la letra, como los arreglos. Una pieza redonda, rotunda, soberbia.

**Soy casi un
beso del
infierno, pero
un beso al fin,
señora.**

—Joan Manuel Serrat—
(Señora)

[facebook.com/quienfuertutrovador](https://www.facebook.com/quienfuertutrovador)

Cómo molaba aquello de *soy casi un beso del infierno/pero un beso al fin, señora*. Y aquella licencia del “para” apocopado (*pa un soñador...*) era el colmo del atrevimiento, en aquellos tiempos en los

que nadie osaba transgredir lo ortodoxo y convencional.

CUANDO ME VAYA



Y sin solución de continuidad aparecía un tema recurrente en Serrat, el de la despedida, el de la necesidad de buscar nuevos horizontes, aún a costa de perder lo seguro. Nada menos que el Sol era quien venía a buscarlo/buscarme (como para decirle que no!) y él lo seguía a bordo de su chalupa hasta dejar la aldea atrás y ver cómo el día se volvía más claro. Lo mejor está siempre por llegar, en otra parte debe estar nuestro horizonte. Una perspectiva inquietante para quienes siempre hemos estado apegados a nuestras raíces. Una canción fresca, pese a la desazón que provoca el insistente *cuando me vaya* asociado al abandono de quien debe conformarse con su estrecho mundo y su soledad. Una de las buenas canciones de Serrat, que sin aparecer en el grupo de sus grandes temas ni de sus obras maestras, tenía todos los ingredientes para cobijarte en ella durante tres minutos.

MUCHACHA TÍPICA



Y desde el primer compás nos encontrábamos con algo distinto, con un ritmo y una melodía rompedores. Con un sustento pianístico inspirado en el Ricardo Miralles más jazzístico de toda la producción serratiana. Y en primer plano, una letra fresca, nada convencional, diferente y contando cosas, que con las restricciones de entonces y la ingenuidad que nos rodeaba, me parecía de lo más atrevida y osada.

Aun así, mucho más tarde conocí que algo le había quitado la censura, cuando escuché la verdadera versión original. Un paternalismo enternecedor y, evidentemente entontecedor, que nos tenía alejados de las “malas influencias” y más lejos aún de las nuevas corrientes que ya estaban brincando por el mundo y a las que nosotros, como es natural, tuvimos acceso tarde y mal. Lo cierto es que a través de esta canción empecé a comprender que por esos mundos de Dios había otros tipos humanos diferentes a los que uno andaba acostumbrado a frecuentar por las propias aceras.

COMO UN GORRIÓN

*Es menuda como un soplo
y tiene el pelo marrón
y un aire entre tierno y triste
como un gorrión.*



Así empezaba esta canción, que fue popularísima en su tiempo y que luego Serrat la olvidó para siempre en sus conciertos. ¡Cuánta ternura evocaba esta música y esta letra! Esa chica abocada a lo que no hubiera querido ser, como paradigma de cualquiera de nosotros, que casi nunca logramos en la vida concordar lo que somos con lo que hubiéramos querido ser.

Serrat siempre ha sido un magnífico retratista de tipos humanos, en especial aquellos transidos por un destino cruel, que los conduce indefectiblemente a la derrota. Perdedores como “Curro El Palmo”, “Benito” y otros muchos más deambulan por su obra, donde con precisión de cirujano, los recrea el poeta con exactitud y simpatía.

¡Cómo me hubiera gustado perseguir a esta chica, que dormía en un rinconcillo, “como un gorrión”! Pero ella volaba y yo no; su destino era el firmamento y el mío la tierra más prosaica.

...DE CARTÓN PIEDRA



Una de mis canciones favoritas del disco blanco e, incluso, de toda la obra del maestro barcelonés. Siempre me ha parecido una idea originalísima esta del enamoramiento de una maniquí, que lleva al hombre la locura, en esa escena final fantástica del recitado, mientras revestido con una camisa de fuerza es reducido por los loqueros.

*No era como esas muñecas de abril,
que arañaron de frente y perfil,
que se comieron mi naranja a gajos,
que me arrancaron la ilusión de cuajo
y, con la presteza que da el alquiler,
olvida el aire que respiró ayer,
juega las cartas que le da el momento:
mañana es solo un adverbio de tiempo...*

Esta es una de las reflexiones que se hace el protagonista de la canción. Las chicas “de verdad” le han hecho daño y ésta, que es “de mentira” le llena el corazón como ninguna. Él la convierte en una mujer “de verdad”, en la única mujer de verdad.

En definitiva, un temazo, lleno de ternura y de vigor, con su ritmo frenético y ajustado al texto de forma ejemplar.

LOS DEBUTANTES



Los amantes debutantes siempre piensan que han sido ellos los que inventaron el amor. El adulterio flotando en un texto bastante original, porque escapa con inteligencia de los típicos tópicos de las canciones de amor. ¡Qué difícil es decir algo nuevo, diferente en este tema tan manoseado y abusado! Pues Juan Manuel lo consigue, pese a cierta tendencia al ripio y a los excesivos pareados. Es evidente, que aún no ha alcanzado el músico-poeta la madurez literaria esplendorosa que alcanzará en los discos sucesivos y que culminará en el maravilloso “Mediterráneo”, pero el tema mismo de esta canción ya la convierte en una buena muestra del estilo serratiano, que aún habrá de pulir mucho más. Algo comprensible si pensamos que estamos ante un disco juvenil, aunque de una enorme calidad, tal vez impropia para un chaval que acaba de cumplir los veinte años cuando compone estas canciones magistrales.

FIESTA



¿Cómo no se le ocurrió a Serrat colocar esta canción al final del disco? Está claro que era la que tenía que haber cerrado el ramillete de espléndidos temas que lo componen, cosa que sistemáticamente hace su autor en los conciertos, tal vez, intentando remediar aquel desliz. Pero no fue así y, por el contrario, quedó ahí en un séptimo lugar poco destacado, sin el relieve que se le suelen dar a las mejores canciones, que se esperan sean las mejor acogidas por el público. Y ésta lo es; estamos ante una canción redonda, soberbia en su conjunción de letra y música. Ha trascendido las épocas y hoy es un clásico indudable de la música escrita en español.

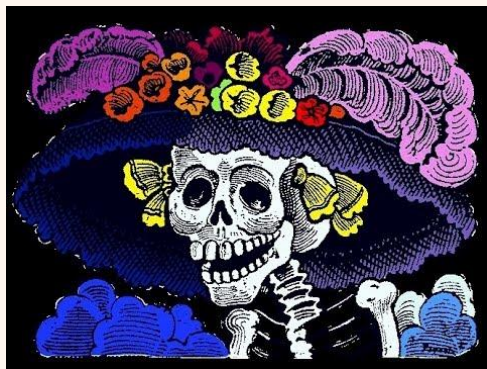
*Apurad, que allí os espero
si queréis venir,
pues cae la noche y ya se van
nuestras miserias a dormir.
Vamos subiendo la cuesta,
que arriba mi calle se vistió
de fiesta.*

Con ese fin al de la primera parte, uno se sentía imbuido del espíritu festivo de la canción. Poco más de un minuto después me mandaba directamente a mi casa:

*Se acabó, el sol nos dice
que llegó el final,
por una noche se olvidó
que cada uno es cada cual.
Vamos bajando la cuesta,
que arriba en mi calle se acabó
la fiesta.*

SI LA MUERTE PISA MI HUERTO

Estamos ante una canción francamente curiosa. Es difícil entender la motivación que llevó a Serrat a plantear este tema de la muerte desde la lozanía y el vigor de sus 22 años. “Si la muerte pisa mi huerto” es una sucesión de preguntas de orden profundamente dramático y algunas francamente macabras:



¿Quién se acostará en mi cama,

*se pondrá mi pijama
y mantendrá a mi mujer?*

Otras son más poéticas:
*¿Quién será ese buen amigo,
que morirá conmigo,
aunque sea un tanto así?
¿Quién será el nuevo dueño
de mi casa, mis sueños
y mi sillón de mimbre?*

Pero, en conjunto, lo cierto es que esta canción me dejaba un aire un tanto opresivo, teniendo en cuenta, además, que yo no estaba sobrado de salud en aquel momento. Un buen tema, que uno quería que acabara pronto para que llegara la siguiente, la última del disco, “Amigo mío”.

AMIGO MÍO

La última del disco y muy poco conocida, pese a su calidez poética y su orquestación sutil. Serrat, hombre muy apegado al campo, a la tierra, a la naturaleza, en esta canción le canta al río, su amigo, al que va encargando que en su viaje le mande noticias de su amada, en el caso de que la encuentre.



*Si al ir manso a doblar
un recodo hacia el mar
vieses los ojos de esa muchacha,
detén tus aguas y
pregúntale si
se acuerda de mí.*

*Si la ves en primavera
corre con ella por los trigales
arrancando amapolas, avena y grama
para adornar el jarrón que junto a su cama.*

Y así sigue haciendo un recorrido por las
distintas estaciones, poniéndose cada vez más lírico
y apasionado el febril amante:

*...cuéntale que la llevo
como el abrojo,
prendida en el pelo, el alma,
el vientre y los ojos.*

Como cuando le ruega a su amigo:
*Mécela entre tus brazos frescos de río
Y vuelve para contármelo, amigo mío.*

Una canción entrañable, que es de mis
favoritas, aunque sea una de las menos conocidas
de Juan Manuel Serrat.

El análisis este que he hecho con mis
sensaciones, impresiones y huellas, que me dejó
este disco primerizo de Serrat, me ha convencido en
una idea que acaricio desde hace mucho tiempo:
Montar una especie de comentario de texto gigante
con todas y cada una de las canciones del cantor del

Poble Sec. Si algún día me sobra el tiempo, intentaré cumplir este propósito largamente ambicionado.

XIV. LOS BEATLES Y EL ROCK

Muy poco de lo que estaba ocurriendo en el mundo nos llegaba a los españoles. Ni en la música ni en nada. Franco había echado la persiana y no quería que “sus hijos” se contaminaran con los aires de modernidad que se respiraban fuera de nuestro país. Y es que allende nuestras fronteras ya hacía varios años que la música había recibido la revolución del rock and roll, ese género escueto, que América inventó partiendo de sus músicas locales como el country, adobándolas con la riqueza del blues, que los esclavos negros habían llevado hasta allí en tiempos más remotos.



Elvis Presley fue la imagen de aquel nuevo estilo, pero no era el único, aunque sí el que más impronta dejó entre nosotros. Jerry Lee Lewis, Fat Domino o Chuck Berry eran otros gigantes que, incluso, llegaron más lejos con su rock and roll, al permanecer más tiempo en el mundo de los vivos.

Pero fue el gran Elvis el que hizo vibrar a medio mundo con su “Estremécete” o encantó al otro medio con esa balada rockera titulada “Suspicious Minds”.

Pues bien aquella primera oleada nos llegó tarde, casi cuando ya desde Europa, desde la Islas Británicas, un vendaval vino a zarandear todo aquello y a apropiarse de esta nueva música que parecía patrimonio de los norteamericanos, incluidos sus negros importados.



Acababa de nacer el grupo más mítico de todos los tiempos, el que rompió todos los esquemas, el que arrasó lo que había y sobre las cenizas de lo anterior sembró nuevos caminos, abrió puertas y puso en marcha la modernidad. Había nacido el rock y sus padres se hacían llamar The Beatles. Eran los primeros años de la década de los 60 y ellos acababan de arrancar una aventura, que como veremos, llevaba en su seno múltiples posibilidades de desarrollo. De ahí su enorme riqueza y trascendencia.

Aquí nos llegaron Los Beatles y sus revolucionarias innovaciones de la mano de los grupos que, siguiendo la moda del momento, se fueron montando, sobre todo en Madrid y Barcelona. Ellos cantaban sus canciones, adaptándolas al español, algunas veces de manera bastante lamentable. Me refiero a la traducción de las letras que, por otra parte eran bastante insignificantes en su mayoría, no a los grupos que, cargados de buena voluntad, hacían lo que podían y, al menos, consiguieron trasladarnos lo que se estaba cocinando por ahí.



Ni el blues ni el jazz tuvieron aquí ningún tipo de repercusión popular en aquella época. Solo algunas élites universitarias tuvieron acceso a estos estilos. Yo no alcancé a incorporarlos a mi banda sonora hasta mucho después, no entonces. La verdad, además, es que tampoco en ese momento uno fue consciente de la importancia de la fuerza

innovadora que incorporaban aquellos jóvenes melenudos y transgresores.

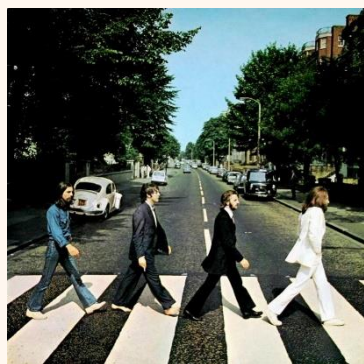
Poco a poco, a lo largo de los años, he ido adquiriendo conciencia de lo que supusieron estos cuatro músicos de Liverpool. De ellos está ya todo dicho; poco puedo yo aportar. Tan solo una reflexión. Los Beatles inauguran una nueva época, que llegó para quedarse, porque aún la música sigue viviendo de aquel impulso. Ellos partieron de cero al crear un estilo distinto, nunca visto ni oído. Ellos tenían un folio en blanco, que podían haber llenado de cualquier cosa. Pero no escatimaron en talento y lo inundaron de grandes canciones, de obras maestras y de nuevas y originales maneras de componer, arreglar y producir.



Es paradigmático en este sentido su disco “Sargent Pepper´s”, porque ahí el grupo, ya en plena madurez, incorpora elementos absolutamente

novedosos a sus canciones que, más adelante, serán desarrollados por otros músicos, que bebieron en la fuente de este disco riquísimo, tal vez el más influyente de la historia de la música llamada moderna. Dentro de esta maravilla hay baladas, hay psicodelia, hay music hall y hay elementos sinfónicos. Incluso fue novedoso en cuanto a las técnicas de grabación. Pero todo eso está más que estudiado y no voy a abundar en ello más allá de lo dicho.

No solo este disco, sino toda la obra de Los Beatles nos ha marcado a fuego a todos los músicos, profesionales y aficionados, que hemos venido detrás. Sus canciones son himnos a los que nos enganchamos todos aquellos que presentíamos que el mundo puede ser diferente, que es posible y deseable cambiar algunas cosas, al menos, tener el



impulso de hacerlo, aunque luego la realidad se encargue de hacernos ver que nunca cambia nada.

Por la senda que abrieron los Beatles se colaron multitud de grupos, empeñados en desarrollar aquel magma por explorar que abría infinitas posibilidades. Así fue, el rock derivó a multitud de formas: psicodelia, punk, heavy metal, indie, rock progresivo, sinfónico... y aún sigue abriendo sendas, haciendo crecer ramas que siguen bebiendo de las

raíces de aquel árbol fértil que en su día plantaron cuatro iluminados de Liverpool.

No merece la pena citar algunas de sus canciones; todas fueron faros en la niebla, hasta las menos inspiradas. Así que me quedo con toda la obra, porque toda ella en letras de oro está colocada en el estante más estimado de mi melomanía.



En aquellos años finales de los sesenta, en España se palpaba una intensa rivalidad entre Los Beatles y los Rolling Stones. Hasta tal punto que había una cierta polarización en los aficionados a la música, obstinados en plantearse las cosas como batallas y competiciones. Los seguidores de los Rollings acusaban a Los Beatles de tiernos, blandos, demasiados sentimentales; los de estos veían a Mick Jagger y su tropa como excesivamente ruidosos y estrafalarios. Era una más de esas hostilidades a las que los españoles somos tan aficionados, empeñados en no disfrutar de las cosas, sino en buscarles contrincantes para establecer comparaciones odiosas y terminar posicionándose en uno de los bandos.

De todos los hijos del rock, a mí, que siempre he sido más partidario de la melodía que del ritmo frenético, el que más me rindió fue el rock progresivo. Era un intento de evitar la dureza escueta del rock originario, para adentrarse en su fusión con otros géneros que aportan un mayor desarrollo de los temas. Me conquistó desde el principio en este sentido otro grupo inglés, como no, Pink Floyd. Ese intento de fusionar los valores del rock con el mundo de la música clásica era atrevido, pero también sumamente rico. Los resultados fueron espectaculares en esas décadas y en las siguientes.



“Wish you were here” fue usada como sintonía durante décadas por “El loco de la colina” en su programa nocturno y pasó a convertirse en una melodía mítica, legendaria, clásica. David Bowie, Génesis o Yes y tantos y tantos otros, abundaron en esa línea y marcaron también mi banda sonora. Lástima que mi incompetencia en el idioma inglés me haya impedido disfrutar más de tantas obras maestras en ese idioma. Yo estudié francés en el bachillerato y eso me cerró las puertas al idioma

universal del rock. ¡Cuánto daría por poder cantar “Angie” de los Rolling, por ejemplo, o tantas y tantas maravillas escritas en esa lengua! Como “Noches de blanco satén”, de Moddy Blues, para mí la canción perfecta, la que tal vez yo pondría en primer lugar si tuviera que hacer un ránking de temas gloriosos en inglés. Fue una canción que también marcó el rumbo, entre otros, de todo el rock progresivo posterior.



Volviendo al tema de mi inglés precario, a veces se me ha insinuado que no me gusta la música hecha en ese idioma. ¡Nada más lejos de la realidad! Mi condición de persona que canta en público sin

ser profesional hace que la gente note que jamás canto en otro idioma que el castellano. El motivo ya sabéis cuál es y en absoluto tiene nada que ver con un rechazo hacia ella. Me pasa exactamente como con la española, me gusta lo que considero que tiene auténticos valores musicales o poéticos o las dos cosas a la vez, pero me es indiferente o incluso puedo llegar a detestar todo aquello que parece música, pero no es más que ruido envuelto en adecuadas campañas de márketing. Ocurre que en inglés me es más complejo seguir los textos y apreciar la poesía que incorporan, pero lo hago y sé distinguir también lo valioso de lo tosco y grosero.

Tampoco quiero dar la impresión de estar en posesión de la verdad y el buen gusto. No es eso. A veces también viene bien la música insustancial y es útil para determinadas cosas y actos. No estoy todo el día buscando melodías y textos trascendentes. Pero un mínimo de calidad hay que exigirse, porque si no estaremos dispuestos permanentemente a que nos vendan gato por liebre. Y eso no es bueno, ni para uno ni para nadie.



Superada esta digresión, creo que necesaria, vuelvo a lo que nos ocupa. Ya en los años setenta me impresionaron sobremanera Simon y Garfunkel y Cat Stevens y seguí los pasos desde entonces de Bruce Spingtein, de Steve Wonder, de Roberta Flack, de Eric Clapton... Pero seguir citando es abundar en los que parece que olvido por no aparecer aquí. ¡Hay tantos! Luego les dedicaré un capítulo. Me bastan estos apuntes y a algunos que voy a nombrar con especial entusiasmo.



Es el caso de Louis Armstrong. Su voz rota, su imagen tierna, su forma de cantar y de estar en el escenario, me llenan de energía. Cito también con especial arrobó a los Credence Clearwater Revival; tras ese nombre enrevesado se esconde una música maravillosa construida con los elementos más simples. Una pura delicia. Y tengo que mencionar al maestro de todos los poetas cantores, del que luego hablaré más cuando llegue el capítulo de los

cantautores. Me refiero al maestro Bob Dylan. ¡Y cómo olvidarme de un grupo mítico, que además es hispano; sí, efectivamente, ¡Santana, con su líder, pequeño de estatura, pero un gigante cuando se cuelga la



guitarra! Nunca estuvo muy centrado, pero últimamente ya está siendo absolutamente absorbido por un misticismo un poco psicodélico, que hace que sea muy preferible escucharlo tocar en vez de hacerlo cuando habla. Sin remedio tengo que colocar en este punto al que tal vez sea el músico más importante del pop y del rock juntos. Es un inglés (los ingleses en estos terrenos nos sacan ventaja a todos) como no podía ser de otra manera. No más misterio; me refiero al gran Elton Jhon. Toda su obra es grandiosa y es un referente para músicos y especialistas. Un fijo en el cuadro de honor de mi banda sonora.





Pero también hay canciones que por sí solas y casi con independencia de sus cantores han marcado una época o, por lo menos, me marcaron a mí. Dejo aquí reflejadas algunas de ellas, con independencia

de las épocas: “Con su blanca palidez” era y sigue siendo una verdadera proeza musical del grupo inglés, poco conocido, Procol Harum. “Venus”, de Sochking Blue, “Oxígeno”, de Jean-Michel Jarre, Moonlight Shadow, de Mike Olfield, ese mago imprescindible; “Only you”, de The Platers; aquella impresionante “Estrella errante”, de Lee Marvin en aquella legendaria película titulada “La leyenda de la ciudad sin nombre”. Podría seguir, pero os remito al siguiente párrafo para que veáis por dónde van los tiros y comprobéis, que la mayoría de estas obras maestras serán compartidas por casi todos vosotros, amables lectores.

Dentro de un par de capítulos hablaremos del rock español, porque espoleados por todas estas influencias que llegaban a duras penas desde fuera de nuestras fronteras, los músicos españoles empezaron a atreverse con la nueva música. Con mayor o menor fortuna, muchos se lanzaron al ruedo y hoy, algunos, han conseguido pasar a la historia, algo que entonces no podían ni soñar.

Antes de terminar este capítulo os quiero remitir encarecidamente a mi página web www.josemariatornay.com, porque allí tengo un apartado que titulo CANCIONES ETERNAS, en el que es posible seguir mis preferencias de primera mano e, incluso, escuchar las canciones. Esa es la gran ventaja de estos tiempos, que nos mantienen permanentemente conectados con el mundo, sin que haya excusas, porque si uno se lo trabaja en condiciones, no suele ser muy costoso tener acceso a toda la música de todas las épocas.

Así que aconsejo a los nostálgicos del vinilo y la cinta de casete, que mantengan su nostalgia si es demasiado fuerte, pero que compaginen con los medios modernos y no pierdan la posibilidad de gozar de lo que una vez fue un sueño en aquellos tiempos en los que comprar un disco, uno solo, suponía una auténtica heroicidad.

XV. EL TES DYNAMO



18 años pasando del campo a la ciudad; del trabajo a los estudios. Así llevaba yo un tiempo cuando en aquel 1971, cuando terminaban nuestros estudios de sexto de bachillerato, uno de los profesores, Gonzalo Huesa, nos propuso a todos los alumnos que le echáramos una mano en el acondicionamiento de una casa propiedad de los Salesianos, que estaba muy cerca de la plaza del Campillo. Su idea era montar allí un club juvenil. Los que aceptamos su petición nos sumamos al esfuerzo del “cura”, como le terminamos llamando los más allegados y pronto pudimos comprobar la maravilla de sitio que era aquel. Por supuesto, no era una casa, al menos no lo era como las que habitábamos los allí presentes. Era más bien un palacio, con jardines espléndidos y salas y salones por todas partes, si bien, es verdad que bastante abandonados. Con mano de obra barata y mucha ilusión conseguimos poner en marcha la sede del

TES de Ronda, una organización similar a la que aquel sacerdote había creado unos años antes en Úbeda.



Su historia ya la contó el primer presidente que tuvo, José María Ortega de la Cruz. Yo me quedaré con la parte musical y todo aquello que incorporé a la banda sonora de mi vida y de todos aquellos que convivimos aquella experiencia. Una experiencia que no duró más de cuatro o cinco años, pero que fue tan intensa que en la memoria está instalada como mucho más extensa en el tiempo.

Actividades culturales diversas y también religiosas exigían de algún tipo de esparcimiento. Así que se pensó en dotar al TES de un conjunto musical, que sirviera para divertir a los jóvenes las tardes de los domingos amenizando los bailes en su salón cubierto en invierno y en sus espléndidas terrazas en verano. Y aparecimos los aspirantes a músicos. Ana Mari (no recuerdo el apellido) y yo habíamos mostrado ya nuestras pequeñas

habilidades cantando, así que ya había vocalistas. Solo faltaba encontrar, al menos, un cuarteto de músicos, que completara lo que entonces estaba de moda: una guitarra rítmica, otra de punteo, un bajo y una batería. Pero antes se procedió a comprar los “cacharros”. No sé cómo lo logró, pero “el cura” encontró la financiación y se fue a Granada con Manolo Guerrero “El Feo”, que había sido fichado porque sabía poner algunos acordes en la guitarra. Y volvieron cargados de instrumentos, llenando de ilusión a los que ansiosamente los esperábamos en la Casa de Don Bosco.



Así que ya dotados de material, nos pusimos manos a la obra. Manolo se puso a la batería, Vicente Becerra, que era un guitarrista de sevillanas y rumbas, se puso a una de las guitarras eléctricas, Paco se colgó la rítmica y Cristóbal García se hizo cargo del bajo. Ana Mari y yo poníamos la voz. Esta fue la primera formación del Tes Dynamo, nombre que impuso don Gonzalo, después de que los

implicados le diéramos mil vueltas al tema buscando el más ingenioso y brillante.

Tras algunos ensayos, por supuesto insuficientes, conseguimos debutar en el salón de actos del colegio El Castillo, allí donde yo había pasado mis tardes de la infancia acompañado de “El Gordo y el Flaco”, de Jhon Wayne y de tantos vaqueros y tantas estrellas de la pantalla. Y también donde yo había recibido aquellas sabrosas clases de canto en mis tiempos de alumnos de aquel legendario centro escolar. Allí iniciamos nuestra actuación con “Perfidia”, que luego la usaríamos durante mucho tiempo como la sintonía del grupo. El aforo lleno y el entusiasmo total por parte de nuestros incipientes seguidores nos animaban a continuar en la ardua y satisfactoria tarea.



Y así lo hicimos, siguiendo una línea que hoy lamento fuera la exclusiva: nos dedicamos tan solo a ser los animadores de los bailes del domingo y a cubrir alguna que otra feria de los pueblos vecinos, que reclamaba nuestra presencia. Creo que había talento suficiente y habían puesto en nuestras manos medios para haber intentado alguna experiencia original y haber ambicionado ser alguien en aquellos tiempos en los que a nivel musical en España estaba todo por

hacer. Pero nos faltó valor o motivación y nos acomodamos a aquello sin intentar dar ningún tipo de salto. Cada uno tenía su mundo, algunos su trabajo, otros andábamos formándonos; la verdad es que era difícil romper con la seguridad para intentar otra cosa que no abría más que una puerta que conducía a un territorio repleto de dudas e incertidumbres.

Nuestra segunda actuación, con Nacho Siles ya como manager, tuvo lugar en la segunda boda de José María Ortega. Después de un mes de ensayos, montamos una misa que encontramos por ahí, para lo que contamos con un coro de divertidas y guapas coristas, que Nacho rebuscó en el Colegio de la Inmaculada. Entre ellas estaba Nuria, mi mujer, una artista que después no ha querido desde entonces subirse al escenario. Bueno desde la siguiente vez que fue un concierto multitudinario que tuvo lugar en el inmenso cine “La Merced”. Lleno absoluto y nosotros y nuestro coro, como estrellas internacionales, cantando “Mamy Blues”.



Pero a partir de entonces ya no volvimos a actuar como estrellas y nos dedicamos a ser obreros de la música sirviendo para que las parejas se acaramelaran y los demás saltaran como posesos en las tardes bailongas de Ronda y su Serranía. Nuestros emolumentos no eran exagerados, pero nos servían para cubrir los gastos propios de la juventud y a mí, además, me permitieron iniciar mis estudios universitarios, con todos los gastos que eso conllevaba entonces y sigue conllevando ahora.



Todo ello forma parte de mi banda sonora, en su sección más entrañable. Allí acumulé canciones, la mayor parte de ellas perfectamente prescindibles y que no se quedaron conmigo. Fueron de usar y tirar. Pero allí conocí el “Abraxas” de Santana; conocí las magníficas canciones de los “Credence”, me inicié en algunos temas de “Los Beatles” y me enteré de lo que estaba de moda en España en aquel momento: “Los Puntos”, “Los Módulos”, José Feliciano, Nino Bravo y todos aquellos de los que hemos hablado en el capítulo dedicado a los guateques y de los que hablaremos en uno próximo dedicado a la música melódica.

Una de las actividades a las que estábamos obligados era a poner música a las misas de los sábados. Lo hacíamos en plan acústico: guitarras españolas y voz. Tanto en estas actuaciones como las que hacíamos en los bailes nos fueron reportando un buen número de seguidores de



ambos sexos, que aún hoy nos siguen recordando con cariño y entusiasmo cuarenta años después.

Igual que antes lamenté que como grupo no hubiéramos volado un poco más alto intentando hacer cosas originales, ahora tengo que lamentar también no haberme puesto manos a la obra y dedicarme a la composición de letras y músicas, que es algo que luego he hecho muchas veces. Pero es fácil advertir estas cosas con la perspectiva del tiempo. Entonces andaba uno ocupado en otras cosas y las circunstancias tampoco ayudaban.

El grupo fue modificándose a medida que las situaciones personales de sus miembros iban cambiando y tuvo a lo largo de su breve historia unas cuantas formaciones más, hasta llegar a la más estable que fue la compuesta por: Rafael García Montes, al bajo (empezó en el grupo a los 12 años, lo cual muestra su fecunda intuición musical); su hermano Antonio, a la guitarra; Paco Becerra, a la batería y aquí, un servidor, como cantante. Pero hubo otros componentes entre esta última formación y la inicial. Por el grupo pasaron José Luis Castro, Manolo Jaramillo, Jesús Jiménez y algún otro que lamentablemente no recuerdo,

porque fueron incorporaciones esporádicas que no duraron mucho tiempo. Durante un mayor periodo



estuvo nuestro entrañable Jesús Ordóñez, que se ocupó de la batería en el ínterin entre Manolo Guerrero, que dejó el grupo pronto y la llegada de Paco.

En la banda sonora de mi vida

tengo la fortuna de ver que también estoy yo, con aquellas veladas, con aquellas actuaciones y con el bagaje que allí adquirí y que me permitió después hacer mis pinitos como autor y escribir mis propias canciones. Lo hice para los festivales de la canción, que siendo director del Colegio Santa Teresa en las décadas de los ochenta y noventa, organizamos y a los que se presentaban los mejores cantantes de la comarca. También he compuesto cosas para los coros de Ronda y lo he hecho para los distintos musicales que hemos estrenado en Ronda desde el grupo ENTREAMIGOS, al que le dedicaré un capítulo más adelante. También he compuesto canciones para las artistas rondeñas María Villalón



y Ángeles Vela. “Te espero aquí”, incluso, le dio título al primer álbum de María.

También tengo mi propio

arsenal de canciones, pues así llamo a los poemas que he venido escribiendo a lo largo de mi vida y al que, ahora con más tiempo, puedo dedicar mayor interés y entusiasmo. Unos son más musicables que otros, pero todos están escritos desde la óptica de un cantautor, de alguien que escribe pensando en la música.



Pero también he escrito canciones estrictamente musicales; así llamo a aquellas en las que letra y melodía surgen al unísono, como algo natural, pegadas la una a la otra como las dos caras de una misma moneda. Me ha faltado tiempo y medios para exponerlas al público; sigo soñando que algún día lo haré con algunas.

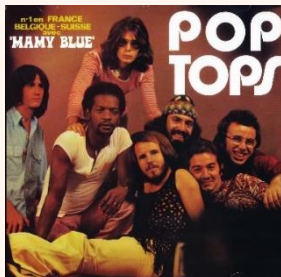
El TES DYNAMO me enseñó a vivir la música desde dentro, a disfrutar y sufrir los ensayos como momentos inestimables en la formación personal, a sentir el calor de la gente cuando disfruta con algo en lo que tú estás participando. Me educó en la capacidad para trabajar en equipo, a tomar decisiones mancomunadas y a convivir realizando tareas complejas. Me enseñó a enfrentarme al público con una adecuada consideración y me hizo enfrentarme a ese enfermizo respeto humano con el que absurdamente cargamos buena parte de los seres humanos y que te impide expresarte tal como eres.



Algunas de aquellas canciones, como he dicho antes, han quedado en mi banda sonora para siempre; otras, sin embargo, salieron por la misma puerta por la que entraron de manera casi inmediata. Así que dejaré constancia de las primeras, que

no creo siquiera que fueran mejores que las otras, pero que en mí dejaron un recuerdo imborrable, tal vez, por esa capacidad sugestiva que tiene la música y esa facilidad enorme para asociarse a emociones de todo tipo. Por eso, muchas veces, malas canciones se adhieren a buenas experiencias y se convierten, para ti, en emblemas musicales y otras, mejores, asociadas a malos recuerdos, pasan a formar parte del olvido. Así son las cosas y así es la vida.

Recuerdo con mucho cariño una de las primeras canciones que canté con el grupo, se llamaba “Manda rosas a Sandra” y ni me acuerdo de quién la cantaba ni de dónde la sacamos. Me gustaba cantar “Libre” o “Un beso y una flor”, por su dificultad vocal y por lo que la gente las agradecía. A “Perfidia” le tengo el cariño de haberla usado tanto en nuestras actuaciones; a “Mamy blue”, por coincidir con la aparición en mi vida de Nuria. Recuerdo de un modo especial también “La nave del olvido” y “La casa del sol naciente” Muy celebrada era “Guitarra sona piu piano”, de Nicola



di Bari, que yo cantaba en italiano; del mismo cantante recuerdo “Corazón gitano”; ésta la cantaba en español. “El jinete”, de José Feliciano era una de mis favoritas; y ya en los finales de fiesta siempre le metíamos mano a “Por qué no engraso los ejes”, a la que procuraba inventarle letras picantes, aunque inocentes, algo que en aquellos tiempos era todo un atrevimiento.

Había un par de canciones instrumentales, que Antonio García Montes bordaba con la guitarra. Una de ellas era “Samba pa ti”, de Carlos Santana. Una joya que conseguíamos sacar adelante, fundamentalmente por el talento y la habilidad de Antonio en el punteo. Igual puedo decir de una versión eléctrica que hacíamos del clásico de Paco de Lucía “Entre dos aguas”, que quedaba francamente bien.



“La distancia” era otra que me gustaba cantar y “La puerta del amor”, que era la que más me gustaba de Nino Bravo. Por cierto, en 1973, cuando los miembros del grupo íbamos de costaleros para la Hermandad del Huerto, que estaba reflatando don Gonzalo (la única vez en mi vida que me he puesto debajo de un trono) recibimos la impactante noticia de la muerte del cantante valenciano. Juan Pardo era otro de nuestros intérpretes de cabecera a la hora de elegir temas para el grupo: “Mi guitarra”, “La charanga” o “Anduriña” formaban parte de nuestro repertorio en letras de oro.

Y poco más debo alargar este capítulo, porque creo que ya he dado cuenta de las líneas generales de aquella experiencia y cómo enriqueció de muchas maneras mi banda sonora. Estoy escribiendo de memoria, no conservo ninguna documentación de la época, ni lista de canciones, ni nada que recuerde aquel tiempo. Por eso, estoy seguro de que, más tarde o más temprano, me daré cuenta de algún olvido imperdonable.

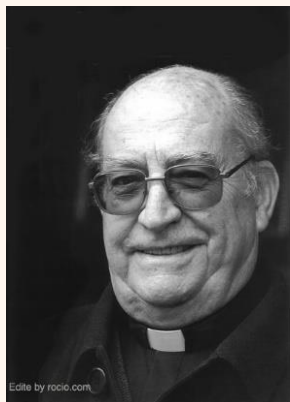
XVI. PACO DE LUCÍA, MANOLO SANLÚCAR Y EL FLAMENCO



Por este tiempo en el que yo andaba enrolado en el TES Dynamo, el TES de Ronda, presidido por José María Ortega y dirigido por Gonzalo Huesa, o viceversa, porque la verdad es que yo nunca me enteré de la jerarquía que había entre ellos, puso en marcha una serie de recitales de guitarra, celebrando no sé qué año internacional de la misma.

Si algo tenían los dos en común era su ambición por hacer cosas de relumbrón, acontecimientos que fueran verdaderamente importantes. Por eso, si dedicaban un ciclo a la guitarra buscaban a los mejores. ¿Quiénes eran en 1973 los mejores guitarristas? No había dudas: en el terreno del flamenco, Paco de Lucía y Manolo Sanlúcar. Pues ellos iban en busca de estos genios

como si tal cosa. No sé cómo lo hacían, qué influencias buscaban o a qué santo se encomendaban, pero los traían. Lo mismo hicieron con la guitarra clásica, pero no recuerdo quienes vinieron de este campo; seguro que los mejores también, pero como no los recuerdo, no quiero dar nombres, que pudieran confundir.



Y así ocurrió, un buen día nos anunciaron que Paco de Lucía actuaría en el cine La

Merced. Un bombazo para nosotros, los del TES Dynamo, que éramos músicos primerizos y teníamos a aquel artista por ídolo sin paliativos.

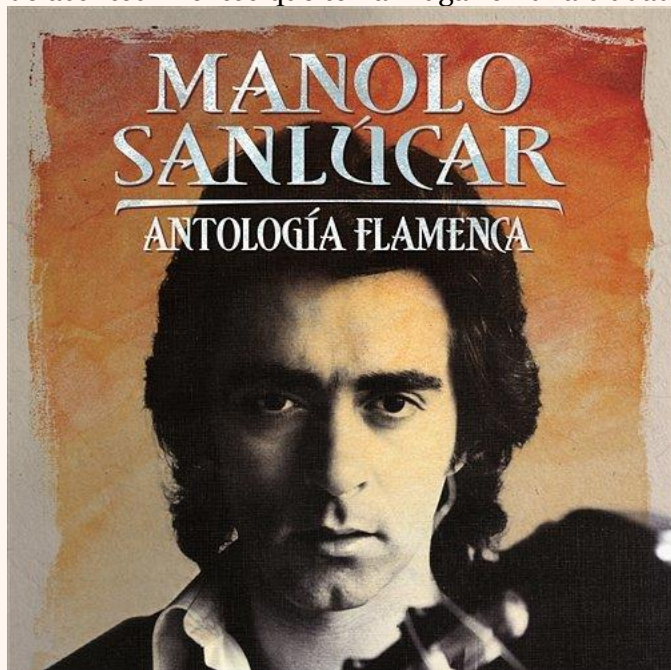


¡Allí nos plantamos y, además, 'bombazo!', tuvimos la ocasión de entrar a saludarlo antes de que empezara el concierto.

Estaba calentando dedos, pero nos atendió con amabilidad. Yo no me lavé las manos en varios días, porque había tenido entre ellas la diestra del gran maestro. Fue algo increíble.

Unos días después se repitió la misma ceremonia con Manolo Sanlúcar, el otro gran genio de la guitarra flamenca. Dos lujos que, en aquel tiempo, aún tenían más valor, dada la precariedad

de acontecimientos que tenían lugar en una ciudad



olvidada como Ronda.

Fue con ellos con los que me introduje en el mundo del flamenco. Nunca penetré dentro de él del todo, aunque yo hacía mis pinitos cantando algún que otro fandango de los llamados naturales o alguna que otra rumba. Aunque en Ronda había buenos aficionados y ya empezaba a funcionar alguna que otra peña, yo estaba más pendiente del tema de la canción moderna y no le presté demasiada atención.

Alguna vez asistí al famoso festival de Cante Grande de Ronda, famoso en toda Andalucía y al que solían acudir entonces las grandes figuras del momento. Siempre me pareció algo tedioso por la

organización un tanto caótica y la larga duración de las actuaciones Siempre he preferido los espectáculos contenidos en su tiempo y ágiles y dinámicos en su desarrollo. Eso me alejaba del flamenco, pero como buen andaluz, sentía sus notas, acordes y quejíos como algo que interiormente me movía y me conmovía.



Con el tiempo he ido acercándome mucho más a este cante y, sobre todo, a ese toque especial, que convierte las guitarras en instrumentos para virtuosos. Desde hace un tiempo ando empeñado en conocer y tocar los diferentes palos. Nunca voy a llegar a ser un experto, pero sí aspiro, y ya lo he conseguido con muchos de ellos, a conocer los diferentes estilos y a tocarlos con perfección técnica, aunque, lógicamente fallará el virtuosismo. A los que venimos de la canción moderna, el trabajo con las técnicas flamenca nos aporta fuerza y agilidad en las manos y nos suelta para abordar con mayor facilidad otras arduas empresas como la guitarra clásica, el blues o el jazz.

Intento trabajar con todos esos géneros para, al menos, ser capaz de distinguirlos como

oyente y de practicarlos como ejecutante aficionado. Pocas cosas debe haber en la vida como la de ser capaz de hacer sonar con armonía un instrumento y poner de pie y en el aire piezas musicales de cierta complejidad. Hay gente que ni se lo plantea, por la enorme dificultad que vislumbra en esa tarea, pero hay que pensar siempre que lo que hace una persona puede hacerlo uno también, aunque sea con un grado menor de pericia o aunque nos cueste mucho más tiempo y esfuerzo.



Cantaba, como he dicho, fandangos. Había uno de Curro de Utrera, que no me salía mal. Pero nunca me atreví con los palos más jondos, como las soleares, las seguidillas o las bulerías. Me hubiera gustado intentarlo; me faltaba la técnica, pero creo que el punto flamenco y el *quejío* lo tenía. En fin, me conformo con lo que hago en este momento con mis guitarras. Tengo tres: una de blues, una flamenca y una clásica.



Hace tiempo empecé con el piano, pero no de forma sistemática ni académica. Logré acompañarme cuando cantaba mis canciones favoritas, pero es un instrumento exigente, que pide demasiada atención y a mí me gusta picotear en muchas actividades y él es demasiado posesivo. Hace tiempo que lo tengo abandonado, pero siempre es posible volver.

No he tenido cantaores favoritos, aunque, lógicamente, me encanta escuchar a Camarón y,

últimamente, a Miguel Poveda. Es imposible no sentirse entusiasmado con los grandes. Más complicado es conocer y reconocer la calidad en los menos conocidos. Eso queda para los expertos, pero yo no lo soy y me conformo con disfrutar con todos. No soy tampoco demasiado exigente y me suelen gustar la mayoría de las interpretaciones, a no ser que haya desajustes o desafines.



Cada vez que puedo acudo a la Peña flamenca de Ronda para seguir sus concursos de cantes, de bailes, de saetas y otras actuaciones. Con ellos mantengo una estupenda relación, aunque no soy socio, pero sí colaborador, pues con mi grupo ENTREAMIGOS he participado en algún que otro espectáculo, que hemos tenido la oportunidad de llevar hasta su sede. Aprovecho para destacar el amable comportamiento y la apertura mental de sus miembros que nos reciben con los brazos abiertos, pese a que nuestras actuaciones nada tienen que ver con el mundo que ellos defienden y protegen entre aquellas cuatro entrañables paredes.

Me interesa menos el flamenquito. Me parece un género menor y creo que soy injusto. He hablado con aficionados, que me han demostrado la riqueza de armonías de este subgénero flamenco. Pienso que tienen razón, pero yo no termino de

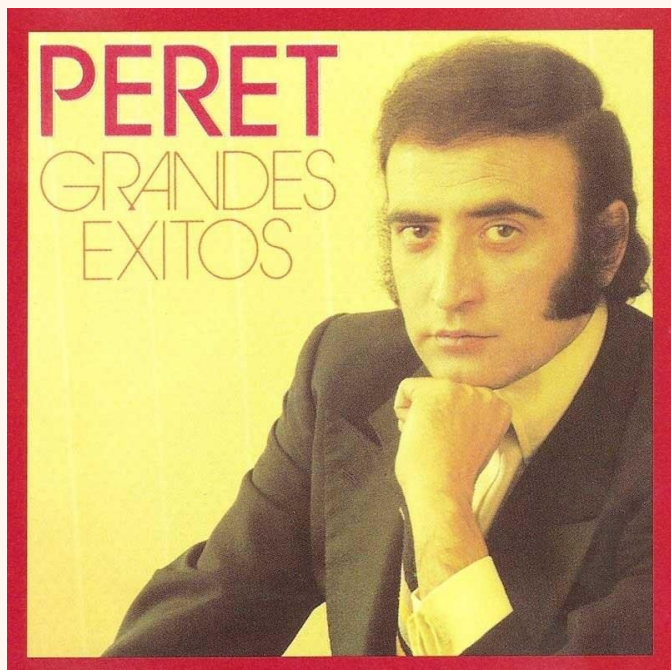
cogerle el compás, nunca mejor dicho. Pero hasta lo que no nos gusta del todo forma parte de nuestra banda sonora.



En los años 70 y 80 proliferaron unos cuantos grupos realmente notables que cultivaban en exclusiva la rumba flamenca. Consiguieron una relevancia social, que nunca más han vuelto a tener. Hubo muchos, pero voy a citar el que más impacto dejó en mí, así que recuerdo con especial aprecio a Los Chichos. Alcanzaron grandes éxitos populares y, aún hoy, son muy recordados. “Ni más ni menos”, “Eso sí que tiene guasa”, “Dame tus besos” o “Carmen” sonaban a todas horas y en todas partes.

Pero el rey de tos los rumberos, el maestro de los maestros, el gran artífice de que el género se convirtiera, seguramente, en el más popular de la historia musical en España, fue el gran Peret. “El

muerto vivo”, “Una lágrima”, Borriquito como tú, “Saborenado”, “El gitano Antón”, “Canta y sé feliz” siguen por ahí dando vueltas en la memoria sentimental y, de vez en cuando, reaparecen, se enganchan a una neurona y no hay Dios que se la quite de encima.



Esto de las canciones pegajosas es algo recurrente y que le pasa a todo el mundo. No me refiero a las de Peret, que son clásicos, sino a aquellos de ínfima calidad que se instalan en la cabeza y no hay manera de desalojarlas. Además, lo más curioso de este fenómeno es que suelen hacerlo las más lamentables de todas. La facilidad para pegarse a nosotros es inversamente proporcional a la calidad.

Cuanta menos calidad, más posibilidades hay de que no te dejen ni a sol ni a sombra.



También proliferaron grupos especializados en Sevillanas. A mí los que más me gustaban eran Los de la Trocha. Eran muy originales, distintos, con arreglos espectaculares y utilización de elementos sinfónicos. “Fue tu querer” era una adaptación del

legendario “Concierto de Aranjuez” y era una auténtica maravilla en sus voces. “Pensamientos míos” es un verdadero prodigio casi surrealista de introspección. Los amigos de Gines, con la “Sevillanas del adiós” también sonaron de manera insistente durante muchos años. Siguen por ahí merodeando grupos rocieros de sevillanas, pero ya sin aquella respuesta popular ni la calidad que deslumbraba en aquellas dos décadas prodigiosas.



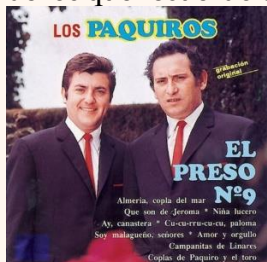
Pero los dos grandes genios de la sevillana, sin desmerecer a mis admirados Los de la Trocha, han sido y, supongo, seguirán siendo por mucho tiempo, El Pali y Manuel Pareja Obregón. El Pali era un artista con muchos kilos, que no despreciaba ninguna copa que le dieran, pero que cuando se subía al escenario y cogía el micrófono, lo llenaba de pura magia. Distinto, especial, personal hasta decir basta. Nadie ha dicho las letras como él. ¡Qué capacidad de expresar y de transmitir! La sevillana titulada “Toros en Ronda”, por aquello de que habla de mi tierra, las tengo en consideración aparte. ¡Un genio!



En cuanto a Pareja Obregón, cuando se sentaba al piano y con poca voz, pero con todo su talento cantaba las propias composiciones, que casi siempre había escrito para otros,

marcaba una distancia abismal en la interpretación, en la forma de decir las letras, de expresar los matices, de inundar de gracia sus espléndidas sevillanas. ¡Otro genio!

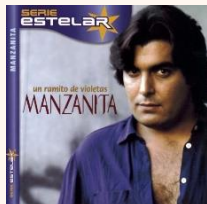
En mis tiempos juveniles también se daba el fenómeno de los dúos cantando canciones aflamencadas. Los más famosos eran Los Paquiros, de los que recuerdo en especial “El preso número 9”.



Como siempre fui aficionado a escuchar las letras, ésta me impactaba fuertemente con su dramatismo brutal y truculento:

*Y si vuelvo a nacer
yo los vuelvo a matar.
Padre, no me arrepiento*

*ni me da miedo la eternidad.
yo sé que allá en el cielo
el juez supremo me ha de juzgar...*



Cantando canciones aflamencadas han proliferado muchos del estilo de Manzanita, por ejemplo. Muy popular fue su versión del “Ramito de violetas”, de Cecilia. Tal vez los



que más me agradaron fueron Chiquetete y José Mercé, que son grandes del flamenco con facilidad para meterse en otros charcos sin salir embarrados.

Y, por supuesto, mis dos grandes genios admirados merecidamente con los que empecé este capítulo citando sus actuaciones en Ronda, Paco de Lucía y Manolo Sanlúcar, Hay otros, muchos, desde Diego el de El Gastor hasta Tomatico, pasando por todos aquellos guitarristas que proliferan en internet con unas técnicas asombrosas y que nos sirven a los aficionados para aprender y perfeccionarnos.

Las manos de Paco de Lucía son, para mí, un torrente de agua cristalina brotando de una fuente prodigiosa. Su forma particular y poderosa de realizar los picados hace que las notas suenen a él, distintas, con su sello y su propia personalidad. Su disco “Fuente y Caudal” nos conmocionó a todos y, como es natural, “Entre dos aguas” está grabada a fuego en la banda sonora de mi (nuestra) vida. Sus discos con Camarón, sus trabajos interpretando obras clásicas, su último disco homenajeando a la



copla son citas ineludibles para cualquier aficionado a la música, cualesquiera que sean sus preferencias.

Dicen que es el mejor guitarrista flamenco de todos los tiempos. Tal vez sea así, porque hasta desde otros terrenos se le ha considerado como tal. Sus encuentros con guitarristas acústicos y eléctricos de la talla de John Mac Laughlin y Al di Meola fueron épicos, verdaderas joyas clásicas, que podemos seguir disfrutando gracias a la generosidad de You tube. Decía uno de ellos, no recuerdo cuál, que Paco de Lucía era el mejor de todos, sencillamente porque él podía hacer lo mismo que ellos, pero ellos no podían hacer las cosas que hacía él. Es un espaldarazo definitivo a su condición de genio indiscutible y maestro inigualable.

Manolo Sanlúcar ha tenido que convivir siempre con el sambenito de la comparación con Paco de Lucía. Es como un lucero que ha tenido que brillar al lado del Sol. Así es muy complicado. Pero a Manolo, técnicamente a la altura del Paco, quizá le ha faltado el carisma de éste, su pinta de bohemio, su imagen poderosa. Un hombre que ha hecho convivir la pureza con la vanguardia, que ha compuesto obras para guitarra flamenca y que realiza una labor culta de divulgación y estudio del flamenco, que no tienen parangón.

Ellos me inundaron de flamenco y me enseñaron el camino, que llevaba hasta nuestra música más genuina, de la que tenemos que estar orgullosos, como otras culturas lo están de las suyas. El flamenco no es inferior al jazz, ni al blues ni al rock. Desde hace mucho tiempo muchos artistas intentan hacerlos convivir, realizando un trabajo

encomiable de fusión, de la que podemos disfrutar todos los melómanos. ¡Más caña para nuestra banda sonora!

XVII. EL ROCK EN ESPAÑOL



El rock llegó a España a través de diversas vías. La más importante era la de las bases estadounidenses y los puertos importantes, donde la VI flota recalaba con frecuencia. A ello hay que sumar la existencia de emisoras en las mismas bases, que emitían en inglés y lanzaban por sus ondas rock and roll para consumo de los soldados yanquis, pero que eran captadas por los españoles de los alrededores hasta donde llegaban las frecuencias. Pero a esa vía hay que unir las influencias francesa e italiana. Antes que de los americanos o ingleses, el rock nos llegó a través del francés Jonhny Hollliday o de los italianos Peppino Di Caprio, Adriano Celentano o Renato Carosone, que tornan la agresividad del rock americano en un estilo más melódico, más romántico, más baladístico. Esa dulcificación favoreció la asimilación por parte del público español, tan poco dado a experimentos. Muy importante también fueron, en esa labor de difusión dos grupos



sudamericanos: Los Llopis y los Teen Tops, como más adelante lo sería Maná. Las legendarias matinales del Price en Madrid hicieron el resto y crearon la atmósfera imprescindible para que aparecieran los primeros grupos en España. Los que a mí me empezaron a sonar, mucho más tarde, fueron Los

Estudiantes, Los Pájaros Locos y el Dúo dinámico.

Con diferencia, fueron estos los que se ganaron el favor absoluto del público y, aún hoy, cincuenta años después, siguen cantándole a su amor de “Quince años”. ¡Manda güevos! Todo un ejemplo de longevidad artística y amorosa.



Los Beatles y el revolcón que hacen encajar a los rockeros norteamericanos, se convierten en nuestro país en el gran referente de la música moderna. Sus actuaciones en Barcelona y Madrid los catapultó definitivamente al cénit total en el corazón de la juventud española.



Los Sírex fueron capaces de conjugar el sonido salvaje de las bandas americanas y británicas con la cara más amable del rock europeo. ¡Fueron los teloneros de Los Beatles en Barcelona!

Los Mustang se dedicaron casi en exclusiva a versionear los grandes éxitos de aquellos. Fueron, en realidad, los que nos dieron a conocer a aquellos cuando apenas llegaban sus discos a España.



De Los Bravos y Los Canarios ya hablamos en un capítulo anterior. Quiero dejar constancia

aquí también de Los Pop Tops y Los Mitos en esta primera ola. Eran esos primeros escarceos en los que empieza a hacer sus pinitos una de las figuras cimbras del rock hispano. No es otros que el que se hace llamar en un principio Mike Ríos, nombre que pronto abandonará para ser el legendario Miguel Ríos.



Miguel Ríos, con “El río” y “Vuelvo a Granada” me ganó para siempre. Para mí siempre ha sido el eximio representante del rock español. El de más tirón, el más internacional; de hecho, su versión del “Himno a la alegría” se convirtió en un éxito, incluso, en Estados Unidos. Su forma de cantar, creadora de un estilo personal, su manera de

presentarse en directo, de conectar con la gente han



creado y llenado toda una época. “Santa Lucía”, “Todo a pulmón”, “Directo al corazón”, “El blues del autobús”, “Mientras el cuerpo aguante”, su estupenda versión del “Rock de la cárcel”, son clásicos que lo han mantenido en candelerero durante décadas y siempre con el favor de un público entregado.

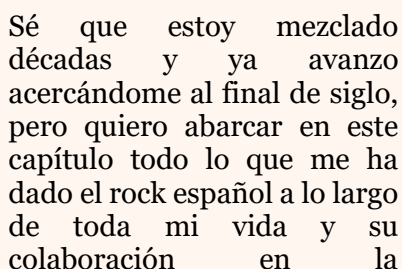
Una auténtica conmoción causó su extraordinario disco “Rock and Ríos” y la multitudinaria gira que con él realizó. Llenos absolutos en cientos de escenarios de todo el mundo. El inicio, “Bienvenidos”, era realmente espectacular y lograba meter al público inmediatamente en la espiral rockera de los conciertos. Todo un éxito, que era muy difícil, no ya de mejorar, sino ni tan siquiera igualar. Su inquietud estética le hizo ir derivando paulatinamente hacia el jazz y el blues, donde se movía también como una auténtica estrella. Muy celebradas fueron sus giras con Víctor Manuel, Ana

Belén y Serrat, de las que dejaron constancia en un disco grabado en directo.



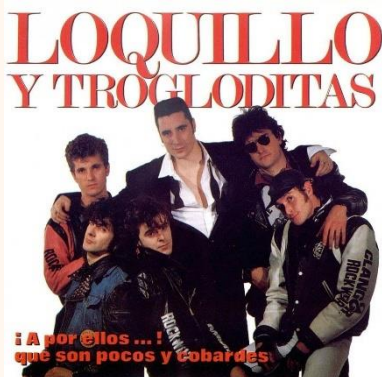
Nuestro entrañable y brillante granadino y andaluz puede competir como ídolo mayor de su tierra con el otro genio, éste de Úbeda y llamado, Joaquín Sabina, del que luego hablaremos cuando tratemos el tema de los cantautores.

No quiero aburrir pormenorizando más mis gustos en el ámbito del rock, pero sí debo citar a todos aquellos que le han dicho algo a mi alma sentimental. Por ahí tengo pululando a Barrabás, a Iceberg, a Leño, a Tequila, e incluso, a la Orquesta Mondragón con su histriónico Javier Gurruchaga. No puedo olvidarme de Veneno y de su líder luego en solitario Quico Veneno, ni Radio Futura, Los Secretos, ni de Ramoncín o Alaska y los Pegamoides.



¿Cómo olvidar a los “Celtas Cortos”, a Mago de Oz, a Extremoduro, a Vetusta Morla? Incluso tengo en mi banda sonora a gente más blandita y pop como “Los Hombres G”, La oreja de Van Gogh, Amaral o Antonio Flores, un estupendo compositor, que nunca sabremos hasta dónde podría haber llegado, si la muerte no hubiera truncado tan pronto su vida y su carrera.

Loquillo y los Trogloditas gozan aún de todas mis simpatías; y Duncan Dhu. También Jarabe de palo y sus grandes temas “La flaca” y “El lado oscuro”. Lo mismo puedo decir de Revólver. Y también de “La cabra mecánica” o “Café Quijano”, con su particularísimo sonido. Sin olvidarme de Fito & Fitipaldi ni de los



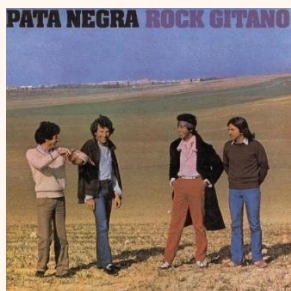
mexicanos Maná, que para eso cantan en español.

Menos entusiasmo me produce la conversión que padece la música a partir de los noventa para convertirse en



simple animadora de las macro discotecas y salas de fiesta de diversas dimensiones. Entiendo que esa concatenación de sonidos electrónicos tiene muy poco que ver con la música, más bien nada. Pese a ello, entre esas grandes producciones de Madonna, Beyoncé y demás estrellas americanas, a veces encuentro algo que puedo salvar para mi banda.

Lo mismo me pasa con los grandes representantes del pop más comercial, del orden de Mikel Jackson y similares. No entiendo ni sus letras ni sus músicas. Pero eso sí, no cabe duda de que, como me han venido acompañando tanto tiempo, ya



los tengo incorporados a aquella y no puedo negar que hay material de calidad en sus obras.

Me parecen más enraizados con nuestra cultura los grupos y artistas que han intentado fusionar el rock

y/o el blues con el flamenco. Ahí están Raimundo Amador y Pata Negra y su extraordinario “Blues de la Frontera”, que han brillado con luz propia.



Merecen para mí mención especial dentro del pop español más elaborado y de calidad, Antonio Vega, los hermanos Urquijo y Carlos Goñi. Antonio Vega, ese chico triste y solitarios, primero con

Nacha Pop y luego en solitario está considerado, y yo lo quiero corroborar, como uno de los compositores fundamentales de nuestro país. Su extraordinaria “Chica de ayer” abanderó todo un movimiento revolucionario, tanto musical como culturalmente, que se produjo en Madrid en los años 80.



La famosa “movida madrileña”. Un movimiento, que tuvo más de sociológico que de musical, pero que dejó perlas y nombres como Los Secretos, Nacha Pop, Alaska o Mecano, de los cuales he hablado antes y del último citado lo haré en breve.



Enrique y Álvaro Urquijo, primero miembros de Los Secretos y luego en solitario fueron brillantes miembros de aquella famosa “Movida madrileña”, a la que se unieron poetas, locutores, periodistas, escritores, pintores y representantes de casi todas las artes y que inyectó viento fresco a la sociedad anquilosada sociedad del postfranquismo. “Déjame” o “Sobre un vidrio mojado” son magníficos ejemplares de su enorme capacidad y talento.



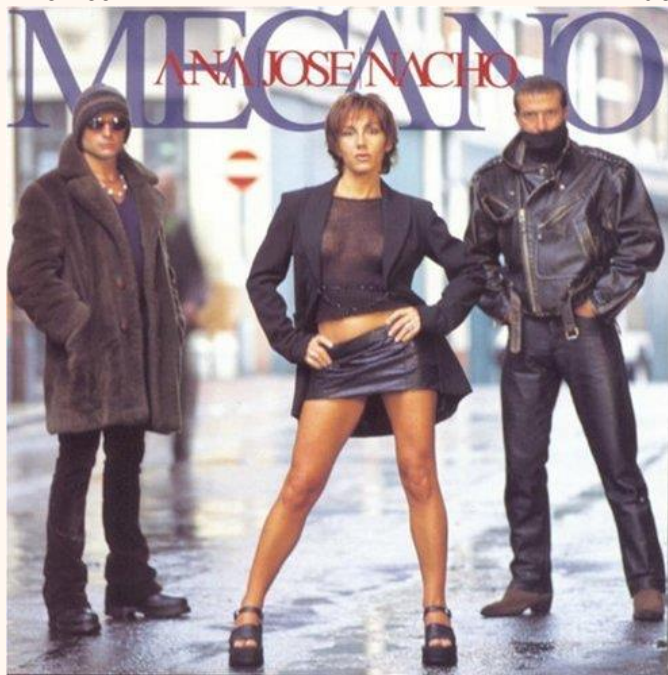
Carlos Goñi es otro compositor y cantante de dilatada y brillante carrera, que tras pasar por varias



agrupaciones terminó fundando Revólver, una banda original a la que Carlos ha sabido dar siempre su impronta y personalidad. Su tema “El peligro” es una joya difícil de superar.

Mecano es seguramente el grupo más representativo del pop español de todos los tiempos. Sus discos se vendieron como churros y sus canciones estaban en los labios de los jóvenes de los años 70 y 80. Hasta un musical con sus canciones tuvo un éxito extraordinario en Madrid. No eran mis favoritos, pero reconozco que muchas de sus canciones tienen calidad y pasaron el filtro para incorporarse a mi banda sonora. Y las que no lo pasaron, también se instalaron en ella, por insistentes y ubicuas. “Hijo de la luna”, “Me cuesta tanto olvidarte”, “Cruz de navajas”, Aire” o “Barco a Venus” eran y siguen siendo más que populares y se han establecido en el subconsciente colectivo de todos.

Mi trabajo en las colonias de verano de Ronda y Sabinillas, que organizaba la Caja de Ahorros



Ronda, luego Unicaja, me hizo conocer muy a fondo sus canciones, pues yo me encargaba de organizar los festivales y acompañar al piano a los niños y niñas que decidían participar en ellos. Las de Mecano eran las canciones preferidas por ellos, aunque no faltaban las de Hombres G, Alaska o Miguel Bosé.

Pero este capítulo no puedo cerrarlo solo con representantes del pop, por eso quiero citar a algunos representantes del rock más clásico y poderoso, gente de mucho talento y recorrido, aunque más preocupados por su obra y por respetar

su vida bohemia, que por tener una carrera de popularidad y comercialidad. Es el caso de Rosendo, por ejemplo, un rockero que, primero con Leño y

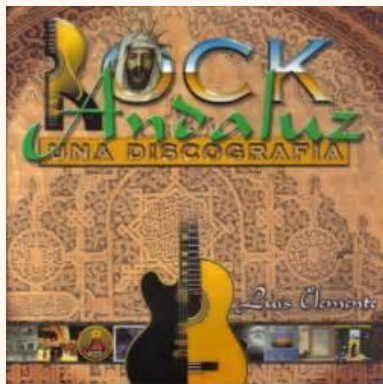


luego en solitario, ha sembrado de buena música los corazones de sus múltiples seguidores. Escuchar a Rosendo es salirse de la corriente, bordear la heterodoxia, respirar la bohemia, cosas todas ellas muy saludables para que no se atrofie el espíritu.

Me gusta el rock, me encanta el pop hecho con buen gusto, con arreglos elegantes, con vocación de ser música para llegar a los corazones. No me gusta la morralla, que solo busca el negocio, el superventas, el objetivo único de promocionar lo mostrenco porque eso es lo que llega al mayor número de los mortales. Lo vulgar es fácilmente detectable, si uno tiene un mínimo de buen gusto y de sensibilidad.

Dentro del rock, aprecio especialmente aquel que me ha dado un apego especial a mis raíces, que fue capaz de entroncar la cultura su cultura con la nuestra. Por eso, sin despreciar, en

absoluto, a los grandes del rock internacional o del nacional que acabamos de ver, tengo que mostrarme rendido y perdidamente enamorado de



una corriente, que no tuvo demasiado recorrido y que ya nunca va a volver, pero que en aquellos años ochenta significó toda una revolución en la música que estaba vigente en el momento.

Me refiero al rock andaluz, el más cercano a nosotros, aquel que era capaz de vincular nuestras raíces con las que venían de la otra parte del mundo. Aquello nos mostró que había muchas cosas en común entre el andaluz que penaba su pena a través de una soleá con el negro que lloraba la suya a través de un blues o del sustento improvisado del jazz.

Dentro de un par de capítulos tendré la ocasión de hablar en profundidad en un género, que fue fugaz, que se agotó en un par de décadas, pero que dejó una huella indeleble en nuestros corazones, al menos en el mío. Triana, Alameda, Medina Azahara volverán a suspendernos y extasiarnos en sus acordes, en sus frases aflamencadas, en sus cadencias flamencas, como una forma de seguir manteniendo vivo aquel espíritu que, entonces, pensamos venía para quedarse para siempre.

XVIII. LA MÚSICA MELÓDICA



Hay una música agradable, sin pretensiones, que alegra la existencia y no pretende otra cosa que esa. Esa música es respetable y no tiene nada que ver, para mí, con la que yo llamo “Los moscardones”, es decir, aquellos que, a sabiendas, nos machacan sin ninguna misericordia con productos despojados de cualquier valor musical, de ninguna intención estética. No busco aquiescencia, solo pretendo poner por escrito lo que pienso sobre este mundo variopinto y complejo de la música, en el que parece que cabe todo y, por eso mismo, todo anda revuelto y en el que poner orden parece una tarea imposible.



Y en ese mundo de la música digna está, en primer lugar, el más prolífico de los autores españoles, José Luis Perales. Hay quien lo considera más un compositor y menos un cantante; yo no. Para mí

es un excelente creador de melodías, que han marcado a varias generaciones de españoles. Su



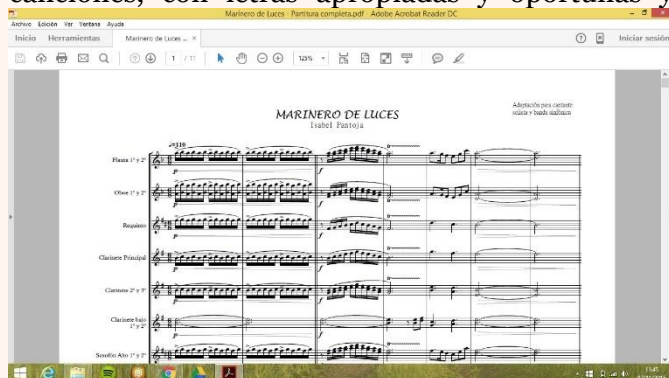
reinado se ha extendido durante varias épocas y, aún hoy, cuando sale en un programa de televisión, lo convierte, tan solo con su presencia, en récord de audiencia. Perales escribía para otros al principio, hasta que alguien lo convenció de que su voz podía defender perfectamente sus temas, incluso mejor de lo que lo hacían otros. Y así fue; sus temas se convertían en éxitos nada más salir y todos llevamos dentro alguna de sus canciones sin remedio. Yo tuve ocasión de trabajar muchas de ellas en mi condición de organizador de festivales y veladas en la Colonias Infantiles de Sabinillas y Las Delicias.



“El amor” era un yogur musical, que se metía rápidamente dentro de la piel y bastaba para invitarte a querer, a desea, a conquistar. “Un velero llamado libertad” te invitaba a

volar, a tejer tu propia historia, con palabras

sencillas y eficaces. A veces, parece que lo que se entiende no tiene profundidad, y no es verdad. “Por qué te vas”, en su voz o en la de Janette, era un canto a la pérdida, comprensible e inteligente. “Que canten los niños” fue un éxito populachero, perfectamente prescindible, o sea, una de esas canciones que fueron labrando la reputación de Perales como autor mediocre y anodino. Pero, hete aquí que, cuando muere Paquirri y la Pantoja se convierte en la viuda de España, José Luis le compone un disco completo colmado de grandes canciones, con letras apropiadas y oportunas y

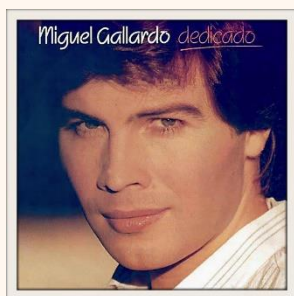


músicas ajustadas y elegantes. Se llamó “Marinero de luces”, fue un éxito extraordinario y a mí me pareció una obra maestra. Aparte de ese disco, “Te quiero”, “Me llamas”, “Y te vas” eran canciones bien trabajadas y redondas en su desarrollo. Recuerdo en otras voces, como por ejemplo las de Mocedades, “Y le llamaban loca”. Y muchísimas más. Ya sé que voy un poco a contragusto, pero José Luis Perales me ha parecido siempre que era un cantante y, sobre todo, un autor a reivindicar, que merecía la pena defender.

Pero quiero retrotraerme antes a la década en la que me quedé, cuando hablaba de solistas y grupos de los sesenta y setenta. Hablamos de la segunda mitad de los setenta en adelante. Yo estaba arrancando la de mis veinte, mi primer trabajo, mis primeras expectativas y mis primeras frustraciones. Así es la vida.



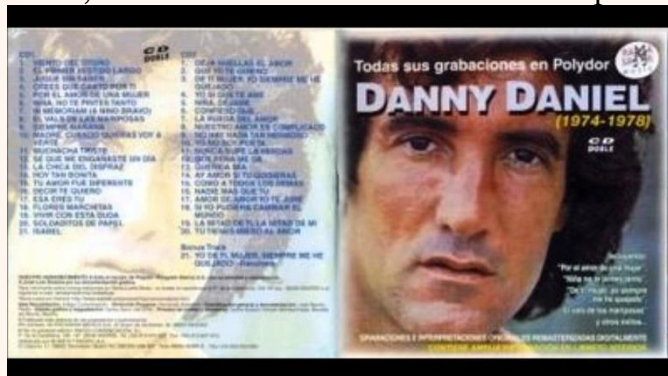
Allí reinaba Pablo Abaira, con “O tú o nada” o “Gavilán o paloma. Antes de él lo había hecho Basilio, con su “Cisne cuello blanco, cisne cuello negro”, “Mi limonero”, con su letra absolutamente absurda y su música contagiosa, “Oh, Señor” y “Te llevaré una rosa”, fueron algunos de sus éxitos populares. Yo canté alguna de ellas con mi grupo, el TES Dynamo.



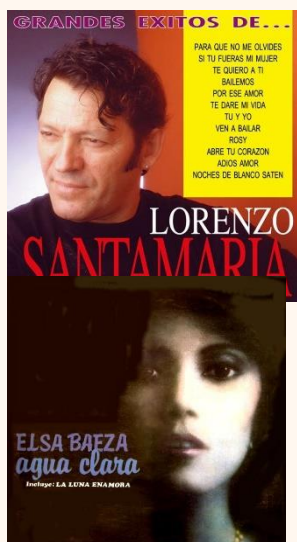
Miguel Gallardo era un tipo guapo y de buena voz; un seductor, que llegaba a las mujeres sobre todo, con temas como “Hoy tengo ganas de ti”, lleno de erotismo y sensualidad, u “Otro ocupa mi lugar”, recreadora de experiencias

propias y ajenas, que cualquiera podía entender y revivir.

No me puedo olvidar de Danny Daniel. Su primera canción popular fue “El vals de las mariposas”, una cosita inocente, inofensiva y sin ninguna enjundia, pero que llegó a mucha gente. “Niña, no te pintes



tanto” también tuvo su dosis de éxito. Pero a mí me gustaron más “Por el amor de una mujer”, un auténtico temazo o “Viento del otoño”, una de esas canciones que remueven la memoria sentimental más recóndita.



Lorenzo Santamaría y su “Para que no me olvides” era de audición obligatoria para todos los heridos de amor. Y también “Si tú fueras mi mujer”. ¡Éramos tan inocentes!

Elsa Baeza era una chica mona y pizpireta, que alcanzó todo su esplendor cantando el credo de la misa de Palacagüina. Creado e interpretado por Carlos Mejía Godoy, ella lo popularizó y lo convirtió en un hit parade.

Carlos Mejía Godoy, por su parte, también tuvo éxito con otras canciones menos religiosas, como “Clodomiro” o “Son tus perjúmenes mujer”. Con su puncho y su grupo “Los de Palacagüina” fueron muy seguidos en su tiempo.



Paloma San Basilio era una señora elegante y distinguida que, a veces, muchas, salía en televisión. Me agradaba su tema “Juntos” y la interpretación que hacía del tema central de la ópera “No llores por mí Argentina”. Un poco excesiva, solía mostrar demasiado sus dotes de voz sin que viniera a cuento.



Todo este magma melódico nacional lo habían inaugurado los grandes del pop que nos llegaban de allende nuestras fronteras y que aquí era replicado convenientemente. A mí, en general, el pop me ha parecido siempre bastante insustancial. Si, además, venían sus músicas envolviendo letras en inglés, que no comprendía y que, además, intuía que no merecía la pena entender, pues es fácil concluir que es un movimiento al que apenas he mostrado más atención, que la que me ha llegado de manera inconsciente por su invasiva presencia en todos los espacios públicos y privados, estos vía televisión y radio.



Así que sigo con los de aquí, que por los menos a estos les entendía y les entiendo los textos, siempre superficiales e intrascendentes, ligeros y triviales. Los de aquí y los de más allá del Atlántico, los que en América manejan la lengua española.

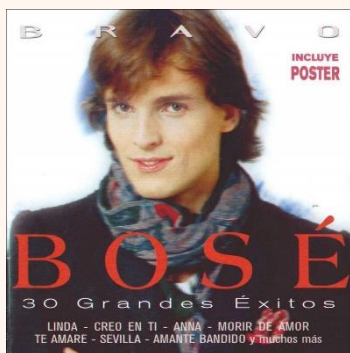
Como Roberto Carlos, que en los ochenta fue muy popular y se incorporó a la banda sonora de casi todos. “El progreso”, “Mi querido, mi viejo, mi amigo”, “La distancia”, estaban siempre en las ondas, televisivas y radiofónicas. Pero a mí la que me gustaba de verdad es “El gato que está triste y azul”; preciosa y un poco surrealista canción que, en nuestro grupo, cantábamos con gran seguimiento por parte de nuestra gente.

*El gato que está triste y azul
nunca se olvida que fuiste mía...*

Un buen día desapareció Roberto Carlos y ya nunca más hemos vuelto a saber de él.

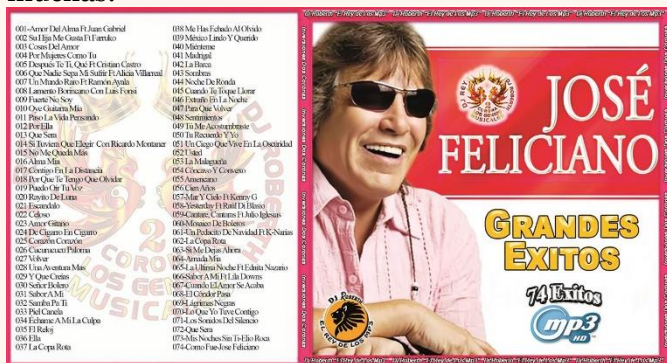


No quiero dejar de citar en este apartado de la música melódica esa maravilla de miel y ritmo caribeño de donde procede Roberto Carlos, que es la música brasileña. Mi querido amigo Paco Becerra no me lo perdonaría. Desde que escuché por primera vez “La chica de Ipanema” me cautivó para siempre. La samba y el bosa nova están cargados de matices elegantes y tiernos, dulces y sabrosos; invitan a bailar y a vivir, que no es poco. Caetano Veloso, Vinicius de Moraes, Toquinho y algunos otros más son de obligado seguimiento para cualquier melómano.



A mí, en los años ochenta me interesó la aparición de un cantante alto, delgado y bailarín, que traía en sus canciones un aire fresco y diferente, que pronto inundó todos los rincones. Era Miguel Bosé. No se aparecía a nadie

anterior y esa era su gran virtud. Esa y sus canciones, ligeras, optimistas y divertidas. Algunos títulos fueron recurrentes: “Linda”, “Don diablo”, “Te amaré” y “Amante bandido”, entre otras muchas.



Alguien que me interesó mucho durante un tiempo fue José Feliciano. “Qué será”, “Dos cruces” y “El jinete”, eran sus canciones más conocidas. Aunque mi preferida era “La balada del pianista”, un temazo en forma de balada, que anduve cantando durante muchos años.

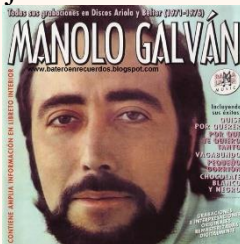


Dyango es uno de esos autores dignos, serios, respetables, a medio camino entre el pop y los cantautores, que siempre ha gozado de un prestigio alto y merecido. Con sus ingredientes de buen gusto, sencillez y trabajo ha construido una carrera dilatada en el tiempo, que reconozco como notable. Tal vez muchos fans suyos no sepan que Dyango es un excelente trompetista.

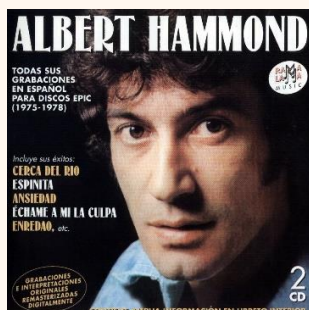


María Dolores Pradera también forma parte de mi banda sonora, con su imagen hierática y sus canciones sudamericanas. Una mujer elegante, pero que siempre fue mayor. Y Manolo

Galván, del que recuerdo “Deja de llorar” o “Te quise, te quiero y te querré”. Y Albert Hammond que, sin ser español, cantaba en nuestro idioma canciones tan estupendas como “Échame a mí la culpa”. Otro británico de pronunciación española curiosa era Mat Monroe;



“Todo pasará” o “No puedo quitar mis ojos de ti” se convertían en un galimatías en el que era una proeza descifrar algunas palabras.



A Ana Belén la incluyo en el capítulo de los cantautores, porque allí está su marido, Víctor Manuel y a su lado ha desarrollado casi toda su carrera. Recuerdo también a Pedro Vargas y su exitazo mundial, “El rey”. Esta canción debe ser una de las más cantadas del mundo en lengua castellana. En cuanto hay más de tres cervezas circulando en la sangre de los presentes, sale a relucir, incluso antes que “Asturias, patria querida” o “Clavelitos”.





Ya en tiempos más recientes, lleva mucho tiempo gozando de popularidad Sergio Dalma. Su canción “Bailar pegados” la he tenido yo que acompañar al piano en múltiples ocasiones, en festivales infantiles y juveniles. Su voz rasgada es su característica personal, que le ha aportado su propio estilo.



Malú es una andaluza, sobrina, nada menos, que de Paco de Lucía. Pellizco flamenco y elegancia al servicio de canciones, en general, anodinas.

Recuerdo una que no lo fue y con la que cobró un gran éxito, “Aprendiz”. Si se sabe que su autor es Alejandro Sanz se comprende lo anterior.

Un dúo que duró muy poco me dejó una canción de título surrealista, que era muy aparente; Era Ella baila sola y la canción, “Cuando los sapos bailen flamenco”.



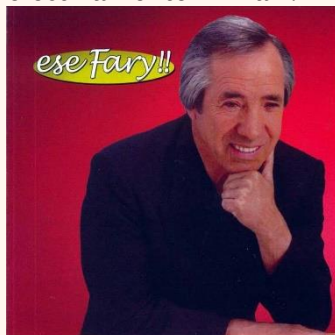
No quiero olvidarme de Chambao, ese grupo liderado por esa fuerza de la naturaleza que es La Mari. Tampoco de la Niña Pastori, garra gitana y transmisión rotunda. Ni de Diana Navarro, esa voz mágica e infinita, cargada de matices y flores de terciopelo.



Un apartado merece la que para mí es la mejor voz que ha dado la música femenina en España, creo que de todos los tiempos. Sí, es Pasión

Vega. Sus registros, su afinación, sus matices, su tesitura, su cara, su simpatía y su sencillez son una caricia, que hay que disfrutar en cualquier momento, y mejor, siempre.

Como no lo coloqué en el capítulo de la copla, lo hago aquí que, creo, está más adecuado a su verdadero valor. Cantante personalísimo, con su voz llena de vibratos rapidísimos, llegó a ser un fenómeno de culto para mucha juventud. Es, efectivamente El Fari.



*¡Ay, toro, torito,
ay, torito guapo,
que lleva botines
y no va descalzo!*

Quien se encontrara en su camino a semejante ejemplar bovino tendría serios problemas para recuperar su estabilidad mental.



A Celia Cruz y a Chavela Vargas las tengo en el mismo casillero de mi memoria sentimental. No sé por qué siempre las he asociado, casi como si fueran una misma persona, una misma cantante. Tal vez sea porque físicamente

tienen cierto aire parecido y por ser sudamericanas, quizá. Pero todos los parangones acaban ahí. Celia es cubana y la reina de la salsa y el son; Chavela se movía con gran dramatismo y personalidad en el

mundo de la ranchera mexicana. Nada que ver, pues. ¡Cosas que uno inventa sin querer!



No quiero acabar este capítulo sin hacer dos citas, que no tienen nada que ver entre sí, pero que no debo olvidar.



Una es para el grupo sueco ABBA, todo un fenómeno impresionante de popularidad. A mí lo que más me gustaba de ellos era la rubia y la morena, pero reconozco que hacían un pop muy

brillante y pegadizo. Sus canciones se contaban por éxitos y todos las recordamos con seguridad y las asociamos a aquel cuarteto.



La otra cita es para el gran representante de los crooners, como le llaman en América a los cantantes melódicos encargados de transmitir emociones y sentimientos varios. Hablar de Frank Sinatra, “La Voz” sin ningún tipo de exageración es alcanzar el máximo grado de perfección al que puede llegar una voz humana cantando canciones llamémoslas populares, para distinguirlas de las arias operísticas. Escuchar a Sinatra, antes y ahora es un ejercicio de humildad, porque te pone inmediatamente los pies en la tierra. “A mi manera”, “Extraños en la noche” o “New York, New York” son la mejor forma de elevarse a las alturas y, a la vez, aterrizar brutalmente en el suelo.

Admiro a Frank Sinatra, pese a que las superestrellas americanas siempre me han parecido productos de márketing, regalos envueltos en papel de celofán, industria más que arte, técnica más que

talento. Pero a él y a Dean Martin y a Paul Anka hay que dejarlos aparte. Los tengo en un pedestal. María Carey, Beyoncé, Jennifer López, Whitney Houston y similares me han interesado más bien poco, aunque seguro que llevo dentro algo de ellas.

XIX. LOS CANTAUTORES

Tal vez la música que mejor se acomoda a mi gusto sea la que procede del mundo de los cantautores. Ya he indicado varias veces que me interesa tanto las letras como las músicas.

En el rock o el pop no existe ese equilibrio y hay una clara asimetría en favor de la música, el ritmo y la melodía. Poco importa lo que se dice, pues siempre está al servicio de aquellos valores, que nada tienen que ver con la palabra. Hay mucha música grande ahí, pero los textos son subsidiarios, adjetivos y su valor es expresamente secundario. Lo mismo ocurre, en general, en la música clásica, si no entramos en demasiados matices. El blues y el jazz también están más centrados en lo musical, que en lo textual.



Así que, parece, que los únicos que ponen en parangón ambas dimensiones son los poetas, que fusionan los poemas con las músicas. Alguien los llamó cantautores y ahí se quedaron. Un apelativo con un cierto grado de desapego por parte de muchos, que los consideran músicos de un nivel inferior; con el agravante de que los sabios de la literatura los tachan de poetas menores. Así que ahí andan peleando por un estatus que muchas veces se les niega, aunque algunos de ellos han alcanzado un justo y reconocido prestigio, incluso internacional.

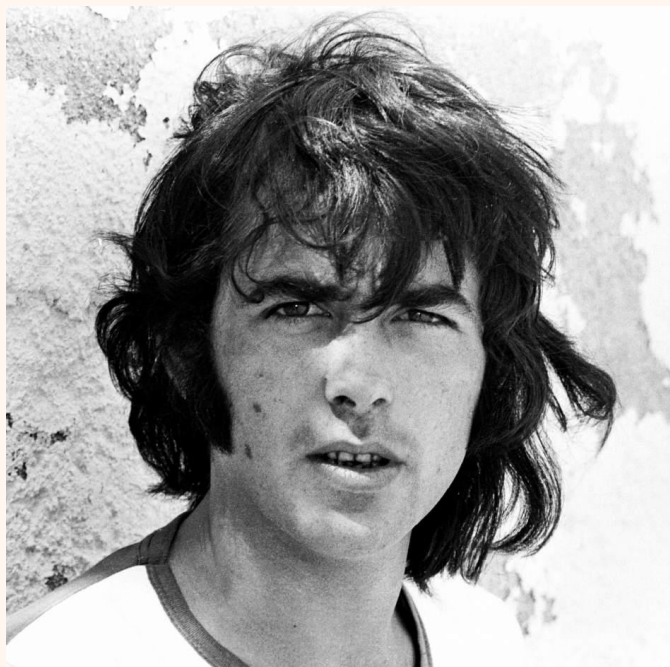


Mi primer cantautor, como dije cuando hablé de la radio, fue Víctor Manuel. Él me introdujo en este mundo de los poetas cantantes. “La romería” fue la culpable. Luego me subí en “El tren de madera” y conviví con “El cobarde” y con “El mendigo”. Me fumé un cigarro con “El abuelo Vitor” y me embelesé con



“Quiero abrazarte tanto”. Seguí a su lado durante las décadas en las que siguió componiendo y cantando obras maestras. “Ay, amor”, “Soy un corazón tendido al Sol”, estupenda metáfora desde el título, “Asturias”, esa maravilla y sobrecogedora obra maestra, “Solo pienso en ti”, el colmo de la ternura y la delicadeza, el triunfo del amor y... No es cuestión de relacionar aquí todas y cada una de sus canciones, la mayoría deslumbrantes, el resto, estupendas.

Y junto a él, su mujer, Ana Belén, esa voz de terciopelo, cargada de sensualidad.



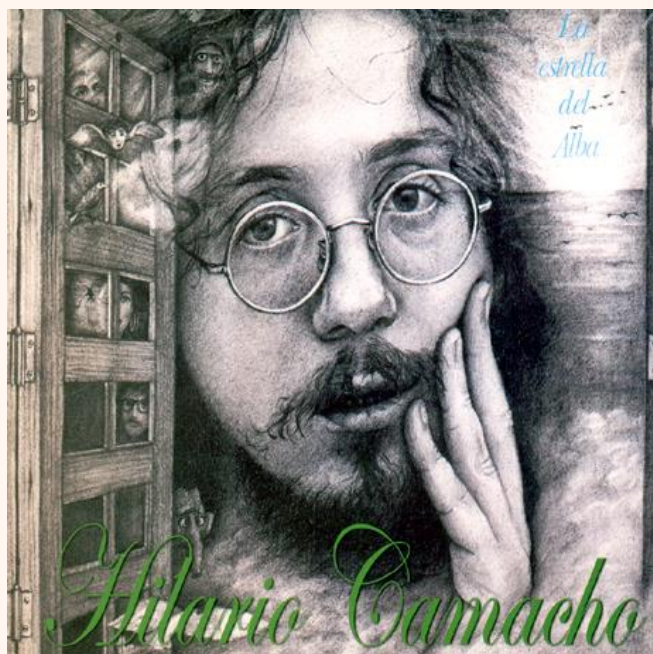
El siguiente cantautor en entrar en mi vida fue Joan Manuel Serrat. Y lo hizo por la puerta grande, como relato en el capítulo dedicado al “Disco blanco”, el primero que cayó en mis manos y el único que tuve durante algo más de dos meses. Lo conocí antes de los 20 años. A todos los demás los encontré más tarde. Bueno, más bien los fui buscando, porque quería indagar en aquel veneno que me habían inoculado Víctor y Juan Manuel.

¡Cuántas veces he navegado en mi “iBarquito de papel” por tu “Mediterráneo”, Juanito! ¡Cuántas veladas soñando a “Lucía”! ¡Cuántas tardes esperando a “Penélope”, sentado en la estación, viendo el discurrir azaroso de mis años!

¡Tantas visitas a tu “¡Pueblo blanco”, a tu “Casita blanca” visitando a “Irene” y “A ese pájaro dorado!” Contigo entendí que “Aquellas pequeñas cosas” eran mucho más valiosas que las cosas importantes de la gente importante, con las que tú tenías “Algo personal”. Ya ves que sigo viajando y recorriendo tu universo, ese con el que me has ayudado a mí y a millones de personas en todo el mundo, a base de enseñarnos que la vida tiene sentido si cada uno es capaz de dárselo. Por todo eso y mucho más, ¡gracias, amigo!

Ya andaba yo en mi década de los veinte años cuando encontré a Hilario Camacho. Su carrera no fue larga, porque su vida tampoco lo fue, pero dejó suficientes joyas esparcidas por el camino como para comprender que estábamos ante una voz privilegiada contándonos historias brillantes y tiernas.

“Los cuatro luceros” me alumbraron durante mucho tiempo y , tu “Cuerpo de ola” y “El agua en tus cabellos” me mostraron otra dimensión del amor. Y sigo disfrutando e intentando alzar el vuelo desde la primera vez que me enseñaste que “Volar es para pájaros”.



Por el tiempo en que me encontré con Hilario Camacho, apareció también en mi vida otro bohemio y canalla ciudadano, llamado Luis Eduardo Aute. Artista poliédrico, no tardó mucho en conquistarme su lirismo rasgado, su música suave y cadenciosa y su voz, insuficiente pero acogedora y eficaz. Ya conocía sus “Rosas en el mar” y su “Aleluya” en la voz de Massiel, pero fue ahora cuando descubrí la verdad de aquella España, sentado “Al alba”, cuando me di cuenta que no podía vivir “sin tu latido” y que “De alguna manera” ya no podría nunca más desengancharme de tus canciones.



También entendí que hubiera otras formas de amar cuando tuve que elegir entre “Una de dos” y que no hace falta más que olfatear la vida cotidiana, sus espinas y sus rosas, para construir una maravilla como “Pasaba por aquí. Y, por último, me mostraste que “Las cuatro y diez” es algo más, mucho más que una hora: sencillamente una obra maestra construida con palabras sencillas y música celestial.



Ya para entonces había conocido a Mari Trini, una heterodoxa para aquellos tiempos, que

pagó su libertad a precio de encontrar dificultades constantes en su camino. Pero a mí me enamoraron sus “Amores” y “Cuando me acaricias” me ayudaba a levantarme con flores en el pecho cada mañana.



Siempre se la suele asociar con otra cantautora estupenda de la época, que no pudo dejar más que un atisbo de su carrera y su talento, porque la carretera acabó con su vida cuando apenas tenía 27 años, esa edad maldita para los cantantes. “Un ramito de violetas” sigue estando en mi cancionero favorito. Y “Dama, dama”, y “Mi querida España” o “Amor de medianoche. Otra mujer incluyo aquí, ésta actual, Rosana, que me llega menos; su voz no es melodiosa y sus textos y músicas no se acercan a mi ideal. Pero es respetable, porque es auténtica.



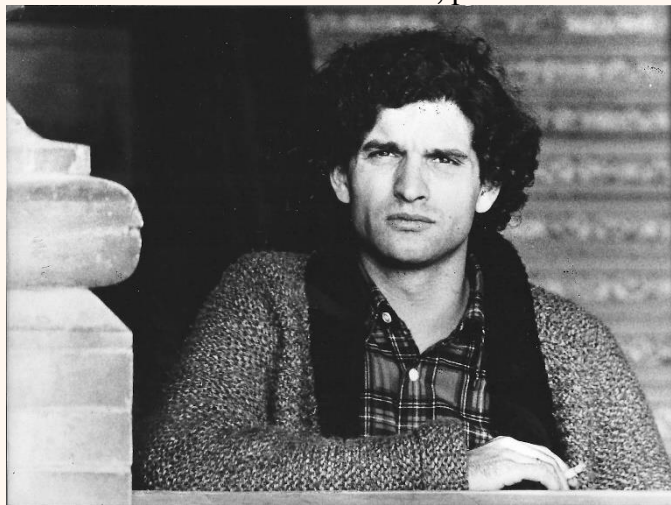
Un cantautor que desapareció pronto, al menos de la primera línea de la popularidad fue Joan Bautista Humet y que nos regaló un temazo clásico, que tuvo mucha

repercusión mediática. Se llamaba “Clara” y me sigue sonando por dentro.



A Manolo García lo seguí más cuando era el líder de El último de la fila. Luego, en su carrera en solitaria me han llegado sus temas más conocidos, pero nunca ha conseguido invadirme por completo. Tal vez sea su forma artificial de cantar o, quizá, sus textos, demasiado oníricos, pero no le quito ningún valor; soy yo el que no se ha esforzado lo suficiente por entenderlo. Algo parecido me ha pasado con Ismael Serrano, cantautor sobrio y comedido al que tampoco llegué a alcanzar nunca, pero es que yo corría poco; no creo que el problema estuviera en

sus canciones. Seguramente buenas, pero, quizá, transmitidas sin demasiado calor, para mí.



Carlos Cano fue un fenómeno singular, que los andaluces acogimos con entusiasmo, porque no habíamos tenido hasta su llegada ningún miembro en la rica familia cantautora nacional.

Él supo vincular la canción de autor a la copla andaluza; le quitó la caspa a ésta y aflamencó sus interpretaciones, dándoles un leve toque melancólico, que cuadraba muy bien con su imagen. Era muy fácil engancharse a su voz cálida y a todos nos ganó en aquellos primeros años de la Transición, de cuando proceden sus textos más reivindicativos, como “Salustiano” o “Verde y blanca”, auténtico himno subsidiario andaluz. “María la Portuguesa” me llegó de manera especial; así como sus coplas, sin bata de cola ni actuaciones melodramáticas. Hizo mucho, Carlos, por este género, que acercó a mucha gente, que habían huido

de él por sus connotaciones ideológicas y por considerarlo antiguo y trasnochado. Tuvo un estilo, lo defendió y alcanzó el éxito manteniendo sus valores. Algo que no logró José Manuel Soto, que apuntaba alto con “Por ella”, pero que quedó para cantar en las fiestas cortijeras de los señoritos sevillanos.



Alguien legendario, incluso cuando no era tan conocido, fue Raimon. Su voz particular, sin grandes facultades, pero muy apropiada para los textos que cantaba, le ayudó a forjarse su propio estilo. Eso y su fama de luchador contra la dictadura, creando temas comprometidos y siendo bandera de la resistencia antifranquista. En los medios, por esos motivos, sonaba poco, así que nos llegó más bien en forma de mito, por lo que se decía de él, pero que no podíamos comprobar. No hay nada como prohibir algo, para que sea deseado por todos. “D’un temos, d’un pays” aún sigue poniéndome los pelos de punta; igual que “Al vent”. Pero la que sigo llevando muy cerca de los labios todavía es “Palabras para Julia”, tema al que puso músico con brillantez y adecuación un poema precioso de José Agustín Goytisolo”.



Raimon pertenecía a un grupo de cantantes, que solo cantaban en catalán; se dio en llamar la “Nova cançó y tuvieron un fuerte impacto en Cataluña; tanto, que trascendió fuera de sus fronteras y lograron llegarnos a todos aquellos que, sin ser catalanes, teníamos inquietudes políticas y musicales. En 1996, Serrat, sacó un disco doble soberbio con lo más granado de aquel movimiento, al que tituló “La banda sonora d’un temps, d’un país”.

Termino con los españoles, para recordar también a los extranjeros, en lengua castellana o en otras lenguas, a los que también tengo grabados en mi banda sonora.



Alejandro Sanz entra dentro del grupo de los cantautores, por ser él mismo autor de sus letras y de su música, pero trasciende a estos en cuanto su objetivo es más pop, más universal. Para mí, es un creador que, pese a sus continuos éxitos, nunca se ha acomodado y siempre ha buscado ir un paso más allá, experimentando y abriendo caminos imprevistos. No pretende este libro hacer historia ni valorar listas de éxitos, pero estoy seguro de que su enorme mercado lo habrá llevado ya a ser el cantante español que más discos ha vendido o que más canciones ha vendido, porque hoy las audiencias no las marcan los discos, sino las bajadas de las diferentes plataformas de internet u otros criterios que marca la red. Lo cierto es que yo también tengo la duda de “Y si fuera ella” y, como él y como tantos, tengo “El corazón partió” y, algunas veces, pienso y hago locuras “Cuando nadie me ve”. Alejandro Sanz es un imprescindible de mi banda sentimental, aunque su obra más comercial no está en ella.



De Joaquín Sabina conozco, creo, todas sus canciones, sus poemas y sus libros. Tuvimos que trabajarlos cuando le dedicamos un homenaje desde el grupo ENTREAMIGOS. Hay de todo, pero todo lleva su sello, inteligente, mordaz, irónico, brillante muchas veces, menos inspirado algunas. Y siempre, siempre, provocador, insurrecto, transgresor. Por eso me gusta tanto; por eso y por la calidad de la mayoría de sus letras y por esas músicas ajustadas a la inspiración de sus textos, que sus compañeros Antonio García de Diego y Pancho Varona saben aplicarles. A Joaquín y a mí “Nos sobran los motivos” para estar “Contigo” “19 días y 500 noches” “A la orilla de la chimenea” o “A la sombra de un león”, porque “Amor se llama el juego”, que los sufridos vivientes jugamos. Yo, a su lado vivo en la “Calle Melancolía, escuchando “Dieguitos y Mafaldas” “En el boulevard de los sueños rotos”, usando muchas veces “Mentiras piadosas”, “Ahora que” “Nos sobran los motivos” para desear que todas las noches sean “Noches de boda”.

Citaré ahora algunos nombres que, para mí, entran más en el terreno del pop, pero como ellos mismos se autodenominan cantautores, pues aquí los incluyo. Son Pablo Alborán, al que le adivino valores, que todavía no he logrado encontrar adecuadamente; Manuel Carrasco, del que supongo andan más enamoradas las féminas por su cara, que por sus canciones, y Melendi, un personaje curioso que no canta nada, pero que le pone música a sus textos, también curiosos, y que tiene muchos seguidores, supongo que sordos.



Mención aparte merecen Luz Casal, que a su imagen superficial de colgada impone desde dentro una fuerte personalidad y unas canciones originales y absolutamente personales; y Vanessa Martín, una malagueña con fondo y talento que está construyendo una carrera notable a base de poner buenas melodías a letras inteligentes e inspiradas.



Y seguro que en esta línea de gente que anda en la frontera entre la música de autor y la canción estrictamente pop, me dejo a muchos en el camino, pero como supongo que no están en mi banda sonora, no han sido reclamados por mi memoria para aparecer y ser fijados en estas páginas.

Recuerdo que este libro no quería hacer un recorrido sistemático ni científico por las distintas corrientes ni por los diferentes artistas de cada una de ellas. Y aunque lamentaré que alguien pueda sentirse decepcionado porque su cantante no aparece por aquí, seguro que sabrá entender que en cuestión de gustos no debe haber disputa.

Me marchó lejos, en el tiempo y en el espacio. Justo al principio, allí donde a un tal Bob Dylan se le ocurrió un día coger una guitarra y una armónica y llenar el espacio de melodías contagiosas y de palabras, que eran como flechas apuntando siempre al corazón



Contaba además con el vehículo ideal, ese con el que no han podido contar los espléndidos cantautores españoles, un idioma poderoso, universal, influyente, avasallador. Entre su talento y su idioma consiguió conquistar el mundo... y hasta el Premio Nobel. “Like a Rolling Stone, que no es ningún homenaje ni tiene nada que ver con el mítico grupo, es, como todos los temas clásicos, un filón que abre nuevos caminos y que lleva dentro muchas posibilidades a desarrollar de una riqueza extraordinaria. Sus letras nunca fueron acomodaticias ni pretendían satisfacer a nadie, ni poderoso ni popular, que no fuera su propia conciencia, su propia voluntad de sentir y hacer sentir a los demás.

Me viene a la memoria una mujer, que también nació en EEUU y estuvo muy vinculada a Bob Dylan, Joan Báez. Su estilo folk y su voluntad reivindicativa la convirtieron en símbolo de la canción protesta en

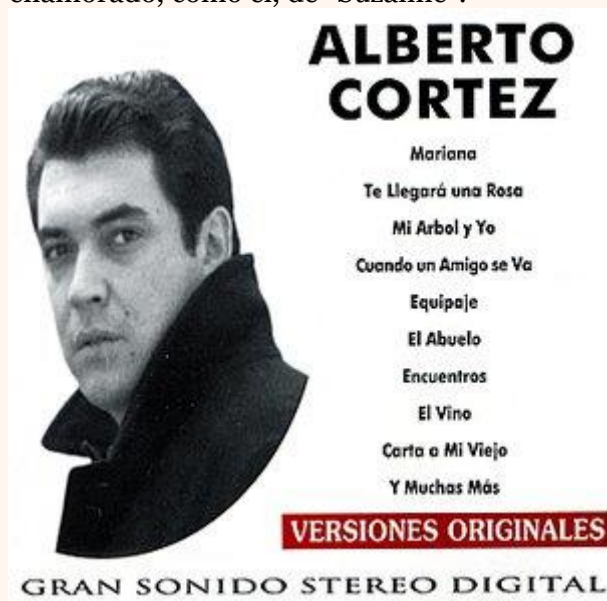


todo el mundo. Su lucha frete a la intervención norteamericana en Vietnam y su activismo a favor de los negros o de la lucha de las mujeres, me parecen sencillamente entrañables. Si a eso le unes una voz poderosa y un estilo personal, pues se entenderá que la acoja entre los habitantes de mi banda sonora.



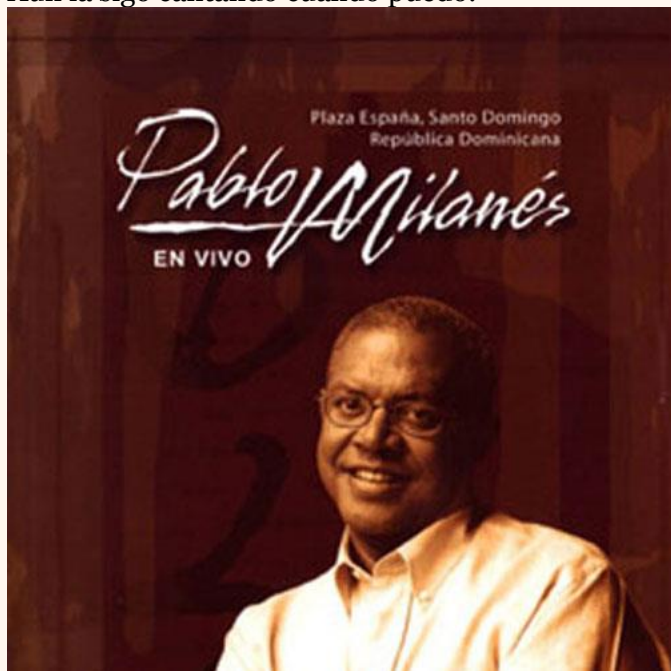
Otro americano, pero esta vez de Canadá, que me alcanzó desde muy pronto fue y es Leonar

Cohen. Su voz cavernosa, acogedora, de una gravedad de terciopelo, suele envolver unos textos serios, que recogen las inquietudes de su autor en todos los temas que de verdad importan en la vida. Un poeta, pues, de altura, que sabe arropar sus textos con músicas eficaces y, muchas veces, radiantes. Imposible no estar perdidamente enamorado, como él, de “Suzanne”.



Salimos de América del Norte para aterrizar en la del Sur. Allí, hace mucho tiempo, allá por los años sesenta, me encontró un buen día con “Las Palmeras” y “No soy de aquí”. Detrás estaba Alberto Cortez. La segunda canción la hizo él popular, pero era de Facundo Cabral. Cortés empezó a visitar España y se hizo aquí una enorme popularidad. “Cuando un amigo se va”, “A mis amigos”, muestran que era un hombre que le daba mucha importancia

a la amistad y muy entrañable. “A partir de mañana” la cantó cuando tenía cuarenta años. Yo se la escuché en Ronda. “Mi árbol y yo” ponía los pelos de punta, aunque mi preferida era “Castillos en el aire”:
*Quiso volar igual que las gaviotas,
libre en el aire y por el aire libre
y los demás dijeron, pobre idiota,
no sabe que volar es imposible...*
Aún la sigo cantando cuando puedo.



De aquellas tierras del Sur procede también, aunque lo conocí mucho más tarde, Pablo Milanés, ese gordo entrañable, enamorado y conquistador. Pero, cómo no lo va a ser si es capaz de cantar cosas como “El breve espacio en que no estás”; su final es demoledor:

La prefiero compartida

*antes que vaciar mi vida;
no es perfecta más se acerca
a lo que yo simplemente soñé.*

Sencillamente, como diría el pensador Jesulín de Ubrique, en dos palabras: “*im prezionante*”.

“Yolanda” o “Para vivir” son clásicos para mí y para muchos.



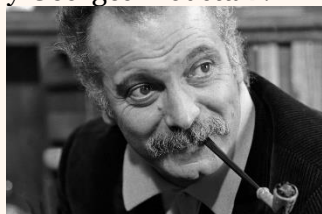
A Silvio Rodríguez lo he conocido bastante menos. Tal vez ha venido menos a España o ha estado menos promocionado por aquí, porque me consta por quienes hablan de él con sabiduría, que sus textos y su melodía son una delicia. Como es el caso de “Te doy una canción” y de la mayoría de las más de 500 canciones que ha compuesto a lo largo de más de cuatro décadas de carrera.

Más recientemente he conocido a dos cantautores argentinos más que interesantes. Se trata de Víctor Heredia, hombre comprometido y muy popular en argentina.



El otro es el más prolífico de los cantautores; incansable en su tarea de componer, tiene registrados más de 1200 títulos, que hablan de la vida cotidiana y de sus ídolos, como Maradona o Serrat.

Y no es posible cerrar este capítulo sin recordar puestos de pie a un francés y a dos asimilados de aquella tierra, que son inconmensurables: Georges Brassens, Jacques Brel y Georges Moustaki.



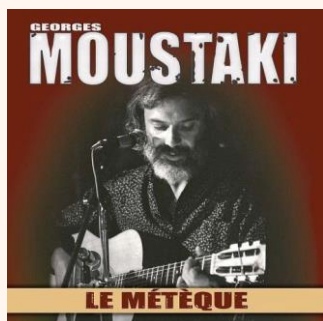
Georges Brassens tenía gran facilidad para las melodías sencillas y elegantes y las letras variadas y sabrosas. Yo lo conocí a través de paco Ibáñez y Chicho Sánchez

Ferlosio. No olvido, en especial, “La mala reputación”, muestra de un espíritu rebelde y



luchador frente a la hipocresía y lo convenido. Jacques Brel, aunque solo hubiera escrito “Ne me quitte pas” ya habría pasado a la historia como el autor, tal vez, de la canción de amor más hermosa de siempre.

Y Moustaki, aunque no es francés, siempre ha vivido en Francia y en su idioma ha desarrollado



buena parte de su obra, aunque era capaz de cantar en varios idiomas, entre ellos el español. “Le metèque” fue su mayor éxito y, aunque recuerdo algunos otras, con esa canción me quedo para siempre.

XX. LOS MOSCARDONES

Aunque parezca increíble, hay una categoría de música, que está aún por debajo de ese pop descaradamente comercial que, desde América nos invadió en su momento y que en España se copió de forma adecuada hasta convertir lo que debiera ser música en un producto desprendido de su pretendida condición de arte. La música sin altura, la música concebida tan solo para vender, compuesta siguiendo criterios estrictamente económicos, empeñada en construir “cosas” (no quiero llamarlas canciones), que respondan al peor gusto imaginable es algo que, para mí, cae fuera del campo de lo musical, pero como es tan invasiva y anda a diario intentando meterse en tu banda sonora, pues hay que, al menos, decir algo sobre ella y su pertinacia en permanecer a lo largo de los tiempos.



Lo peor de ese género ínfimo es que apela a los instintos musicales más bajos de la masa; escarba allí donde no es que no haya buen gusto, es que no hay gusto ninguno y eso hace que la autoexigencia sea mínima tirando a nula. Y así se

llega a construir melodías y ritmos que tan solo pretenden contentar a la mayor parte posible del público, con todo lo que eso supone.

Siguiendo estos criterios se creó en su tiempo la revista como emulación burda del teatro, o el género ínfimo como manifestación populachera de la zarzuela, que ya de por sí era una versión española popular de la ópera italiana. Son productos que embrutece y no humaniza, que tiran hacia abajo y no elevan. No me interesa esta música, pero está ahí. Veamos por dónde anda y también cómo intento que no me afecte demasiado y cómo, llegado el caso, intento sacarla de mi vida.

El prototipo básico de estos subproductos es la canción del verano, que en estos últimos tiempos suele alargarse más, porque hay mucho inconsciente que introduce las melodías en sus móviles y las llevan incorporadas en todas las estaciones y porque la industria estira la vigencia todo lo que puede mientras haya ganancias.



Escribo estas páginas en el otoño del año 2017, cuando aún resuenan por todas partes los ecos de ese engendro lamentable, que se llama

“Despacito” y que nos ha tenido alienados los últimos meses. La de dinero que moverá una cosa como ésta debe ser descomunal, porque no se entiende que se promocione una obra así y que se pongan todos los medios para convertirla en un fenómeno de masas. Esta canción es pegajosa, pero no más que otras muchas, así que debe haber algo más, y ese plus se llama inversión.

Antiguamente, la canción del verano era algo más inocente. Había especialistas, concepto que incluía a cantantes, compositores y demás personal técnico, que se postulaban para convertirse en los reyes del verano y era el público el que terminaba dirimiendo la pugna y se decantaba por una u otra canción. Hoy no ocurre eso; ahora la industria ya tiene pensado lo que va a hacer y pone todos los medios necesarios para convertir esa cosa en una mina de oro.

La música está asociada a las emociones y como éstas son susceptibles de educación, de formación y la mayoría de las criaturas no han podido educar esos recintos recónditos del alma, pues la industria aprovecha y se lanza de manera feroz hacia esos rincones donde habitan los más bajos instintos y hasta donde nunca ha llegado la menor delicadeza. Pensando en eso se montan estos tinglados, que no son más que un succulento negocio.

Tal detalle lleva al despropósito insufrible de ver cómo si se hace una encuesta y se solicita a la gente que vote en favor de cualquier canción de verano, póngase por ejemplo “Despacito” y otra de un grupo de calidad, pongamos “Money”, de Pink Floyd, con seguridad el porcentaje a favor de la

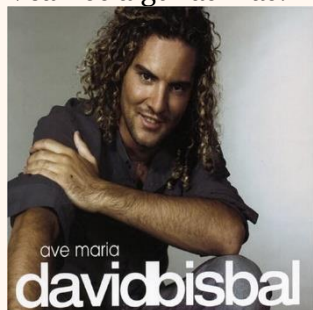
primera será del 90%. Por eso prolifera este negocio. Los compositores y los productores de estas canciones no son tontos y saben hacia dónde hay que apuntar para dar en la diana.



En los años 80 y 90 había un especialista con el que casi nadie competía, porque casi cada año se hacía con la frágil gloria de cantar la canción del verano de turno. Georgie Dann era su nombre y en la cabeza de cualquiera, incluso de los que detestan sus canciones, se rememoran éstas con gran facilidad. Tal era el impacto de estos grandes éxitos. ¿Quién no recuerda el “Casatschock”? ¿Y el “Bimbó”? Madre mía, icómo reaparecen en cuanto se les nombra! Hay que apretarse el cinturón, que vienen curvas: “Carnaval, carnaval!”, “El africano”, “El chiringuito”, “El negro no puede”, “La barbacoa”... Llego extenuado a este punto y por eso me detengo.

Y ahora uno se pone fino y dice que estas canciones no forman parte de su banda sonora; pero eso no es así. Y no lo es porque no puede serlo. Están ahí, no hay manera de extirparlas. A base de huir de ellas, se fue uno refugiando en otras cosas, como la única manera de no prestarles atención. Pero nada, tú no las quieres, pero ellas te adoran. El amor es así: el amante se pone más terco en la misma medida y proporción en que es despreciado. Por eso las traigo aquí, para compensarlas en cierta manera de mi desafecto cuando me perseguían y me persiguen.

Veamos algunas más:



El “Ave María”, de Bisbal (él mismo es otro subproducto), con ese absurdo pareado:

Ave María,

pronto serás mía...

¿Con quién hablaba este muchacho?

“Bomba”, de King África,

“Macarena”, de Los del

Río, una de las canciones, si no la que más,

escuchada fuera de España. “Sólo se vive una

vez”, de Azúcar moreno.

“Aserejé”, de las

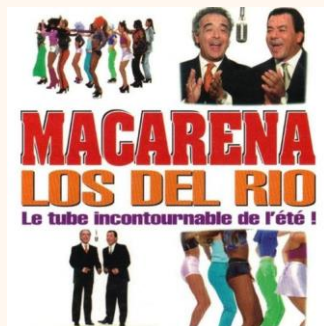
Ketchup, que vendió más

de siete millones de

copias, con aquel

galimatías intraducible.

Tal vez por eso llega a



tantos lugares, porque su idioma era un balbuceo incomprensible.

Y aquí me detengo, porque rememorándolas se me han ido instalando en la cabeza, y como una de las características de estas canciones es que no hay quien se desprenda de ellas una vez que se te han pegado en ella, ahora mismo tengo diez o doce pugnando por conquistar el espacio preferente y me están volviendo loco. El negro persiguiendo a Macarena, mientras hacen la barbacoa en el chiringuito. ¡Qué lío! ¡Voy por una cerveza! Que siempre es mejor que un ibuprofeno.



Con la resaca de las pérfidas canciones veraniegas, me adentro en otro subproducto: la factoría de Operación Triunfo. Lo llamo así porque todos los cantantes, masculinos y femeninos, que de allí salen, parecen clonados. Una fábrica en la que está ausente la creatividad y los individuos que allí entran, ansiosos de alcanzar un éxito fácil y un

nombre, se dejan en la puerta su propia personalidad y se ponen en manos de quienes los convertirán en cantantes sin alma y sin capacidad para transmitir nada de nada.

De ahí salieron David Bisbal y su tocayo David Bustamante. Tanto monta. Clonados para reproducir canciones insignificantes para satisfacer a oídos sordos al buen gusto. De allí salieron Chenoa, Gisela o Manu Tenorio, y tantos y tantos cortados por el mismo patrón. También Rosa, esa gran voz aplicada a la nada. En fin, este tipo de música divierte a millones de personas, aunque no sea música.



Habría para un libro entero nada más que citando nombres de estos moscardones, que ni cantan, ni

componen, pero hacen bostezar. Pongamos algunos ejemplos.



Paulina Rubio es una apelación permanente al bajo vientre, a los más chabacano. La pongo a ella por mona y queda mejor en la fotografía, pero de su estilo las hay y los hay aún peores.

¿Qué os parece colocar en esta lista a Enrique Iglesias? Un fenómeno de masas, que vive de esto y muy bien y, sin embargo...



Justin Bieber, Miley Cyrus, Selena Gómez, Alma María, Britney Spears... y cientos y cientos más; para qué seguir. Música ex profeso para aturdir, para vender y para anestesiar el pensamiento.

¿Y Bertín Osborne, ese ejemplar andaluz, de alcurnia jerezana y porte británico? Tiene planta el tío y con eso le basta para aparecer



cantando, con su orquesta detrás y todo. Un despropósito, pero algo asumido con naturalidad. ¿Y Amaia Montero? ¿Qué le ven sus seguidores"? Hay en Ronda, sin exagerar, cincuenta chicas que cantan mejor que ella y no las conoce casi nadie.

O Rosario Flores o Lolita o Carmen Sevilla o la madre de aquella, Lola. Estoy mezclando épocas, porque da lo mismo, todos y todas están en el mismo saco. Hasta que aprendan. Ricky Martin, Chayanne... Si este libro cae en manos de los fans respectivos se llevarán un disgusto. Sin ánimo de molestar, es lo último que yo pretendo siempre, creo que es mi obligación deslindar fronteras y trazar caminos que lleven al algún sitio donde reine la música de verdad.



No me puedo olvidar de esos moscardones supremos, que son los DJ. Algunos se limitan a pinchar música, al estilo de los disc-jockey tradicionales; otros se atreven a lo que ellos llaman componer, es decir, modificar bajos y baterías de determinadas canciones para hacerlas más bailables. Y todo ello jugando mucho con la ecualización para producir efectos que muevan a la gente. En definitiva, creo que hay que catalogarlos en el terreno de los showman, de los animadores y no de los músicos. Pero algunos se están haciendo de oro con esa manía de tanta gente joven de acudir en manada a esos macro conciertos en busca de identificación con los iguales, supongo. Para oír música deberían ir a otro sitio.



recordados los famosos

Tampoco merecen ser



que se meten a cantantes. El grado de desvergüenza máximo lo alcanzó Jesulín de Ubrique y su “Toda, toda, toda”. Pero ha habido muchos que han pretendido entrar en el mundo de la canción sin ni siquiera saber entonar. Piénsese por ejemplo en el ya citado DJ, Paquirrín”, ese personaje vividor e increíblemente aceptado por una buena parte de las criaturas con oídos.



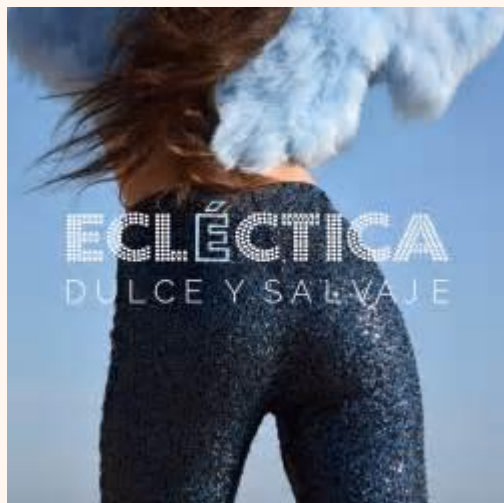
También son moscardones todos esos seres lamentables que no se limitan a escuchar el ruido que les pone a cien, sino que nos hacen partícipes a los viandantes de su pésimo gusto, dándole a tope al volumen del equipo de música de su coche. Todos tenemos la desagradable experiencia de ser invadidos por un instante por el sonido ensordecedor, que desprenden. Menos mal que de la misma manera que aprecian la mala música, también gustan de la velocidad, por lo que se reduce el tiempo de exposición de nuestro cerebro a sus estresantes estrépitos.

Creo que es suficiente. Ya se puede deducir con estos indicios por dónde van mis disgustos musicales. Si le exijo a una canción que tenga algo en la letra y en la música, no puedo disfrutar con estas cosas que cantan todos estos personajes, porque no hay en ellas ni una cosa ni la otra. Solo puedo entender todo este tinglado si pensamos que la música es un eslabón más de la industria mastodóntica del ocio. Y que la mayor parte de estas canciones, que dominan el mercado no están hechas para ser degustadas como música, sino como motivos para bailar, distraerse, olvidar y sobrevivir.

Así que como queda dicho, en mi banda sonora y en la tuya, seguro, se fueron colando moscardones que, con su ruidoso, molesto y lamentable ulular, fueron creando un fastidioso ruido de fondo en la película que uno ha ido protagonizando a lo largo de los años. Todos hemos tenido y tenemos nuestros moscardones molestando el dulce trinar de los ruiseñores.

Supongo que cada uno tendrá su antídoto contra ellos; el mío no es otro que la indiferencia y tener muy claro para qué sirve este tipo de productos y desligarlos de la grandeza que debe presidir cualquier creación musical, que se haga con vocación de que sea una realidad artística.

XXI. LO QUE VINO DESPUÉS



Hasta aquí he conseguido recordar, con mejor o peor memoria, a esos seres mágicos que llenaron mi vida de música a lo largo de mis tres primeras décadas, justo cuando uno es más sensible a las influencias y a formarse un gusto más o menos decente. Pero la música siguió en los años noventa y a lo largo de este siglo XXI. En este capítulo, mezclando géneros y estilos, idiomas y nacionalidades, quiero destacar aquello que mi memoria me dice que aún sigue vivo dentro de mí.

Me gusta esa música fronteriza, ecléctica, por lo que tiene de capacidad para aunar la diversidad. Por ahí anda “Police”, con su gran líder Sting, fusionando rock, reaggae y jazz, nada menos.

THE POLICE



Fueron unos grandes renovadores del rock y a mí también me remozaron por dentro.

U2 y su líder Bono es historia viva de la música de los últimos cuarenta años. Ha navegado desde el rock

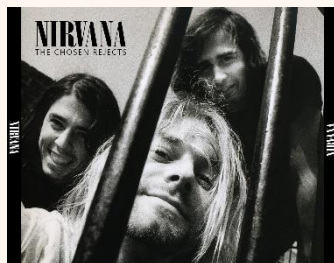
hasta el pop, pasando por el punk. Irlandeses geniales, que acarician el cuerpo y el alma con esa maravillosa facilidad para abrir caminos y recorrerlos como si fuera lo más fácil del mundo. Ya me gustaría cantar sus canciones, pero...



Menos he sintonizado con ese afán de las bandas de los 90 por hacer predominar la tecnología; lo veo como una forma de deshumanizar una de las

cosas más humanas que tiene el universo: la música. Es el caso de Oasis o Nirvana, con el gran Kurt Cobain al frente. Y ya en el nuevo milenio me suenan bandas como The Strokes, The White Stripes o The Killers.

Nunca le he hecho ascos al rock más duro, al estilo de AC/DC. De hecho, lo prefiero a la música pop blandita, de melodías facilones y letras insignificantes. El sonido enérgico y crudo de esta banda y similares



pone a hervir la sangre y esa no es mala cosa cuando el cuerpo está un poco aplatanado.



En España, que es el territorio donde yo muevo mis querencias, Burning, Tequila o Leño han representado la citada tendencia ecléctica y el rock más duro. Como dedicaré todo un capítulo al rock andaluz, no haré más que citar ahora al grupo de rock más querido y tal vez importante que ha dado este país: Triana.



Para cambiar de tercio en este apartado del rock, lo hago con uno de mis rockeros preferidos, Silvio. Fernández Melgarejo. Silvio, de la Roda de Andalucía, de ahí al lado podríamos decir. Admirado, no solo por sus seguidores, sino también, lo que demuestra su categoría, por sus compañeros de profesión. Es el caso del mismo Miguel Ríos, de Luz Casal o de Enrique Bunbury, tres grandes. O de

Santiago Auserón, Raimundo Amador o Joaquín Sabina, no menos grandes. O de los sabios expertos musicales Diego Manrique, Carlos Tena o Ángel Casas. Pasó por Smash, un grupo pionero del rock psicodélico, como bajo y batería (ahora se les llama bajista y baterista, algo que me parece horrible) para luego formar su propia banda. Su carácter alegre, despreocupado “viva la virgen”, diríamos por aquí, le impidió alcanzar más gloria popular de la que tuvo, pero eso a él nunca le importó demasiado. Su biografía está llena de anécdotas divertidas y estrafalarias, propias de un personaje realmente singular. Creo que Silvio merecía todo este párrafo, porque para eso lo tengo en mi santoral.



Phil Collins es uno de los tres artistas pop, junto a Paul McCartney y Michael Jackson, que han vendido más de 100 millones de discos. Pasó por génesis, donde coincidió con Peter Gabriel, otro genio de esto, para luego establecerse en solitario. Pero dejémonos de datos y vamos a lo que importa, que es mi (nuestra) banda sonora. Si haces un experimento sencillo, como es el de poner a reproducir aleatoriamente su obra completa, comprobarás que unos detrás de otro se van sucediendo sin solución de continuidad éxitos rotundos y mundiales. Es alucinante la capacidad de este hombre para escribir grandes canciones sin que parezca despeinarse.

Haced la prueba con esas maravillas, como son las plataformas musicales tipo Google play y Spotify. No cuestan nada en su versión premium

comparado con lo que dan y con lo que valían antes los discos. Las recomiendo, porque ahí puedes escuchar desde canto gregoriano hasta Joe Cocker, pasando por el Requiem de Mozart.

1



Todo, sencillamente todo está ahí, como algo que resulta increíble de entender.

Del citado Joe Cocker tengo que decir que me deslumbran sus canciones y si haces el mismo experimento que el realizado con Phil Collins, te pasa exactamente lo mismo. Me encanta su voz rasgada y su facilidad para mezclar estilos realizando síntesis perfectas. Se le nota la influencia de Ray Charles, lo cual aún hace que me guste aún más.

Sigo con el rock, pero para cerrar con uno de sus máximos exponentes, que en la actualidad sigue cosechando éxitos. Hablo de Bruce Springsteen. Me consta que es un hombre comprometido, que incluye en sus textos sus preocupaciones económicas, sociales y políticas como una forma de



convertir la música no solo en una herramienta de esparcimiento, sino también de cambio. Aunque es el más rockero de los citados anteriormente, no le hace ascos a incursionar en otros ámbitos, como por ejemplo el folk.



Dentro de este capítulo de lo que vino después, es decir más allá de mi juventud, incluyo aquí a los artistas que más me han llegado desde el campo del Soul y el R/B, sin que sean mis géneros favoritos ni mucho menos. Aquí encuentro a una estrella como Aretha Franklin, considerada precisamente la reina de este género. También brilló en el góspel, esa música religiosa, que suena tan bien. Para muchos es la mejor cantante de la historia. Yo no suelo entrar en eso, porque no suelo medir el arte como el que pesa

patatas. Es difícil establecer comparaciones tan tajantes cuando se trata de los grandes.



Aquí me encuentro también con Whitney Houston, que parece ser la cantante más galardonada de la historia. ¡Va de récords! Su influencia ha llegado hasta los más jóvenes,

como Christina Aguilera, Céline Dion, Jessica Simpson, Alicia Keys, Nick Carter, Britney Spears o Nelly Furtado, pero éstas ya me interesan bastante menos.

Ya que ando mezclando géneros, vamos con el jazz. Yo, como la mayoría de los españoles, me incorporé tarde a esa maravilla musical, que es el reino de la improvisación trabajada. Muchos piensan que, por esa espontaneidad de la que hace gala, el jazz es un género fácil de interpretar, caótico. Nada más lejos de la realidad; hace falta llevar dentro mucho ritmo, mucho oído, mucho talento y mucho swing para ser capaz de hacer algo decente en este universo, cromáticamente rico en matices y contornos.



Pero, muchos me preguntan, ¿qué es eso del swing, si es que es algo o nada más que un invento? Pues sí que lo es. Al menos es dos cosas diferentes. Por una parte, es un estilo dentro del jazz, más orquestal e influenciado por la música europea, muy apropiado para formaciones más amplias de lo normal, como es el caso de las big bands. Pero a eso no se refieren los que preguntan, sino a ese concepto etéreo e indefinible al que se refieren los entendidos cuando dicen “esto tiene mucho o poco swing”, dejándonos a los profanos un tanto perplejos.

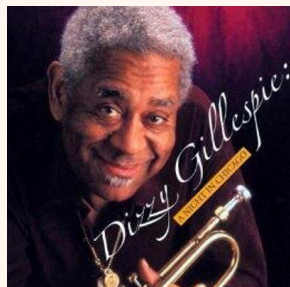


Ríos de tinta se han derramado intentando definir lo indefinible. ¿Qué es “tocar con swing”, es decir, tocar como se debe? Pues es algo relacionado con el fraseo y consiste, más o menos, en una

desviación sutil del pulso regular y comprende tres conceptos: la subdivisión, la acentuación y la articulación. Dicho más técnicamente sería algo así como alterar las proporciones entre el “tiempo fuerte” y el “contratiempo”. El músico produce deliberadamente un desplazamiento del tiempo, de manera que tiende a prolongar la duración del tiempo fuerte y a reducir el contratiempo. Algo muy difícil de reflejar en nuestro tradicional sistema de notación. Pero hay más formas de acercarse a una definición. Incluso cuando los sabes captar te costaría un trabajo increíble precisarlo.

Un lío, como veis; mejor disfrutarlo que definirlo. Si se escucha mucho jazz se termina por encontrar de vez en cuando a ese duende misterioso y escurridizo, que se esconde detrás de las notas. Así que, ¡a escuchar jazz y a intentar descubrir el swing!

Al que me incorporé tarde, porque hasta aquí no llegaba apenas lo que se fabricaba y escuchaba fuera y este género era cosa que sonaba en las películas antiguas en blanco y negro y poco más, como no fuera la excursión de algunos grupos norteamericanos a determinados colegios mayores universitarios o a clubs de iniciados en la materia.



Así que, ya mayorcito, buscando y rebuscando me encontré, nada menos que con Dizzy Gillespie, ese genial trompetista, cantante y compositor, incansable experimentador, siempre

buscando nuevos caminos y fusiones con otros géneros.

También hallé a Duke Ellington, ese pianista que fundó la orquesta más impresionante de la historia del jazz; a Billie Holliday, que hasta el mismísimo Frank Sinatra la consideró su mayor influencia. También a sus compañeras Sarah



Vaughan y Ella Fitzgerald; las tres forman con seguridad el trío de voces más importante del jazz. ¡Qué decir de Miles Davis, John Coltrane, Charlye Parker y, el mítico, Louis

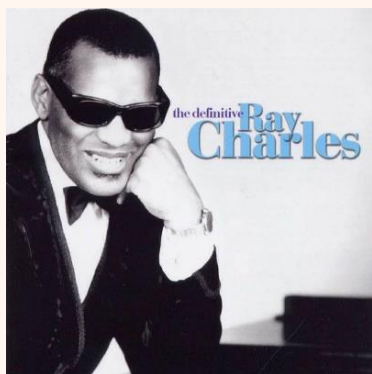
Armstrong, del que ya he hablado en un capítulo anterior? Jazz estratosférico, si vale la expresión para esta música sublime y celestial.

Entramos con todo el respeto en el terreno del SOUL, ese género musical que, como otros muchos, nació en Estado Unidos, a base de combinar elementos de otros estilos precedentes, para engendra ritmos pegadizos y las típicas



llamadas y respuestas entre el solista y el coro. Pero yo creo que lo más rico se produce en sus desarrollos posteriores, en los que cabe encontrar

las figuras más grandiosas.



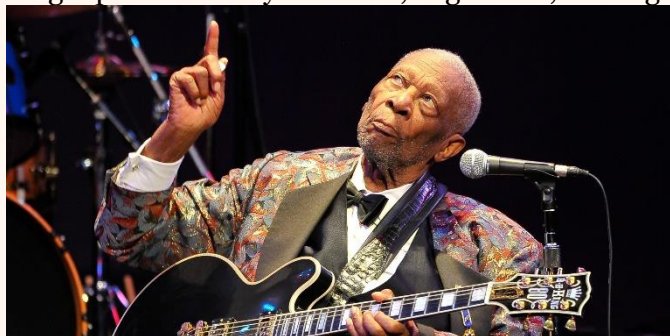
Como Ray Charles, al que también se podría incluir en el jazz o en el R&B, pues tal es la riqueza de su música. O como la ya citada en otro capítulo, Roberta Flack. Ahí entra Adele, por ejemplo, o Donna

Summer. En fin, tantas y tantas estrellas, que es difícil decantarse y solo cabe escucharlas si uno no se pone muy exigencia, pues éste es un género que no me llama demasiado la atención.



¿Y el blues? Significa melancolía, tristeza; utiliza un patrón repetitivo, al estilo formal del jazz y sus cadencias se avienen perfectamente a su significado. En el blues no se cuentan historias, sino que se expresan sentimientos, casi siempre dolorosos y relativos al amor. Mucha llamada,

mucha respuesta, mucha guitarra. Me gusta el blues, es elegante, se dirige a la sensibilidad y a la delicadeza, antes que a los instintos más decadentes. Y como no podía ser de otra forma, tengo que citar al rey del blues, al genial B. B. King.

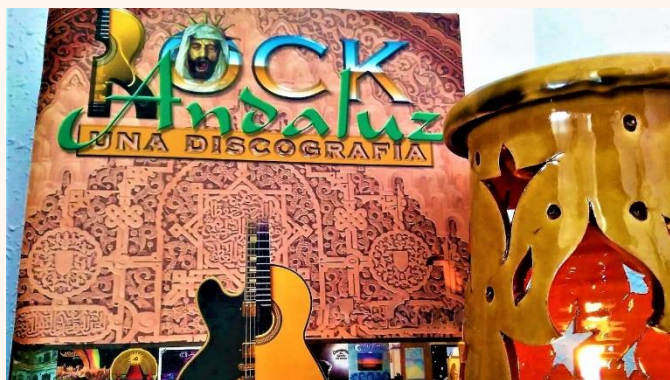


Pero, en definitiva, más que los nombres a mí me interesa el estilo, sus cadencias, sus solos de guitarra, sus fraseos, sus síncopas y contratiempos, su alma melancólica y distinguida. Pero, ¿quién puede olvidar a Eric Clapton, a Frank Zappa o a John Mayall? Son palabras mayores. Un lujo para el oído; un placer para el espíritu.



No tengo preferencia por ningún artista del blues hispano; oigo este estilo sin fijarme demasiado en quién lo hace, sobre todo, por el tema de las letras, que tendría que traducirlas y eso es poco operativo. Seguro que hay buenos grupos; sí sé que me gusta lo que oigo en mi ciudad y que no pierdo ocasión de asistir a conciertos y reuniones en directo, porque nunca me olvido de que la mejor música es aquella que se hace en directo, de manera presencial, que es cuando de verdad se produce esa comunión que tiene que haber entre el músico y el oyente para que la música sea disfrutada de manera absoluta. Si hay un nivel de ejecución razonablemente aceptable prefiero siempre esa música que ocurre en el momento, viva, directa, arriesgada, palpitante, a la mejor grabación de estudio. Y, por supuesto, detesto cualquier formato que simule una actuación, ya sea solo de música o el colmo de la desvergüenza como es el play back completo incluyendo la voz. Un artista moviendo la boca simulando que canta sin hacerlo deja de ser inmediatamente un artista.

XXII. EL ROCK ANDALUZ



Tal vez sea porque esta es mi tierra y aquí nació, pero lo cierto es que a mí aquel fenómeno del rock andaluz fue, de todos los subgéneros del rock, el que más me ha interesado. Ya he comentado que me interesa y disfruto mucho con el rock progresivo, pero éste que surgió en mi tierra andaluza me dijo cosas especiales, porque me hablaba directamente al corazón, allí donde habitan las cosas comunes, seguramente aquellas que se comparten de una manera más cercana y sincera.

Combinó cadencias flamencas y rock progresivo, folk y rock sinfónico. Más que en el flamenco, se basa en un cierto aire, algún requiebro, sin muchas profundizaciones, pero el resultado, especialmente a los españoles, nos toca la fibra de las raíces, lo que sumado a la modernidad del rock, nos colma de una manera que no consigue llenar otras músicas, aunque sean de mayor calidad.

Voces marcadamente andaluzas, con modulaciones flamencas, pero con estructuras y frases procedentes del rock. Voces que se quiebran y se acercan al quejío flamenco, sin inundarlo ni invadirlo; tan solo simularlo, beber un sorbo de su copa frondosa para acercarlo más asequible al gusto popular. Tangos, bulerías y rumbas se adivinan por debajo de los acordes recios y potentes del rock y eso funcionó. Lo lamentable es que lo hizo solo por un tiempo, que no duró más allá de un par de décadas y que a los aficionados nos dejó con la miel en los labios.



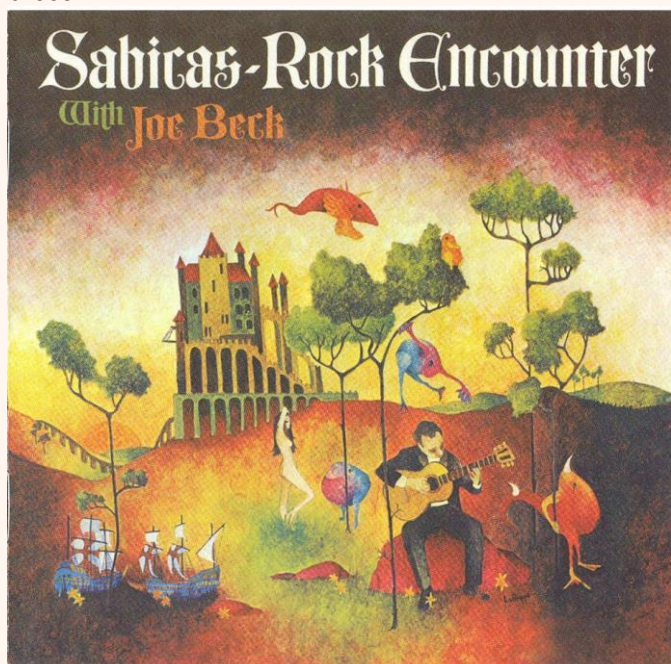
Una de sus características es la incorporación de instrumentos hasta entonces ajenos al rock, como la guitarra flamenca, las palmas y las castañuelas. Todo ello encajado, con mejor o peor fortuna, en unas síntesis, que resultaban sabrosas y compactas.



Pese a la inmensa importancia, prestigio y seguidores conseguidos a lo largo de su breve historia, los comienzos fueron difíciles. El primer disco de Triana, el mítico “El Patio”, salió el 14 de abril de 1975 y no fue éxito hasta año y medio después, tras pasar muchos meses en el cajón de la mesa del director de la casa de discos. La radio no se ocupó de aquel fenómeno primerizo, ni la prensa.

Fue el típico éxito de pubs, de boca a boca. Nadie se ocupó de poner el tren en marcha; tan solo los grupos pioneros.

Los orígenes están en las bandas sevillanas Gong (Silvio), Nuevos Tiempos (Jesús de la Rosa y Rafael Marinelli) y Smash (Gualberto García y Julio Matito). Aunque antes, en Estados Unidos, el guitarrista español Sabicas ya había grabado un disco



junto al también guitarrista norteamericano Joe Beck, publicado bajo el nombre de “Rock encounter” en 1970, en el que se produce una inusual mezcla de flamenco y rock

Aparte de los grupos básicos antes citados se produjeron algunos discos, que se pueden

considerar antecesores del movimiento, como Opus Pi (1969), de un grupo llamado Taranto's, integrado por miembros de Los Pekenikes y Los Pasos o el primer single de Manuel Molina en solitario. Al desaparecer estas bandas, el panorama queda, de esa forma, momentáneamente despoblado, recomponiéndose más tarde los componentes de aquellas bandas en nuevas formaciones, como Total, Chiclos, Caramelos y Pipas y Tartessos, con Pepe Roca a la cabeza, uno de los paladines del rock andaluz.



En 1972 aparece el grupo Flamenco liderado por los hermanos Garrido Granados, que siguen la tradición de Gong y Smash, poniendo fondos rockeros al canto a flamenco, aunque añaden influencias de Santana; desaparecen en 1976. Desde una perspectiva más pop, el grupo almeriense Los Puntos editan, en 1972, su famoso "Llorando por Granada", que es un preludio de su último Lp, "Oriental", sinfónico y moruno.

Cerca de la mitad de la década, la escena del Rock Andaluz comienza a animarse. Estoques, un grupo de estudio, publica en 1974 un interesante y sugestivo single instrumental, "Mezquita de Mohamed/Regreso a la ciudad", que abre la vía del jazz-rock para el género y que, de alguna manera, supone el antecedente directo de bandas como Guadalquivir o Vega. Pero, sobre todo, se publica el primer single de Triana ("Recuerdos de una noche/Luminosa mañana").

Desde entonces, Triana se convierte en el grupo prototípico del género y abre la línea del rock andaluz sinfónico. Un año más tarde, aparecerá su primer LP, "Triana" y, con él, la popularización definitiva, no solo del grupo, sino de todo el género.

Los años siguientes son los más fructíferos para el rock andaluz, con seguidores a mansalva en toda España. Es en estos años, además, cuando el Rock Andaluz se reviste de la iconografía que será su marca de imagen: acentos árabes, referencias a al-Ándalus, textos místicos y otras señas de identidad.

La banda que más pronto recoge todos estos elementos es Imán, creada en 1976 por Manuel Rodríguez y el teclista Marcos Mantero. Su primer Lp, "Califato Independiente", muestra una fuerte carga de rock sinfónico. Por esa misma línea se decanta Azahar y Mezquita, cuyo álbum de debut homónimo, editado por Zafiro, es, para algunos autores, lo mejor del rock sinfónico andaluz.



Aparecen y desaparecen grupos por este tiempo y artistas que habían desarrollado su carrera fuera del rock andaluz, se acercaron al género en esta época: Pedro Ruy-Blas, Miguel Ríos con "Al-Ándalus" o Iceberg en "Sentiments".

Al final de la década de los 70 el rock andaluz está totalmente asentado y algunos de sus grupos tienen una clara proyección, incluso en ventas. Sin embargo, los dos grupos más vendedores, junto con Triana, editan sus álbumes de debut en 1979: Alameda , una banda liderada por los hermanos Marinelli (teclados), Pepe Roca (guitarra y voz), y Manolo Rosa (bajo), con su Lp homónimo, al que seguirían "Misterioso manantial" (1980) y "Aire cálido de abril" (1981). Rock sinfónico andaluz, muy

cercano a los planteamientos de Triana.



El segundo de estos grupos sería Medina Azahara, de Córdoba, que aporta un aire heavy al sinfonismo andaluz, que lo hace diferente. El mismo año 1979 ve la aparición del disco posiblemente más conocido del rock andaluz, "La leyenda del tiempo", de un electrificado Camarón de la Isla con el respaldo de los grupos Veneno, Alameda y Dolores, además de Gualberto y Tomatito. Su influencia no corrió pareja con sus ventas pues al morir Camarón, apenas se habían vendido 6.000 copias del mismo, lo que no es obstáculo para que figure en todas las relaciones de los discos españoles más influyentes.

En este período aparecen nuevos grupos que no consiguen tanta proyección, como los malagueños Tabletom o Jarapa, también de Málaga. A partir de 1985, el rock andaluz comienza a decaer de forma notoria. Algunas de las bandas más señeras aún editan discos, aunque de forma cada vez más marginal. Sin embargo, la influencia del rock andaluz ha ido más allá del propio género, y grupos como El Último de la Fila, Elbicho o Mártires del Compás han estado claramente influenciados por



aquel, y artistas como El Barrio, reivindican su raíz en el rock andaluz, lo que es notorio en los arreglos musicales, sobre todo en sus directos. También el Nuevo flamenco ha recogido parte de su herencia.

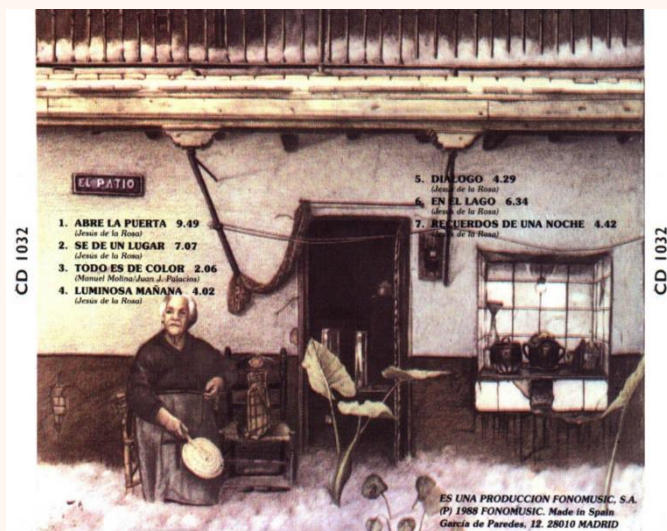
A partir de la mitad de la primera década del siglo XXI, vuelven a reunirse algunas de las bandas históricas del género, para realizar diversas actuaciones. Así lo han hecho Imán, Smash, Mezquita, Storm, Alameda y otros. A esto hay que añadir los grupos de imitadores de las grandes bandas, que tienen su público y su trabajo realizando tributos que cuentan con muchísimos seguidores nostálgicos de otros tiempos gloriosos.

Aunque prometí que no habría ni mucha historia ni mucha erudición en este libro, creo que nuestra cercanía a este género admirable del rock andaluz obligaba a dar algunas pinceladas para acercarnos a su génesis y desarrollo.



Pero no voy a analizar el presente ni el futuro del rock andaluz, tan solo quiero explicar cómo lo incorporé a mi banda sonora y cómo allí se instaló a sus anchas. Y lo empezó a hacer cuando cayó en mis manos uno de los discos más hermosos que en ellas haya caído nunca. El disco no tenía título; en su portada aparecía un patio andaluz, con su tendedero y todo, una pintada en la pared con el nombre del grupo, “Triana, y los tres componentes del mismo dibujados siguiendo la misma estética que el resto de la escena. En la contraportada, una mujer mayor al lado de una ventana y la puerta de la casa y el título de las siete canciones. Siete joyas para la historia.

El disco arrancaba con “Abre la puerta”, toda una declaración de intenciones de lo que encerraba el resto y de lo que se proponía el grupo de cara al futuro. Yo abrí la puerta y por ella entraron Jesús de la Rosa, esa voz cálida y acariciadora, con ese leve toque aflamencado, sin estridencias ni exageraciones, pura delicadeza; Eduardo Rodríguez



y su guitarra flamenca y la voz áspera y menos melodiosa que la de Jesús y que ponía en una de las canciones. Y por último el pequeño batería de las cuatro manos, según aparecía en la portada: Juan José Palacios, “Tele”.

Me bañé durante mucho tiempo “En el lago” y supe que, algunas veces en la vida “Todo es de color” y respiré el aire azul y libre de una “Luminosa mañana”, mientras Jesús me susurraba aquello de “Sé de un lugar” y los “Recuerdos de una noche” invitaban al “Diálogo”:

*A mi puerta llamó el amor
y no supe escucharlo y no sé
por qué sangra en mi pecho
el recuerdo de tu amor...*

Más de una vez he cantado yo mismo en las bodas de algunos amigos, que me invitaban a interpretarla entre otras en las ceremonias

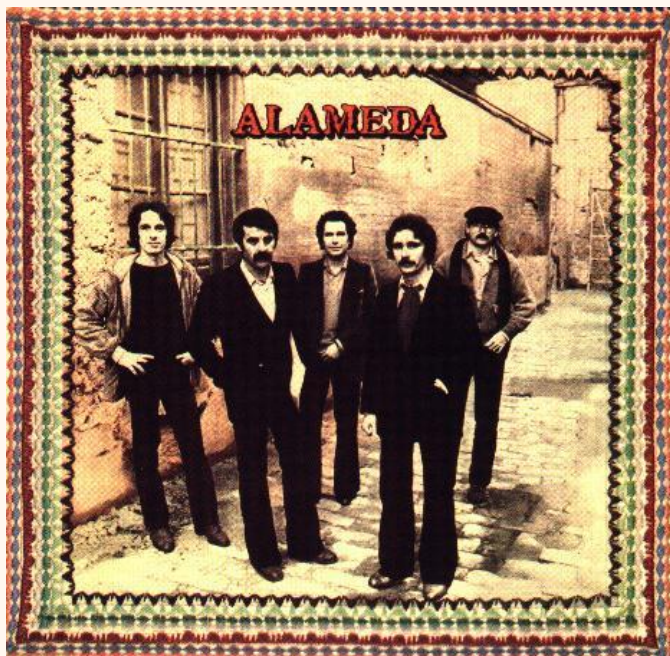
religiosas en las que quedaban unidos en matrimonio con sus respectivas parejas. ¡Hay gustos para todo!



Luego vinieron otros discos de Triana, que luego repasaré, pero mientras esperaba ansiosamente su salida, apareció en el horizonte otro grupo que me sedujo también: Alameda, con Pepe Roca en la voz cantante, más flamenco que Jesús de la Rosa, con más requiebros y quejío, pero con menos transmisión. Me gustaba más la contención de éste.

Alameda llegó con un manojo de estupendas canciones, con letras alambicadas y un tanto surrealistas, pero muy sugerentes y adecuadas a unas melodías más aflamencadas que las de Triana. No me gusta hacer comparaciones y noto que acabo de hacer unas cuantas en este momento. Pero no pretendo menoscabar el valor de uno para ensalzar

al otro. Era solamente por ilustrar mejor las características de ambos grupos.



Respiré con ellos los “Aires de la Alameda” y muchas veces me acompañaron para ver “Amanecer en el puerto”, después de pasar con ellos una gran “Noche andaluza” respirando el “Aire cálido de abril”.

*La luna se levanta tiento a tiento,
suenan sones palmas y quejas
un manto de cristal al firmamento,
ay, susurros que la noche deja.
Soledades, rezos, gemíos,
campanillas, trinos, la pena,
solea ebria de poderío,*

aromas de jazmín y azucenas.

Alameda en estado puro; rock andaluz en todo su esplendor.



Y vinieron más discos de Triana y más magia y más leyenda alrededor del grupo, que siguió creciendo y creciendo sin parar, hasta que una puñalada vino a herirnos a todos sus seguidores y acabó con la vida del líder y autor de casi todas las canciones. Jesús de la Rosa, en una fatídica curva perdía la vida cuando estaba en su plena madurez, cuando le quedaba mucho por crear y cuando todos estábamos esperando nuevos trabajos del grupo. Lo sentí mucho; era de la familia. Pero, nada, la vida tiene estas cosas y nos quedamos para siempre con lo que había ya editado. Supongo que la muerte de Jesús fue un poco o un mucho también el comienzo

de la muerte del rock andaluz. A partir de entonces, todo empezó a desplomarse y, como un castillo de naipes, aquel edificio se desplomó, sin que aparecieran nuevos arquitectos para restaurarlo.

Pero antes me mostraron “Tu frialdad” en “Una noche de amor desesperada”, pero cuando me presentaron al “Señor Troncoso” se hizo la “Sombra y Luz”. Y mucho más, que se incorporó a mi (nuestra) banda sonora. No eran solo canciones, era una forma de entender la vida, lúdica, abierta, melodiosa. Al rock le vino muy bien el aire andaluz. Lástima que durara tan poco la aventura.

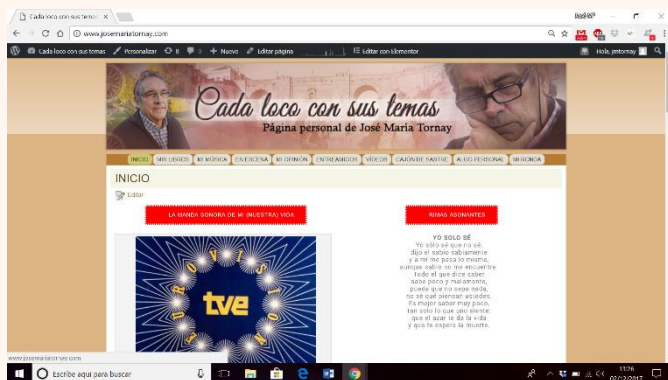
XXIII. ENTREAMIGOS



No pretende este libro que mis amigos me aplaudan ni que me digan ¡qué buen trabajo!, sino que es mi intención que revisen su historia musical y que escuchen aquellas canciones que no les suenan de las que aquí se habla o de los cantantes, que aquí aparecen. Es obvio que a todos nos agrada que a los demás les guste lo mismo que a nosotros, pero es justa y necesaria la discrepancia. Pero, en todo caso, seguro que van a disfrutar de buenos recuerdos y a recuperar datos, que seguramente ya tenían olvidados.

Tampoco, que lo hagan los que tienen menos trato conmigo y no me reconocen como amigo. Lo mismo les digo y remito al párrafo anterior. Ahora quiero hablar un poco del recorrido musical del grupo al que me honro en pertenecer. Su nombre como no podía ser menos, dada nuestra vocación de anteceder la amistad a cualquier otro objetivo, es

ENTREAMIGOS, así todo junto, uniendo la preposición y el sustantivo para dar mayor idea de cohesión y como declaración de intenciones.



Tampoco deseo hacer aquí historia ni explicar los orígenes del grupo; eso puede seguirse en mi página web www.josemariatornay.com, porque allí están todas nuestras actuaciones, la filosofía que nos mueve y los objetivos que perseguimos.

Ahora lo que procuraré es dar cuenta de cómo esta experiencia ha enriquecido mi banda sonora y me ha permitido profundizar en las amistades que ya tenía y construir otras nuevas, siempre enriquecedoras.

Sí tengo que decir, que el núcleo que arrancó este proyecto, allá por 2011, procede de aquel TES Dynamo del que hablamos en un capítulo anterior. Allí hacíamos música de baile y versiones; esta vez nos hemos atrevido con algunas canciones originales y con musicales también de nuestra

cosecha, lo que nos proporciona un cierto plus con respecto a entonces, aunque solo sea el de la singularidad.

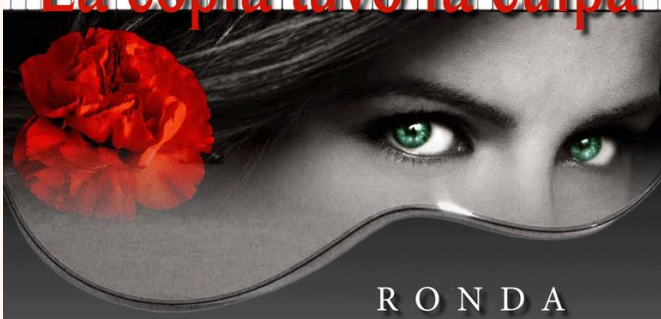


Así que, partiendo de aquella base, en la que estuvimos Paco Becerra, Antonio y Rafael García Montes y yo mismo e incorporando los elementos que podían mejorar y completar nuestro primer proyecto, nos pusimos en marcha para homenajear a ese género tan andaluz y español como la copla. En mi banda sonora quedan aquellos ensayos inolvidables en los que quisimos vestir nuestras versiones con otros ropajes y otra estética. Lo logramos a medias, porque no había tiempo suficiente para convencer a los cerca de treinta participantes, entre actores, cantantes, músicos y técnicos, de la filosofía de fondo que manejábamos. No es fácil cambiar los registros de artistas que llevan toda su vida cantando o tocando las canciones de una determinada forma.

Pero la experiencia, creo que, para todos, fue no solo positiva, sino, incluso, brillante. Allí incorporé de una manera definitiva a mi banda

El T.E.S de Ronda
presenta

La copla tuvo la culpa



Con la intervención de
PABLO JIMÉNEZ
ANTONIO G^a MONTES
JACOBO GARCÍA
PACO BECERRA
JOSÉ M^a TORNAY RASERO
CARLOS BECERRA
MARI CARMEN G^a MELGAR
CARMEN DE CARMEN
M^a DEL MAR LUQUE
LOLA MARI ALCALÁ
AINHOA PÉREZ
CARMELI GAMARRO
VIRGINIA DURÁN
ROCÍO OROZCO
VICENTE RAMÍREZ
AUXILIADORA MADRID
PACO MENA
MILAGROS CALLE
JOSÉ M^a TORNAY

R O N D A
TEATRO VICENTE ESPINEL
27 y 28 de enero de 2012
21 horas

Dirección
ANTONIO BECERRA

Coordinación TÉCNICA
JOSÉ MANUEL RÍOS

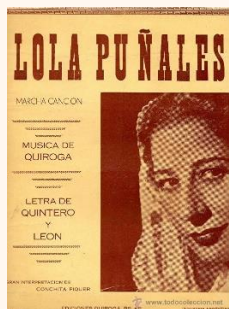
Original de
JOSÉ MARÍA TORNAY

Disolva - comunicación creativa

sonora a José Manuel Ríos, a Antonio Becerra, a José María Ortega, a Auxi Madrid, a Milagros Calle, a Vicente Ramírez; a Pablo Jiménez Prieto, Paco Becerra, Antonio García Montes, Carlos Becerra,

José María Tornay Rasero y Jacobo García; a María del Mar Luque, Mari Carmen García Melgar, Carmen Morales, Ainhoa Pérez, Ana Cristina Mata, Lola Mari Alcalá, Rocío Orozco y Pablo Ramírez. Si se me ha olvidado alguno, que sepa que, aunque aquí no esté su nombre, sí está en mi corazón y en la banda sonora de mi vida.

En este musical homenaje a la copla estrené una escrita ex profeso para la ocasión y que titulé, justamente, con el título de la obra. “La copla tuvo la culpa”. He aquí un fragmento, que recoge el estribillo:



*La copla sabe contarnos
la vida en cada canción
y hace que digan los labios lo que
manda el corazón.*

*Y que vuelva la voz de Rocío,
y que venga la Lola Puñales
que la luna se bañe en el río,
convirtiendo en oro los trigales.*

*Que Juanito regrese a su España,
y que Antonio nos siga cantando,
y que Concha no esté en tierra extraña
y que siga la copla sonando.*

En esta nuestra primera actuación pública como colectivo, en la que mezclábamos teatro y música y que titulamos “La copla tuvo la culpa”, todavía formábamos parte de esa entidad entrañable que es el TES de Ronda. Éramos la

división musical de un grupo eminentemente teatral. Ya en las siguientes experiencias, ambos grupos decidimos que era mejor separar los caminos para un más eficaz

El T.E.S. de RONDA presenta



*A mi me mató
un bolero*



RONDA
TEATRO
VICENTE ESPINEL
31 de enero y 1 de febrero 2014
9 de la noche

Original de
JOSÉ M^a TORNAY

desarrollo de nuestras respectivas actividades. valga esta pequeña digresión histórica para seguir delante de inmediato.

Experiencia intensa, fuerte, generadora de ansiedades y alegrías y siempre, en el balance final, gratificante. Tan positivo, que un par de años después decidimos repetir, esta vez tributando nuestro reconocimiento a otro género clásico: el bolero. Ahora, manteniendo el plantel de “La copla tuvo la culpa”, incorporamos a un músico genial, como Rafael García Montes y a cinco cantantes de contrastada categoría: Ana Cristina Mata, Carmen Hita, Domingo Rosandra, Ana Ramírez y Luismi Grayonay, el cantante de “Tarifa Plana”; cinco lujos que hicieron subir muchos enteros el valor de la obra.

Los nuevos quedaron también incorporados, por su talento y su amistad a mi banda sonora, donde se colocaron al lado de los que ya estaban de la obra anterior. Contamos con la dirección de José María Jiménez y la intervención como actor de José Luis Sánchez. A partir de este musical ya navegábamos como grupo independiente y desgajado del TES de Ronda.

En esta obra estrené otra canción. De nuevo en consonancia con el tema del que tratábamos, opté por un bolero, que titulé como el musical, “A mí me mató un bolero”. He aquí la primera parte con su estribillo:

*A mí me mató un bolero
en una noche estrellada,
cuando una luna dorada
inundaba el mundo entero.
A mí me mató una espina*

*clavada en el corazón,
disfrazada de canción
con alas de golondrina.
A mí me mató primero,
antes que cualquier amor
el cuchillo de un bolero.*

*Y aquel fuego se hizo miel desesperada
y ese hielo congeló nuestras miradas.
Y el amor se hizo canción
y la canción un “te quiero”
y el “te quiero”, una pasión
y la pasión un bolero.*



Mas no quedó aquí la cosa. De nuevo con la secuencia de esperar dos años, pasado ese tiempo nos pusimos manos a la obra para cerrar la trilogía de musicales con uno dedicado, no a un género como los anteriores, sino a un tema, al más importante de ellos en la música: el amor. Así que

decidí llamar a este nuevo experimento “La plaza del amor”. De nuevo remito a mi web

www.josemariatornay.com para comprobar detalles, imágenes y vídeos.

Esta vez incorporamos a nuevos artistas, como Curro Bautista, Cristina Lobato, Fátima Casas, Antonio Benavente y Marta Pérez; más activos estupendos a un elenco ya brillante y, por supuesto, nuevo éxito. Con esta gente es fácil que las cosas salgan mucho más que bien.



Entre estos tres musicales nos atrevimos con otros proyectos, como gente osada que somos. Si no, es imposible entender que montáramos un concierto titulado “Serrat en el corazón” u otro que llamamos “Pongamos que hablo de Joaquín”. A lo que debemos sumar numerosas colaboraciones, homenajes actos y pregones.



También le dimos protagonismo a dos de nuestras compañeras de ENTREAMIGOS (La primera fue Ana Cristina Mata, con Rafa al piano y Nico en la percusión) con un concierto que titulamos “Seis octavas y una voz”. Aquel lleno en el patio principal del Palacio de Santo

Domingo fue, con seguridad, el más grande que ha habido allí para un concierto, superando todas nuestras previsiones. Yo solo he visto aquel espacio atestado

cuando, con motivo de algún acto público, se da una copa de despedida con catering. Mas no solo es un indicador del éxito el aforo más que completo, sino la satisfacción de la gente al salir del espectáculo.

La segunda, un año después, Ainhoa Pérez, esta vez en el teatro Vicente Espinel; no hubo lleno, porque sus 500 localidades hacen imposible esa tarea. Para ella montamos un espectáculo que llamamos “Ainhoa en concierto” y contamos con la participación de toda la banda de ENTREAMIGOS, que en esta ocasión estaba formada por Rafael García Montes, a los teclados, Antonio García

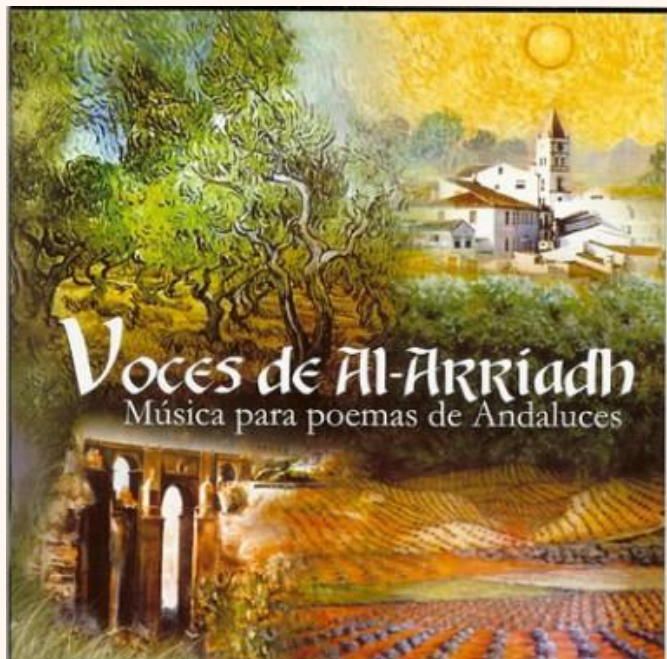
Montes, al bajo, Curro Bautista, a la batería y Alberto Mateo, “El Canijo”, a la guitarra eléctrica. Lo mismo cabe decir de este concierto: satisfacción total al final del mismo entre los asistentes.



Mucha amistad hemos hecho en este camino, respondiendo al nombre del grupo, que se le ocurrió a ese loco entrañable de corazón gigante, que es Paco Becerra. Nuestra filosofía es aprender mientras hacemos cosas que nos gusten, porque entonces le gustaremos a los que nos siguen. Y primando siempre la amistad sobre cualquier otro objetivo del orden que sea.

No puedo olvidar que, aunque no con este nombre, también estuve entre amigos en aquella estupenda experiencia con el grupo Al Arriadth que, bajo la dirección de Pablo Jiménez tuvimos la ocasión de grabar un disco con músicas compuestas por él para letras de poetas andaluces. Una de ellas

“Anoche cuando dormía”, me ha acompañado a lo largo de mi vida como una de mis canciones favoritas.



En todas estas experiencias, yo aprovecho para ir cambiando, creciendo, mejorando; procuro aprender como músico de los que me rodean. Lo hago a diario; son demasiado buenos para no aprovechar tanta sabiduría y convertirlos en referentes de lo que tanto me gusta. A su lado gano, porque es imposible no hacerlo, muy ciego o sordo habría que estar. Porque al lado de Antonio García Montes se inunda uno de responsabilidad, de compromiso, de afán de superación y de talento. De Rafael García Montes recojo cada día el enorme

caudal de música y creatividad que lleva dentro; no he conocido a nadie más enamorado de este arte; amor que convierte en virtuosismo. Pablo Jiménez es mi amigo y mi maestro, con eso está dicho todo; tiene, además, una enorme habilidad para componer buenas canciones, que yo disfruto y hasta canto. Paco Berra lleva el ritmo en la sangre y la generosidad en el corazón; imprescindible en mi banda sonora. En la que ha entrado más tarde Curro Bautista, ese mago capaz de trasladar a las teclas del piano o la batería toda su sensibilidad y su maestría. Con su mujer, Carmen Hita forman un dúo de tal categoría que podrían vivir de la música sin ningún problema. Mi hijo, José María, talento y destreza sin límites con la guitarra en sus manos o sonorizando como nadie al grupo. Carlos Berra me abrió la senda de la guitarra flamenca; senda que sigo transitando con entusiasmo. Alberto Mateo “El Canijo” es otro de mis ídolos: un profesional de la guitarra, instrumento que para él no tiene secretos; al igual que la batería.



¿Y las voces? No me gustaría dejarme a alguna en el tintero, pero corro ese riesgo con tal de festejarlas como se merecen. Esa elegante sencillez de Mari Carmen o esa

fuerza irresistible de María del Mar, ese timbre de terciopelo de Lola Mari o esas facultades fastuosas y llenas de finura y afinación incomprensible de Carmen Hita, son caricias inolvidables. La elegancia

y la variedad de registros de Carmen Morales y la locura de matices aflamencados de Ainhoa, la capacidad infinita para transmitir de Ana Cristina y el poderío y la versatilidad de Domingo son lisonjas que llenan el espíritu. La dulzura distinguida y refinada de Ana Ramírez, el poderío irrefrenable de Luismi, la gracia y la miel de Cristina Lobato, la diversidad de registros de Fátima, la altura y potestad de Antonio Benavente o la voz total, sin necesidad de adjetivos, de Marta, son mimos imprescindibles para vivir.

Cierro este capítulo recordando a ese actor natural, espontáneo y experto, además de entrañable, que es José Luis Sánchez, “El Largo”; a ese Rafael González Cañestro, el teatro en estado de máxima pureza; a ese soplo de aire fresco, gracia, conocimiento y mágica presencia, que es Ana Cristina Mata; a esa ilustra señora del teatro rondeño, todo seguridad y talento, que se llama Auxiliadora Madrid; a esa chica renacentista, porque lo hace todo y todo bien, que es Ana Belén Sánchez; a Javier Lobato, al Juli y a otros más, que espero colaboren en próximos proyectos, como ese fenómeno del teatro de la palabra y de la amistad, que se llama Avelino Écija.

Nada de todo lo anterior sería posible sin José Manuel Ríos y Queco Roca; ellos allanan los caminos, deshacen los obstáculos, aplacan las dificultades y hacen que todo sea más sencillo y más llevadero.

Y ya que estoy entre amigos, quiero recordar de una manera especial a mi gran maestro en el terreno musical, José Luis Palacios. Lo conocí cuando ambos coincidimos en el Colegio Menor Las Delicias. Había allí un gran ambiente en todos los sentidos; también en el musical, gracias a este maestro burgalés, que nos elevó a todos los que teníamos conocimientos musicales, por encima de nuestro nivel. Un gran hallazgo y un músico, sencillamente, extraordinario.

XXIV. PUNTO FINAL

Sé que me dejó muchos nombres; era demasiado ambicioso pretender acordarme de todos los que dejaron en mí algo. A algunos los he olvidado, pero de la mayoría he preferido no acordarme. Las cosas son así: entre tanta hojarasca, siempre he buscado el grano de buen trigo, que lo hay si se busca bien. Pero he de reconocer que no todo el contenido de la banda sonora de la vida de cada uno es elegida libre y conscientemente. Hay



una buena porción, que viene impuesta por las circunstancias, la industria, la familia, los amigos, la profesión, etcétera, etcétera. Así que he tenido que hablar de mucho pop, que era prescindible y de los obsesivos moscardones, que andan por todas partes y son ineludibles. Ellos también pertenecen a mi

banda, aunque solo sea para marcar con claridad lo que no debe ser considerado música.

De modo que, entre las recon convenciones que se me podrán hacer, no voy a aceptar la de “te has olvidado de éste o aquel”. Este relato no es histórico, sino memoria viva de aquello que sigue dentro de mí, enganchado con más o menos vigor a mis adentros. Es decir, es algo personal. Personal, pero no intransferible, porque estoy convencido de que a muchas personas les puede valer mi banda sonora, si bien, seguro que en diferentes grados y porcentajes.



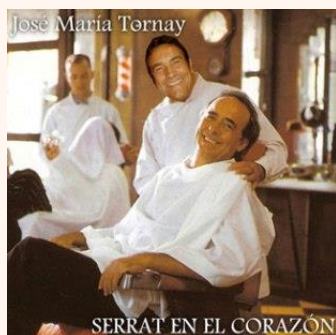
Ya he venido explicando alguna que otra vez a lo largo de los capítulos precedentes, que mi déficit en inglés me ha impedido disfrutar al cien por cien de

la música escrita en ese idioma, que es la mayoría. Según mi criterio, me pierdo casi el cincuenta por ciento del total. Pero eso no ha sido suficiente para alejarme de tantas y tantas canciones extraordinarias, que admiro y disfruto y bien daría algo de mí por poderlas cantar, como lo he hecho a lo largo de mi vida con las escritas en español. Pero este preámbulo me lleva a otra reflexión.

Tengo muchos amigos y amigas cantantes, con calidad, con capacidad para transmitir. Pues bien, la mayoría cantan temas



en inglés, como algo natural, como si aquí, en España, nunca hubiera habido música. Me quedo perplejo, porque, por mucho que dominen esa lengua, es evidente que lo harían mejor en la suya materna, porque son gente con buena voz, buen gusto, elegancia y técnica sobrada. Pero, nada, no hay manera. Me seguiré perdiendo la posibilidad de escucharlos y, además, entenderlos. No los culpo, porque cada cual tiene sus gustos y eso no se discute, solo lamento no poder deleitarme con ellos en mi lengua.



A veces, y no pocas, hay gente que se me acerca y me llama “Serrat”. No sé si lo hacen para molestarme, pero si es así, os juro que no lo consiguen. Me siento honrado con tal comparación, aunque es evidente que no es más

que una simplificación lamentable. Ni soy comparable al maestro, ni solo me dedico a cantar sus canciones. He tocado muchos más palos y he andado otros caminos musicales, pero simplificar es algo que se nos da muy bien a los seres humanos. Sí es evidente que él y yo compartimos un cierto timbre común, pero si se pone atención, se comprueba que no hay tanta similitud, ni se pretende. Pero, te dicen, “canta por Serrat”, en vez de lo que debieran decir, que es: “canta alguna canción de Serrat”.

Cuando con mi grupo, ENTREAMIGOS, hicimos un concierto homenaje a Joaquín Sabina, una señora que había asistido, unos días después me encontró y me espetó: “Ha estado muy bien, pero cantando por Serrat me gustas más”, refiriéndose a otro concierto que habíamos hecho antes como homenaje a éste. No hubo manera de explicarle ni de que entendiera, que no pretendíamos imitar a ninguno de los dos, sino poner de relieve entre nuestra gente de Ronda, la grandeza de ambos. Que no se trataba de emular “Tu cara me suena”, sino versionar canciones inolvidables que nos han dejado los dos cantautores. Al parecer, no lo conseguimos del todo.



Somos injustos con los productores, arreglistas y demás personal encargado de vestir las canciones con las mejores galas. De ellos depende que una buena canción se convierta en una canción maravillosa, de que una mala canción se vuelva un tema comercial, pero también de que una potencial

canción de éxito pase desapercibida por do haber dado con la tecla de su adecuada vestimenta y explotación. Pero al público, en general, solo le interesa la voz cantante y todo lo que hay por detrás le trae sin cuidado. Grave error; la música la hacen los músicos y los cantantes son deudores de la



producción artística de aquellos. Ya sabemos que en la vida se tiende a simplificar y que es más fácil centrarse en uno que en varios o en muchos aspectos. Así de

injustas son las cosas.

Ahora que tengo más tiempo, no mucho más, estoy sumergido en la insondable tarea de perfeccionar mi técnica guitarrística. A mi acercamiento al flamenco, del que ya he hablado, he sumado una cierta aproximación a la guitarra clásica. No soy un virtuoso ni voy a dar conciertos, pero la inmensa satisfacción de sacar adelante una pieza de Tárrega como su inigualable “Recuerdos de la Alhambra”, no tiene precio. Es algo íntimo y personal, algo incomparable.

Incorporar a tu banda sonora la propia aportación personal, a base de componer tus propias canciones, interpretar a los clásicos y ser capaz de hacer sonar algún que otro instrumento es una obligación para alguien que se siente melómano como yo. Creo que estoy cumpliendo con mi deber.

Animo a hacerlo a quienes tenga cierta disposición. No se van a arrepentir. Mucho lo van a agradecer.

La música le pone una banda sonora a la vida; tú te construyes la tuya propia a base de elegir en función de tus gustos e intereses. Pero buena parte de esa banda te viene impuesta, sin que puedas hacer nada por evitar esa intromisión. Solo cabe, al menos, saber reconocer lo que tú eliges y aquello que no tienes manera de evitar. A mí me interesaba resaltar en este trabajo ese esfuerzo agradable, no sacrificado, que he ido haciendo a lo largo de mi vida por elegir mi música sin despreciar la de los demás. Tan solo me he mostrado siempre y me sigo mostrando intransigente con lo que creo que no es música y que creo he dejado claro a lo largo de este libro. Sin embargo, todo aquello que siento como música, aunque no sea de mi preferencia, tendrá siempre todo mi respeto y consideración.



Hay que seguir adelante. No pongo aquí punto final más que a este trabajo, pero no a la incorporación a mi banda sonora de todo aquello que merezca entrar en ella. Hay que estar abierto a lo nuevo, si merece la pena.

¡Viva la música!

Terminé este libro el sábado, día 2 de diciembre de 2017, en Ronda.